NOSOTROS

Digitized by the Internet Archive
in 2023

https://archive.org/details/nosotros_1913-03_10_47

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS

ARTE · HISTORIA · FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

FUNDADA EL 1.º DE AGOSTO DE 1907

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI · ROBERTO F. GIUSTI

AÑO VII · TOMO X

BUENOS AIRES

1913

KRAUS REPRINT

Nendeln/Liechtenstein

1968

Reprinted by permission of Roberto F. Giusti
KRAUS REPRINT
a Division of
KRAUS-THOMSON ORGANIZATION LIMITED
Nendeln/Liechtenstein
1968

Printed in Germany
Lessingdruckerei Wiesbaden

AÑO VII MARZO DE 1913 NÚM. 47

NOSOTROS

INTRODUCCION AL ESTUDIO SOBRE MONTALVO.

(De "El Mirador de Próspero", libro en prensa)

I

Donde las dos hileras de los Andes del Ecuador se aproximan convergiendo al nudo de Pasto, reunen como una junta de volcanes, sin igual en el mundo por lo aglomerados y lo ingentes. Allí, rivalizando en altura y majestad, el Chimborazo, el Cotopaxi, el Tunguragua, el Antisana... ; y la plutónica asamblea se extiende a la redonda por la vasta meseta que le sirve de Foro; pero no sin que, de trecho en trecho, aquella tierra inflamada, como anhelosa de dar tregua a tanta grandeza y tanta austeridad, se abra en un fresco y delicioso valle, donde vuelca de un golpe todas las gracias que ha escatimado en las alturas, y se aduerme a la sombra de una vegetación que colora, con la luz de los trópicos, sus jardines de magia.

En el fondo de uno de esos valles; mirando cómo se alzan, a un lado, el Chimborazo, que asume en una calma sublime la monarquía de las cumbres; al otro, el Cotopaxi, que inviste el princi-

pado de las que se dilatan al Oriente; y más de cerca, y a esta misma parte oriental, el Tunguragua; en medio de pingües campos de labor y sotos florentísimos, cuyas márgenes besa la limpia corriente de un riachuelo, prendido todavía a las faldas de la cumbre materna, tiene su asiento una ciudad pequeña y graciosa, que llaman Ambato. Esta ciudad gozó, desde los tiempos coloniales, cierto renombre *geórgico* e idílico. Celebrábanse la pureza de sus aires, la delicadeza de sus frutas, la abundancia de sus cosechas, y era fama que en ella amasaban un pan tan blanco y exquisito que en ninguna otra parte lograban imitarlo, ni aún cuando llevasen de allí mismo el agua y la harina. Alguna vez, sintió caer sobre sí la garra del vecino volcán; pero pronto resurgió a su vida de paz y sencillez bucólica, y de esta humilde sencillez no hubiera pasado, si no le reservase el porvenir una notoriedad más ilustre que aquella, primitiva y cándida, ganada con su blanco pan y el fruto de sus vergeles y sus huertas. Habíala señalado el destino para cuna de uno de esos hombres que ennoblecen el obscuro y apartado lugar donde vinieron al mundo, y que atraen sobre él un interés que no pudieron darle, rodando al olvido silenciosas, las diez o las cien generaciones que les precedieron. En aquella ciudad nació Montalvo; allí reunió en una sola personalidad Naturaleza el don de uno de los artífices más altos que hayan trabajado en el mundo la lengua de Quevedo, y la fe de uno de los caracteres más constantes que hayan profesado en América el amor de la libertad.

Si, con la idea emersoniana de los hombres representativos, se buscara cifrar en sendas figuras personales las energías superiores de la conciencia hispanoamericana durante el primer siglo de su historia, nadie podría disputar a Montalvo la típica representación del Escritor, en la integridad de facultades y disciplinas que lo cabal del título supone. Fué el Escritor entre los nuestros, porque, a la vez que la insuperada aptitud, tuvo, en grado singular y rarísimo dentro de una cultura naciente, la religiosidad literaria; la vocación de la literatura, con el fervor, con la perseverancia, con los respetos y cuidados, de una profesión religiosa. Al elemento inconsciente, activo y eficaz en su inspiración de escritor, se unía un elemento consciente y reflexivo, que nutre sus raíces en el mucho saber y en el acrisolado dominio de su arte. Este fecundo consorcio imprime a Montalvo sello único como prosista americano de su tiempo. Condición de toda literatura americana había

sido hasta entonces, la discordia entre las dos potencias de que depende la entereza y constancia de la obra: la que da de sí la centella elemental y la que preside a la ejecución perfecta y madura. Los dos tipos intelectuales antagónicos que respectivamente las personifican, en su oposición más extrema, son aquellos a quienes puso frente a frente, cuando la repercusión de las guerras del romanticismo, la escena literaria de Santiago de Chile: Sarmiento, poderoso y genial, pero de cultura inconexa y claudicante, de gusto semibárbaro, de producción atropellada y febril; don Andrés Bello, de firme y armónica cultura, de acrisolado gusto, de magistral y bien trabada dialéctica, pero falto del aliento creador y de unción y arranque en el estilo: doctor ilustre a quien si, en verso y prosa, visitaba a veces la gracia, no es aquella que recuerda, por su divinidad, al don teológico. Es menester llegar hasta Montalvo para hallar, entre nuestros escritores, uno en quien se consume el abrazo conyugal de ambas potencias. La obra suya las muestra amorosamente enlazadas, dejando admirar, aunque no siempre en proporción igual y concorde, la inspiración y el arte; la fuerza interna y la habilidad primorosa; la minuciosidad sutil del mosaísta y el aliento vulcánico del forjador.

Mientras en sus procedimientos de artífice se manifiesta lo refinado, lo complejo, hay en su naturaleza de combatiente y de entusiasta, mucho de empuje primitivo e indómito, de heroica y candorosa energía. En la flor del aticismo del humanista aclimatado trasciende la crudeza del terruño de América. Y el efecto es una originalidad sujeta a números y tiempos, pero no domeñada, que, como carácter literario, no tiene semejante en la América de nuestro idioma, y que habrá lugar a definir más ampliamente en otras partes de este estudio.

Nació don Juan Montalvo en 1833, de familia hidalga por el origen y el crédito. Don Marcos Montalvo, su padre, hombre de temple enérgico y tenaz, procedía de un pueblo del Chimborazo; doña Josefa Villacreces, su madre, de viejo solar ambateño. Tuvo hermanos en quienes las prendas del entendimiento fueron grandes y ejemplar el carácter cívico. Su niñez fué concentrada y *pensero-sa:* el espectáculo de una naturaleza donde está perenne lo sublime la educó en el gusto de la soledad. Pasó a Quito en la adolescencia, y las aulas del Colegio de San Fernando vieron formarse y desplegarse aquella viva llama de su espíritu. Las letras clásicas, la historia, la filosofía moral, determinaron, desde el primer momento, los

rumbos de su vocación. De estudios jurídicos cursó un año; pero si no adhirió a ellos por inclinación profesional, los prefirió y cultivó siempre en lo que se relaciona con los principios del derecho y con el gobierno de las sociedades. Cuando la reorganización liberal que tuvo por punto de partida la revolución de 1851, la juventud de la época se congregó en un centro literario y político, donde templó Montalvo sus primeras armas de escritor. Pero para pasar de este punto de su vida y mostrarle descubriendo ya su originalidad y su grandeza, será bien que esbocemos antes la sociedad en cuyo seno se formó y a la que habían de aplicarse, en reacción heroica y genial, las fuerzas de su espíritu.

II

Sesenta leguas de camino abrupto y penoso apartaban del mar y de la comunicación con el mundo el encumbrado asiento de Quito, la vieja corte de Atahualpa, convertida luego, de presidencia sujeta a los virreyes de la Nueva Granada, en cabeza de una de las tres partes de Colombia, y finalmente, en capital de república.

Se levanta la ciudad sobre las faldas del Pichincha. El paisaje, en torno, abrumador de grandeza, como en toda aquella maravillosa región; el cielo, purísimo en sus calmas, eléctrico y desbordado en la tormenta; el clima, suave, aunque con más inclinación de frío. La población, estacionaria desde el tiempo de la colonia, llegaba apenas a los treinta y cinco mil habitantes. De ellos, sólo una octava parte era de blancos; de indios o mestizos lo demás. En suelo de riscosa aspereza, entre quebradas que tajan con súbita energía la roca volcánica, está puesta la ciudad, cuyas calles, de violentos declives, no consentían tránsito de carros ni coches, lo que volvía el silencio más constante y la quietud más campesina. Casas comúnmente de barro, con techumbre de teja; pobres, como si las humillara la perenne amenaza del temblor, parecían arrodilladas a la sombra tutelar de los conventos, numerosos, ingentes, los más ricos y amplios del Nuevo Mundo. Acá, el de la Compañía, con su fachada primorosa, del gusto plateresco, para la que no había rival en edificio americano; allá, el de San Francisco, monumental también y suntuoso; y a una y otra parte, el de Santo Domingo, el de la Concepción, el del Carmen, el de la Merced, el de Santa Clara, el de San Agustín... Adentro de

esos muros convergía toda autoridad, todo pensamiento y toda vida. Las campanas son lo único que suena alto en la ciudad. El depósito de cultura es la biblioteca del convento. La Universidad es una rama que se desprende y vive de ese tronco común. A aquellos claustros se acogerá, cuando haya menester de retiro espiritual, el vecino de solar conocido que cruza, envuelto en su capa, por las calles, donde indios de embotada expresión pasan llevando a las espaldas la carga de leña o de hortaliza, o el cántaro de agua. Sobre esta plebe indígena reposa todo trabajo servil. Los días de mercado, en la plaza de San Francisco, ella despliega, en curiosa muchedumbre, su originalidad de color; circulantes o sentados debajo de estrechos toldos, los vendedores, indios de la ciudad, o del contorno, cuyos trajes de tintas vistosas se mezclan en pintoresco desconcierto, como la variedad de sus mercadurías; los cestos de junco, las tinajas, los pulidos juguetes de corozo, las flautas y vihuelas en que ha de infundirse el alma del pueblo, las tortas de maíz, la caña de azúcar, las fragantes frutas del valle... Este comercio bullicioso no tiene correspondencia en cuanto al trabajo del espíritu: la comunicación de las ideas carece, o poco menos, de sus órganos elementales. La librería no existe; la imprenta apenas trabaja. En las tiendas de paños suele venderse, por añadidura, algún libro de oraciones, o algún compendio para la enseñanza. Durante el gobierno liberal de Rocafuerte, de 1835 a 1839, no salió a luz un solo periódico. Publicar un cuaderno impreso es empeño erizado de dificultades.

La vida es triste y monótona. La diversión de la clase culta no pasa de las tertulias de confianza, que alguna vez se remontan a saraos; la del pueblo, de las lidias de toros, con bárbaros retoques de invención local, y las riñas de gallos. Pero la diversión suprema, como la suprema meditación, como el arte sumo, se identifican y confunden con la devoción religiosa. El espectáculo por excelencia es el culto. Las fiestas eclesiásticas revisten fausto imponente: la plata, el oro, las piedras preciosas, apuran sus luces en la gloria del altar; muchedumbre de sacerdotes oficia acompañada de ejércitos de acólitos. En las parroquias, es uso realzar las misas solemnes con el son de tambores y chirimías. Las procesiones, originales, pomposas, se suceden a cortos plazos, haciendo de la ciudad como un teatro en pleno sol, donde se representasen graves juegos escénicos: así la de Viernes Santo, grandiosa mascarada sacra, en la que el pueblo entero ondula componiendo como una plástica y

animada alegoría de la Pasión; figurados los actores del drama sublime con disfraces de respeto o de escarnio, o con imágenes de bulto, que se llevan en andas entre el bosque de luces de las miriadas de cirios ardientes. En la procesión de Corpus, indios contratados para este fin, y que llaman *danzantes,* marchan siguiendo con pasos de baile el compás musical. Allí la danza misma recobra su primitivo carácter hierático, como en el tiempo en que David iba danzando delante del arca. Para el día de Reyes, la costumbre popular consagra cierto género de candorosas representaciones, donde se asocian, como en las primeras fiestas de Dionisos y como en el amanecer del teatro moderno, la imaginación religiosa y el rudo instinto teatral: infantiles *autos* o burdos *misterios,* que consisten en simular, sobre tablados al aire libre, el palacio de Herodes, el portal de Belén y la entrada de los Magos, librando a la espontaneidad de los groseros intérpretes el bordado de la acción, que se colora de inocente bufonería, como de polichinela o *bululú.*

La mortificación voluntaria, el ofrecimiento exaltado del dolor en acto público y edificante, son complementos que no faltan a esa religiosidad primitiva: siguiendo el paso de las procesiones marchan los que a sí mismos se flagelan; los que van arrastrando gruesas vigas, sujetas a los brazos por ligaduras que revientan las carnes; los que llevan a cuestas cargas de ramas espinosas, que desgarran sus espaldas desnudas.

Ese pueblo era instintivo artista; conciliaba con su monacal austeridad, el sentido del color, de la melodía, y de los trabajos en que entra, como parte fundamental o accesoria, un objeto de belleza y agrado. El don visual se manifestaba ya por el donaire en el vestir, común en el quiteño, con la habilidad para elegir y casar los tonos. De lejano tiempo, florecía en la ciudad toda una escuela de pintores, la "escuela de Quito", que proveía de telas religiosas a los altares de las iglesias, los claustros de los monasterios y los estrados de las casas principales. Uno de estos pintores, Miguel de Santiago, anima la crónica colonial del siglo XVII con su existencia, mitad de turbulento aventurero, mitad de fino artista, a imagen de las del Renacimiento italiano. Había también una tradición de escultura, con sus estatuarios y plateros. La afición a lo plástico y figurativo tenía su infantil esbozo popular en la muchedumbre de las toscas imágenes vestidas, que, mostrando la candorosa maña del indio, comparecían en toda ocasión,

para realzar la curiosidad de las fiestas y el aparato de las procesiones. Un arte menos rudo daba muestra de sí en los juguetes y figuritas de talla que se labraban de marfil vegetal. En Cuenca se trabajaba bien de alfarería, y se trataba delicadamente el mármol y el carey. Los galones de oro, de plata y de seda que se bordaban en Quito, tenían nota de primorosos; y en esa y las demás poblaciones serraniegas, la mano de la mujer era hábil en toda suerte de labores y encajes. De los telares de Otavalo salían, desde el tiempo colonial, alfombras, colgaduras, tapices y chales de finos colores, que gozaban extendida fama. Allí mismo, los dedos del indio tejian graciosas canastillas de adorno. En nuestros días, los carpinteros de Guayaquil, donde las casas son de madera, lucen su natural disposición esculpiendo, sin arte adquirido y con instrumentos vulgares, fachadas de hermosa apariencia. Pero el don más espontáneo y difundido, es el musical. El indio es delicado músico. El arpa, invención de su raza, que tiene en su rústico albergue; la flauta y la vihuela que le ha comunicado el español, son dulces alivios suyos. En el silencio de la noche, el viajero que, andando por los caminos de sierra, pasa junto a la cabaña del cholo, o que, en las poblaciones, se va acercando al arrabal, oye un suave tañer, que acaso se acompaña de una trova inventada o aprendida. Es música triste y querellosa; es el hondo plañir del *yaraví,* la melodía que, en toda la extensión del destrozado imperio del inca, entrega a los vientos de los Andes las quejas de una raza marcada con los estigmas del martirio y de la servidumbre.

La tristeza, una tristeza que se exhala, en ráfagas perdidas, sobre un fondo de insensibilidad y como de hechizamiento, es el poso del alma del indio. Es triste esa vasta plebe cobriza, caldera donde se cuece toda faena material; escudo para todo golpe; y aun más que triste, sumisa y apática. El implacable dolor, el oprobio secular, la han gastado el alma y apagado la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo. Por calles y campañas, vestido de la cuzma de lana que, dejando los brazos desnudos le cubre hasta las rodillas, el indio saluda como a su señor natural al blanco, al mestizo, al mulato, y aun al negro; y sin más que hablarle en son de mando, ya es el siervo de cualquiera. Poco es lo que come: un puñado de polvo de cebada o de maíz hervido, para todo el día; y por vino, un trago de la chicha de jora, que es un fermento de maíz. No cabe condición humana más miserable y afrentosa que la

del indio en los trabajos del campo. La independencia dejó en pie, y lo estará hasta 1857, el tributo personal de las mitas, iniquidad de la colonia: un reclutamiento anual toma de los indígenas de cada pueblo el número requerido para cooperar, durante el año, al trabajo de las minas, de las haciendas de labranza o de ganado, y de los talleres donde se labra la tela de tocuyo. Al indio de esta manera obligado se le llama *concierto*. Las formas en que satisface su tributo son las de la más cruda esclavitud. Sobre el páramo glacial, sobre la llanura calcinada, hay un perenne y lento holocausto, que es la vida del indio pastor o labrador. El ramal de cuero que ondea en la mano del capataz, está rebozado de la sangre del indio. Azotes si la simiente se malogra, si el cóndor se arrebata la res, si la oveja se descarría, si la vaca amengua su leche. Gana de jornal el indio un real y medio; cuando la necesidad le hostiga, recurre al anticipo con que le tienta el amo, y así queda uncido hasta la muerte; muriendo deudor, el trabajo del hijo, monstruosidad horrenda, viene a redimir la deuda del padre. En tiempo de escasez, apenas se alimenta al *concierto*, o se le alimenta de la res que se infesta, del maíz que se daña. Si de esto que ocurre a pleno sol, se pasa al encierro de la mina, o al no más blando encierro del obraje, el cuadro es aún más aciago y lúgubre. El hambre, los azotes, el esfuerzo brutal, han envilecido al indio de alma y de cuerpo. Cuando bárbaro, es hermoso y fuerte; en la sujeción servil su figura merma y se avillana. Abundan, en los indígenas de las poblaciones, los lisiados y los dementes.

Quien consulta las *Noticias secretas* de Juan y Ulloa, donde el régimen de las mitas está pintado, como era en los últimos tiempos de la colonia y como, sin esencial diferencia, fué hasta promediar el siglo diez y nueve, siente esa áspera tristeza que nace de una clara visión de los abismos de la maldad humana. Indios remisos eran arrastrados a la horrible prisión de los talleres, atándolos del pelo a la cola del caballo del enganchador. De los forzados a esta esclavitud miserable iban diez y volvía uno con vida. Para atormentar al mitayo en lo que le quedara de estimación de sí mismo, solían castigarle cortándole de raíz la melena, que para él era el más atroz de los oprobios. Toda esta disciplina de dolor ha criado, en el alma del indio, no sólo la costumbre, sino también como la necesidad del sufrimiento. Cuando lo tratan con dulzura, cae en inquieto asombro y piensa que le engañan. En cambio, se acomoda a los más crueles rigores de la tiranía, con la mansu-

dumbre, entre conmovedora y repugnante, de los perros menospreciados y golpeados. El cholito sirviente se amohina, y a veces huye de la casa, si transcurre tiempo sin que lo castiguen. Cuando la abolición del inicuo tributo personal, bajo el gobierno de Robles, muchos eran los indios que se espantaban de ella, como si se vulnerase una tradición venerada, y sentían nostalgias de la servidumbre. Fuera del acicate y el fustazo del castigo, el indio es indolente y lánguido. No hay promesa en que crea, ni recompensa que le incite. El trabajo, como actividad voluntaria y ennoblecedora, no cabe en los moldes de su entendimiento. Noción de derechos, amor de libertad, no los tiene. El movimiento de emancipación respecto de España, en el generoso e infortunado alzamiento de 1809, como en la efímera declaración de independencia de dos años después, y finalmente en la adhesión al impulso triunfal de las huestes de Bolívar, fué la obra de la fracción de criollos arraigados y cultos, en quienes la aspiración a ser libres era el sentimiento altivo de la calidad y como del fuero. De la rivalidad tradicional, en los hidalgos de las ciudades, entre chapetones y criollos, se alimentaron la idea y la pasión de la patria. La muchedumbre indígena quedó por bajo de la idea y de la pasión, aunque se la llevara a pagar, en asonadas y en ejércitos, su inamortizable cuota de sangre. La libertad plebeya no tuvo allí la encarnación heroica y genial que tomó esculturales lineamientos en el *gaucho* del Plata y en el *llanero* de otras partes de Colombia. Muchos años después de la Revolución, aun solía suceder que el indio gañán de las haciendas, ignorante de la existencia de la patria, pensase que la mita, a que continuaba sujeto, se le imponía en nombre del Rey.

La revolución, que no se hizo por el indio, aún menos se hizo para él: poquísimo modificó su suerte. En la república, el indio continuó formando la casta conquistada : el barro vil sobre que se asienta el edificio social. El mestizo tiende a negar su mitad de sangre indígena, y se esfuerza como en testimoniar con su impiedad filial la pureza de su alcurnia. Los clérigos aindiados difícilmente llegan a los beneficios; la Universidad, para el de la raza humilde, es madrastra. El indio de la plebe, como una bestia que ha mudado dueño, ve confirmada su condición de ilota. En las calles, el rapaz turbulento le mortifica y le veja; el negro esclavo, cuando las faenas de la casa le agobian, echa mano del indio transeunte y le fuerza a que trabaje por él. La crueldad, que tal vez se ha mitigado en las leyes, persevera en las costumbres. Pasó la garra

buitrera del corregidor, como antes la vendimia de sangre del encomendero ; pero el látigo queda para el indio en la diestra del mayordomo de la hacienda, del maestro del obraje, del "alcalde de doctrina", del cura zafio y mandón, que también acierta a ser verdugo. Hánle enseñado sus tiranos a que, luego que le azoten, se levante a besar la mano del azotador y le diga : "Dios se lo pague"; y si la mano que se ha ensañado en sus espaldas es la del negro esclavo, por cuenta de su señor, o de su propio odio y maldad, el indio, el pobre indio de América, besa la mano del esclavo... Tal permanece siendo su noche, en cuyas sombras la vida del espíritu no enciende una estrella de entusiasmo, de anhelo, ni siquiera de pueril curiosidad. La promesa vana, la mentira, engendros sórdidos de la debilidad y del miedo, son las tímidas defensas con que procura contener el paso a los excesos del martirio. La esperanza del cielo no le sonríe, porque no conoce su aroma, y la religión en que le instruyen no es más que una canturía sin unción. La muerte ni le regocija, ni le apena. Sólo la efímera exaltación de la embriaguez evoca de lo hondo de esa alma maleficiada por la servidumbre, larvas, como entumidas, de atrevimiento y de valor; fantasmas iracundos que representan, sobre el relámpago de locura, su simulacro de vindicta.

Sobre este mísero fundamento de democracia, la clase directora, escasa, dividida, y en su muy mayor parte, inhabilitada también, por defectos orgánicos, para adaptarse a los usos de la libertad. Lo verdaderamente emancipado, lo capaz de gobierno propio, no forma número ni fuerza apreciable. Hay en aquellas tierras unos termites o carcomas que llaman *comejenes:* en espesos enjambres se desparraman por las casas; anidan en cuanto es papel o madera, aun la más dura, y todo lo roen y consumen por dentro, de modo que del mueble, del tabique, del libro, en apariencia ilesos, queda finalmente un pellejo finísimo, una forma vana, que al empuje del dedo cae y se deshace. Si hay expresiva imagen de aquella minoría liberal y culta, con que se compuso allí, como más o menos en lo demás de la América Española, la figura de una civilización republicana, es la capa falaz del objeto ahuecado por el termite.

El entono hidalguesco, cifrado en el lustre de la cuna o la excelencia de la profesión, se mantenía en toda la pureza de la tradición española, ya con la preeminencia de las familias descendientes de los fundadores de ciudades y los dignatarios de la colonia,

ya con la aureola aristocrática del clero, de las armas y de los grados académicos. Cualquiera ocupación de otro orden, trae *diminutio capiti;* el trabajo industrial, las artes mecánicas, son cosa que se relega a indios y mestizos, o a la poca inmigración de extranjeros. La riqueza territorial, vinculada de hecho en la sociedad de raíces coloniales, se distribuye en muy contadas manos. Aquella montaña, maravilla de la naturaleza; aquel llano a que no encuentra fin el galope del caballo; aquel valle que daría pan para un imperio, son, a menudo, propiedad de un solo hombre, pingüe patrimonio feudal donde las encorvadas espaldas del indígena representan las del villano que satisface sus prestaciones al señor. Un clero innumerable, repartido entre la población de los conventos y la muchedumbre de los clérigos seculares, pulula con el permanente hervor de la planta asaltada de hormigas. Inteligencia, virtud, suelen mover, si se la disgrega en personas, esa incontrastable fuerza; pero de ordinario la mueven vulgaridad de espíritu, pasión fanática, sensualidad y codicia que arrebata, en derechos y priostazgos, al dinero del indio, las heces que haya dejado la usura del patrono.

En inmediata jerarquía, el abogado; el abogado hábil y único para toda maestría del entendimiento; político, escritor, poeta, orador, perito en cien disciplinas, y llevando adonde quiera, como llaves de universal sabiduría, su peripato y su latín. Completaba el cuadro de los gremios que privilegiaba la costumbre, el militar: personificación de una energía por lo general inculta y grosera, pero que se realzaba con los laureles de la emancipación y tendía al caudillaje político, en el que había de ofrecer algún punto de apoyo a las primeras tímidas reacciones contra lo omnímodo de la influencia clerical. El conjunto de la sociedad de esta manera constituída era el de un vasto convento, que, como en tiempos de los señoríos feudales, tuviese cerca de sus muros un villorrio abadengo, cuyos ecos de trabajo, de disputa o de fiesta, se perdiesen en la alta y austera majestad del silencio monástico.

El temor supersticioso, la disposición penitencial, el tinte melancólico de la vida, se acrecentaban con aquella perpetua inseguridad propia de las tierras en que la misma firmeza del suelo es un bien precario; en que lo edificado por las generaciones suele desplomarse en un día: maldición la más fatal e ineluctable que pueda pesar sobre la casa del hombre. Las poblaciones parecen quintadas para inmolar ya a la una, ya a la otra, en el cercano sacrificio. Sus

vecindarios viven gustando el dejo de recuerdos como de justicias movidas por la cólera de Dios: leyendas de terribilidad y de exterminio, en que las ciudades se abisman y desaparecen, como las naos entre las olas de la mar. Quito cayó, en parte destruída, en 1587; y luego, otras espantosas convulsiones la sacuden, en 1660, cuando se precipitó desgajado de la cumbre un pedazo del Sincholagua; en 1678, en 1755, y finalmente en 1859. La ciudad de Riobamba es la del fúnebre sorteo en 1645; reconstruída, se sobrepone a sacudimientos menores; pasa los meses de Abril a Junio de 1786 en un continuo baile siniestro; once años después, la misteriosa fuerza subterránea la abate de raíz; reálzase de sus escombros, y no bien repuesta, en 1803, el suelo amenaza con incesantes remesones, y los vecinos piensan, en su desesperación, abandonarla. Ambato sucumbe en 1698; Lacatunga, en 1757; Imbabura, en la tremenda catástrofe de 1868. Entre las ruinas de la segunda destrucción de Riobamba quedan, según los cálculos más tímidos, no menos de seis mil cadáveres; tres mil entre las de Ambato; veinte mil, por lo menos, entre las de Imbabura. Las imágenes de estas escenas de horror reviven, año tras año, llamadas por alguno de los infinitos estremecimientos pasajeros, que son otros tantos temerosos amagos. Como un dejo de la espera milenaria parece exacerbar, en aquella religiosidad ascética, el sentimiento de lo deleznable del mundo.

Sobre la costa, Guayaquil, más en contacto con el mundo, más frecuentada de extranjeros, que, en las ciudades de la montaña, eran visitantes rarísimos; oyendo hablar a menudo inglés y francés, tenía, materialmente, aspecto algo más moderno, y en su espíritu, la nota de relativa liberalidad que cumplía a su condición de ciudad porteña y mercantil; pero allí la violencia de un clima abrasador era el obstáculo para que perseverase cualquier florecimiento de energías.

La enseñanza, vinculada, desde el más remoto asiento de la conquista, en las órdenes religiosas, no se diferenciaba esencialmente de la de los primeros centros de instrucción, en que había competido el proselitismo de agustinos, franciscanos, domínicos y jesuítas. Fundación de los domínicos, a fines del siglo XVII, fué el Colegio de San Fernando, que subsistió bajo la república y en el que Montalvo había de hacer sus estudios. La Universidad instituída por los jesuítas, y reorganizada cuando la expulsión de esa orden en 1786, gozaba de fama en las colonias e imprimía en

Quito prosopopeya de ciudad doctoral. La limitación y los vicios de esta enseñanza eran tales como puede inferirse de los moldes tomados en la decadencia española; de la tardía y escasa comunicación con el mundo, y de la crudeza del fanatismo religioso. A pesar de ello, el reparto sin ley averiguada que distribuye las naturales superioridades del espíritu, había dado a la tradición de aquellas escuelas hombres ilustres y de mente atrevida. Allí alentó, en el crepúsculo de la colonia, el arrojado pensamiento de Espejo, noble personificación de ese "grupo profético" de criollos desasosegados y estudiosos, que precedió a la emancipación americana; revolucionario de las ideas, que hizo difundirse al mismo seno de la metrópoli su propaganda por la reforma de los métodos de educación. Allí, en la primera mitad del siglo XVIII, con los mezquinos medios de la física escolástica, se formó para las ciencias de la naturaleza Maldonado, el precursor de Caldas, el amigo de Humboldt y La Condamine, honrado en academias de Europa. Allí amaneció la elocuencia de Mejía, el orador de las cortes de Cádiz, no superado en esas cortes ni en la América de su generación. Allí Olmedo, el poeta de las victorias, gustó el primer sabor de humanidades.

El más temprano asomo de influencias extrañas a la nativa condición de la colonia, que había llegado a aquel ambiente claustral, tuvo por origen, desde los promedios del siglo XVIII, el paso de las expediciones científicas que empiezan con la de La Condamine y Bouguer, quienes, acompañados de los españoles Juan y Ulloa, llevaban el objeto de determinar en la región equinoccial la medida de un grado de meridiano; expedición a que siguió la del botánico Mutis, y ya a principios del siglo XIX, la de Humboldt y Bonpland. De estas misiones laicas, cuya presencia debió de llamar a sí toda atención e interés en la monótona simplicidad de aquella vida de aldea, quedó en los espíritus más adelantados de la clase culta cierta emulación por algún género de estudios que no fueran teológicos o gramaticales, a la vez que se insinuaban, como de soslayo, con las primeras nociones de ciencia positiva y los primeros anhelos de mejoramiento material, vagos ecos de la filosofía revolucionaria. En la postrera década del siglo XVIII fundóse en Quito, con propósitos de desenvolvimiento cultural y económico que revelaban cierta presagiosa inquietud, la asociación que llamaron *Escuela de la Concordia,* bajo cuyos auspicios comenzó a redactar la docta pluma de Espejo un periódico de propa-

ganda. Fué así cómo cierto fermento de ideas de libertad y de reformas se mezcló a la levadura de rivalidades de origen e instintos de patria que obró para el malogrado movimiento de 1809. La aristocracia de Quito tuvo en aquella época espíritus liberales y animosos, como el conde de Casa-Jijón, mantenedor de un noble y entusiástico utilitarismo, al modo de Jovellanos o de Campomanes, y el marqués de Selva Alegre, que, después de favorecer con su riqueza todo empeño de cultura, contribuyó a glorificar con su martirio el infortunio de aquella primera rebelión. Pero ni estas energías de naturaleza liberal que participaron en la obra de la independencia, ni las que, luego de consumada la obra, perseveraron en el mismo sentido, singularmente durante la memorable administración de Rocafuerte, habían quitado a aquella sociedad, en los tiempos en que Montalvo se educaba, los rasgos esenciales que hacían de ella, en América, el refugio más incontaminado y resistente de la tradición del misionero y el conquistador.

José Enrique Rodó.

José Enrique Rodó

BALADA

En elogio del poeta Eugenio Díaz Romero

Blasón de azul, rosas de plata,
Rimas ricas, locuras bellas,
Flauta que hace aires y querellas
Como fuente que se desata.
Cosas de París y del Plata,
De trovador y caballero,
Pensar sutil, decir sincero,
Noble talante y alma pura,
Expresaría esta figura
El poeta Díaz Romero.

Cuando, la mejilla en la mano,
Como un Alfredo de Musset,
Se asemeja a aquel hombre que
"Se parece como un hermano",
Se creería ligero y vano
Tenorio de talante fiero,
El es suave tenorio, pero
Divagando en sus universos,
Se pierde en musicales versos
El poeta Díaz Romero.

Amigo de mil gratas horas,
Sin falsías y sin reproches,
Hemos soñado en muchas noches
Y vivido en muchas auroras.
Díaz Romero que atesoras

Alma clara, espíritu entero,
Tan delicado como austero
Y en el fondo un alma de niño,
Siempre serás en mi cariño
El poeta Díaz Romero.

Envío

Amigo, ni esquivo ni fiero,
Recibas esto que a tu fuero
Dedico pura y simplemente,
A mi antiguo amigo incipiente
El poeta Díaz Romero.

RUBÉN DARÍO.

LA MUERTE DE JESUS [1]

VIII

Yo andaba triste: el amanecer, la aparición espiritual de la aurora, nos llenan de melancolía, después de las noches de embriaguez y de hartura. Además, nunca los tenebrosos devotos habían despertado en mí, con su falsedad, tan altivos desprecios.

Dormí mal, durante el crepúsculo de la madrugada. A la hora cuarta, me encaminé, sombrío y desconsolado, hacia mis monótonos oficios del templo. Algunos de los fariseos, de los escribas que se habían caído sobre el césped de los jardines de Simeón, ya discutían y compraban reses para los sacrificios.

El día estaba nublado, hostil al hombre. Yo me ahogaba en la melancolía: pensaba en los prados de Galilea, en las aguas del lago, en los follajes espesos. Jerusalén, ciudad de piedra obscura y de negra intriga, me oprimía. Sentíame desligado de la vida sacerdotal. Y decía: ¡si yo fuese un pobre cultivador de las viñas de Safed, un sembrador de las planicies de Sarón!

La multitud provinciana llenaba el templo. Había en él el ruido de un mercado. Mi irritación crecía. Percibía en torno mío una influencia material, dura, mezquina, sofocante! Ibame a recostar en la balaustrada de la galería de Salomón; miraba las verduras, las huertas, los cedros del monte de los Olivos; pero tenía que entrar en los santuarios, y rozarme con los fariseos, con los escribas, con aquellas jerarquías sacerdotales que me amargaban. Las columnas enormes y blancas, las puertas esculpidas en bronce me

(1) Ver los números 45 y 46.

irritaban: envidiaba la hierba que crece junto a las losas de los muertos.

Aquella vida sin fe, sin dignidad, me era tan odiosa como me sería odioso el cuerpo si se petrificara y me dejara el alma libre. De cualquier lado que yo observase aquella organización sacerdotal, sólo veía en ella una hipocresía o una especulación, o una humillación o una vanidad. Los sacerdotes que se postraban a la entrada del santuario, en su éxtasis aburrido; los argumentadores vanos, artificiales, vacíos; los dolientes que cantan los salmos, mendigan, ríen, ostentan ruidosamente sus llagas, todo me causaba un tedio obscuro y atormentado. Sentía en mí cóleras de bárbaro: halagábame la idea de dar de azotes a aquel sacerdocio envilecido que vive del templo, cuya vanidad comprende y cuyo lucro acepta. ¡Cuántas veces percibí la sonrisa imperceptible de los sacerdotes sacrificadores, ante la piedad simple y crédula de los pobres galileos y de los provincianos ingenuos!

Casi envidiaba al romano, al griego, al mercader de Tiro, que no son de Jerusalén ni del templo, que no habitan en este espacio duro, entre el Acra y el Moriah, cautivos y gemebundos!

—¿Qué poseemos nosotros en Jerusalén de bueno, de justo? —yo me preguntaba.

—¿Tenemos una patria? No!—Y miraba la torre Antonia, donde los expedicionarios, con gran ruido, arrojaban la barra.

—¿Tenemos una religión, una fe? No!—Y veía a los sacrificadores, poniéndose sus vestiduras, para degollar las palomas de raza sagrada, aburridos, bostezando por las noches mal dormidas sobre la colina de Sión o en la calle del Alto Mercado, en el lecho de las cortesanas de Cesárea!

—¿Tenemos una ciencia, una ley elevada, fuerte, justa? No! —Y miraba a aquellos doctores estériles, consumidos, que clamaban contra una palabra y discutían si los papiros debían de ser enrollados o doblados para agradar al Señor!

Hasta la blancura del templo, aquellas escaleras nuevas, pulidas, aquellos frisos pálidos y nítidos, me producían el efecto de no tener alma, ni pasado, ni leyenda! ¡Yo sentía que el ideal ya no moraba en Jerusalén!

Ambicionaba poseer la palabra de Isaías, la ciencia de Gamaliel, la popularidad de Judas Galanita, para ponerme al frente de las muchedumbres del norte, galileos y samaritanos, gente espontánea y fuerte, y derribarlo todo en la obscura ciudad, desde

el pórtico donde reza el fariseo, hasta la almena de donde se mofa el romano. Henchíanme estos pensamientos: frutos acaso de la noche perturbada, o sugestiones de un estado elevado de conciencia, o, en fin, efectos de la reacción que en toda alma honesta surge un día contra lo que ella juzga error o vanidad.

— Ah! Jesús de Nazareth — yo pensaba — es el único hombre que nos podría salvar, o como un Mesías, o como un Macabeo, o como un sencillo, que posee la fe y la justicia! Pero, ¿tendrá él la acción?

Aquellos brazos, consumidos de erguirse en vano hacia su ideal, ¿tendrán el vigor de sostener la vieja espada de la patria Judea? ¿Será él el hombre humano, fuerte, duro? ¿O su cuerpo es apenas la cárcel de un alma melancólica y trascendente?

El Rabí de Nazareth tiene popularidad en Galilea; sus máximas amplias, en las que caben el pecador y el pagano, le han de ganar la Samaría; la Perea es un país de profetas; el pueblo de Jerusalén sufre diariamente los vejámenes de Roma; todo el país cultivado que va hasta Joppé, es infeliz, porque el tributo devora la cosecha. ¿Podrá Jesús de Nazareth hacer este movimiento popular?

Porque la idea de una patria me perseguía como una voz que pide socorro.

— ¿Por qué no? — yo decía. — Ya sorprendí en sus ojos una voluntad dura: ¿por qué ha de ser él apenas una abstracción, un símbolo?

Y pensaba en hablar a Jesús de Nazareth. Estas ideas me aliviaron, como inesperados consuelos.

El día tornábase azul, llenábase de un sol inmortal. Yo oía, junto a los pórticos, donde aguardan las reses de los sacrificios, el profundo mugir de los bueyes: tenía una sensación de naturaleza verde, de tiempos reposados, contentos.

El templo estaba lleno del rumor de la multitud civil. Yo descendía la larga escalera que lleva al patio de la balaustrada. Vi a Jesús de Nazareth junto al pórtico en que están las inscripciones latinas y griegas, cuya entrada es prohibida, rodeado de galileos, de pueblo. Los de Jerusalén comenzaban a atender a las palabras de Jesús: aunque penetrados de educación farisaica, y limitados en un espíritu estrecho y hostil, hallaban verdad, dulzura, en las parábolas del Rabí de Galilea. Era el pueblo del bajo mercado, de los alrededores de Betanía, de Betphagé, del Monte

de los Olivos. Los mercaderes, los ricos, aun los más alejados de los celos farisaicos, tenían para la palabra del Maestro la risa áspera, el desdén o la indiferencia.

El Rabí de Nazareth estaba triste. Ciertamente sentíase aislado, sofocado en aquel mundo hostil, argumentador. Jerusalén debía de pesar sobre el alma delicada y henchida de aspiraciones del Maestro. De seguro lamentaba sus campos de Galilea, las soledades consteladas, los pomares de Chorazín. En aquella alma librábase una lucha dolorosa entre la fe, la convicción que lo retenía en Jerusalén, y sus instintos suaves, idílicos, que, con voces amables lo estaban llamando hacia los prados de Galilea! Su vida hasta entonces había sido amplia, fácil como su túnica, toda penetrada del amor, de la luz paradisíaca del reino de Dios.

En Jerusalén su vida sería de lucha, de intriga, de hostilidad, de desdén. ¿Y dónde había adquirido el dulce Maestro del lago la energía, la resistente fibra, para esos días amargos? ¿En las rítmicas ondulaciones del agua, en el aire dulce de las montañas de Galilea, en la lectura serena de la sinagoga de Magdala, en el amor humilde de sus compañeros? ¿El hombre que es muy amado puede ser fuerte? La felicidad simpática, las intimidades femeninas, la piedad de los ancianos, ¿pueden dar la dureza, la altivez, la actitud indomable? No, no: en presencia de aquellas poderosas jerarquías sacerdotales, de la hostilidad minuciosa de los escribas, de las oposiciones farisaicas, de la impasibilidad enemiga de Jerusalén, su alma acostumbrada a ser amada y rogada, debía de encerrarse ásperamente en su ideal como en una concha. El temor de la muerte era en él, seguramente, mayor que la repugnancia que debía causar en su alma virginal el escarnio, la argumentación vengativa, el oprobio. Vivir siempre en Galilea, predicar con el corazón, entregarse en amor y en verdad a los infelices malqueridos y extraviados, alcanzar la eterna serenidad de su idilio social, ¡qué dulce futuro, tierno, purificado, cubierto de luz!

¿Y estaba él bien cierto de convencer las almas, de vencer las hostilidades? ¿Cómo sería comprendida su palabra de amor, de igualdad, de perdón, de pobreza, en este mundo egoísta, avaro, jerárquico, político? ¿No lo repelería un inmenso desdén? El solo, con su palabra etérea, con la promesa del reino de Dios, ¿cómo lucharía con estos sacerdotes que poseen literas, milicias, esclavos frigios, columnas de mármol grandes como torres, y un templo

edificado como una eternidad? Y sus ojos dirigíanse con amargura hacia las construcciones de Herodes, el grande!

En las facciones de los galileos se reflejaba la melancolía del Maestro: ellos, pobres campesinos ignorantes, sentíanse aplastados en medio de tantos mármoles del templo, de tanta ciencia de doctores, de tantas fuerzas civiles.

Jesús marchaba, al azar, por las terrazas del templo: había en sus ojos una inefable vaguedad. Los discípulos mostrábanle, ya un sacrificador revestido, resplandeciente, ya las altas columnas incrustadas de jaspe, ya las láminas de oro del santuario: él miraba, infinitamente triste, con un desdén abatido.

Yo estudiaba, a su lado, el movimiento probable, lógico, de sus ideas; pero un gran rumor llenó el templo.

Jesús de Nazareth estaba en las altas terrazas, de donde se domina todo el bajo recinto del templo.

Por los patios, por las escaleras, aproximábase una multitud llena de voces, de gritos penetrantes.

Adelante, algunos hombres de la milicia sacerdotal, armados de palos, acorazados de pieles de búfalo, traían, arrastrándola, a una mujer; a su alrededor venían escribas, fariseos, herodianos, inflamados de celo, poseídos de las venganzas de la ley, con amplios gestos de cólera y ásperas imprecaciones. Los negros ojos irritados relucían. La mujer caía a cada paso, agobiada bajo los duros golpes: llevaba despeinados sus fuertes cabellos negros, los pies rayados de sangre, la túnica desgarrada, el rostro levemente aquilino cubierto de aflicción.

La muchedumbre cruel, clamaba: todos corrían, curiosos; venían los vendedores de palomas, los cambistas de oro; los escribas salían del santuario; acudían los pregoneros, los pleitistas, los portadores de fardos y los conductores de animales; los enfermos de la piscina se arrastraban, los cojos corrían sobre sus muletas con grandes dislocaciones.

Todos interrogaban, querían penetrar hasta los soldados y los fariseos; había una curiosidad bárbara; algunos subían a las balaustradas y extendiendo el manto sobre la cabeza, contra el pesado sol, miraban ávidamente: las aves del sacrificio, asustadas, revoloteaban, las reses balaban. Los sacerdotes revestidos en la puerta del santuario, sobre el trípode de bronce, miraban, interrogaban. La multitud llenaba las escaleras y los patios.

El Rabí de Nazareth estaba en la terraza, inmóvil, sereno, ro-

deado de sus galileos. En frente de él había un espacio azotado por el sol: allí se detuvieron los soldados, y la mujer cayó sobre la piedra, sofocada, abandonada, retorciendo los brazos. Era alta, escultural, de fuertes cabellos, de aspecto pagano.

Entonces, en medio de un gran silencio, un escriba que se acercaba, caminó hacia Jesús y con voz austera, altiva, le dijo:

— Rabí, sabemos que eres justo y veraz. Aquí está una mujer que fué hallada en adulterio en los pórticos del templo.

— ¡Lapidadla! lapidadla! — prorrumpió la multitud.

Levantábanse brazos con palos; aparecían rostros inflamados; oíanse los gritos agudos, arrastrados, de las mujeres.

Jesús tenía la mirada vaga; a sus pies sollozaba la mujer; los soldados reían.

El escriba hablaba con gestos abundantes:

— Rabí — decía — la ley de Moisés, nuestra ley, dice que la mujer adúltera debe ser lapidada; pero tú que la comentas, explícala: ¿qué piensas, Rabí?

Jesús miró al escriba serenamente.

— El Rabí de Nazareth perdona siempre esos pecados — gritó alguien entre la multitud.

Oyéronse carcajadas. Un viejo, áspero, adunco, gritaba:

— ¡El vive con las mujeres endemoniadas, vive con los publicanos!

Y un fariseo aulló:

— Es el Salomón de las mujeres perdidas.

Toda la multitud rió largamente, pero el escriba señaló el plilecterio donde está escrita la ley, y exclamó:

-- Escucha bien, Rabí, la ley de Moisés la manda lapidar.

El pueblo cruel decía en un clamor:

— ¡Lapidada, que sea lapidada!

Algunos fariseos gritaban:

— ¡Y el Rabí, y el Rabí de Nazareth!

Los sacerdotes, escandalizados, mandaban a ver a los centuriones de la milicia templaria. La muchedumbre era espesa; los mendigos pregonaban la *posca;* los vendedores de Betphagé ofrecían palomas adornadas de cintas de color escarlata; los enfermos de la piscina mezclábanse entre la gente, enseñando sus llagas, diciendo los salmos, pidiendo dracmas; desde la torre Antonia espiaban algunas cabezas de legionarios.

Entonces una voz aguda, vibrante, amarga, gritó:

— Esa es la mujer de Jesús Bar'Abbas.

Una carcajada sonora, pesada, estalló en todos: los soldados se apretaban las costillas; los sacerdotes, junto a las puertas del ara, reían entre sus largas barbas, haciendo oscilar las pesadas mitras claveteadas. Mientras tanto los fariseos iban entre el gentío, jubilosos, diciendo:

— Ese Rabí de Galilea quiere que sea perdonada; es un hombre impuro, que desprecia la ley.

Algunos querían conducir al Maestro ante el Sanhedrin.

Pero en la multitud hubo una oscilación; oyéronse gritos, carcajadas joviales, voces; el pueblo se abrió, y de entre su negra masa salió, empujado, rechazado, arrojado, un hombre.

Voces alegres gritaban:

— Ahí va Jesús Bar'Abbas, ahí va!

El hombre, deshecho, sorprendido, asustado, vino a dar, mirando hacia todos lados, en medio de esa áspera inquietud, como un buey espantado, junto a Jesús.

Era Bar'Abbas.

Vió a la mujer que sollozaba, caída sobre las anchas losas. La miraba con sus ojos vibrantes, dábase vuelta, retrocedía; luego, tomando con ambas manos, violentamente, una punta de la túnica, la extendió hacia la multitud y gritó:

— ¿Quién da para el luto?

El pueblo reía; aullaba:

— ¡Lapidadla, lapidadla!

Bar'Abbas decía:

— ¡Lapidadla, dadme para el luto!

Y reía, con grandes contorsiones, muequeando. La mujer lloraba.

Levantóse un clamor: el pueblo pedía la lapidación; los fariseos, los escribas, decían que el Rabí quería el perdón, el desprecio de la ley.

— ¡Habla, Rabí, habla! — gritábanle de entre la multitud.

Pero Jesús contemplaba la escena, sereno, callado.

Entonces un escriba, levantando los brazos, convulso, con voz mordiente, colérica, clamó:

— Sí, sí, pueblo de Jerusalén! El Rabí de Galilea desprecia la ley, quiere el perdón de la mujer adúltera.

Resonó un vocerío adverso; algunos, los más poseídos de celo, levantaban palos, pedían la muerte.

Pero Juan, exaltado, aferrando al escriba por un brazo, díjole con fuerza, irritado:

—¿Quién te dice que el Rabí de Nazareth perdona a la mujer adúltera? El manda lapidarla.

Hubo un silencio. Y Jesús, adelantándose, en toda la nobleza de su estatura, hacia la multitud, con una mirada inflamada de luz, dijo:

—¡Sí, lapidadla! ¡Y aquel de vosotros que se juzgue sin pecado, que arroje la primera piedra!

Su voz era fuerte, cóncava, misteriosa: — asustaba.

La inmensa multitud quedó callada, absorta; alzáronse algunos rumores; los fariseos, los escribas, alejábanse, rezongando. Algunos ancianos lloraban. Se oía decir: — ¡Es el Mesías, es el Mesías! Todos se dispersaban. Los anchos patios resplandecían al sol, casi desiertos.

Yo aparté a los soldados, solté a la mujer. Los fariseos, en grupos irritados, hacían comentarios a la puerta del santuario, entre los centuriones de la milicia templaria.

Yo que tantas veces asistiera a las lapidaciones de las adúlteras, estaba reconcentrado, absorto: aquella palabra, caída en medio de mi educación judaica, perturbaba toda la organización del mundo interior que nos habita. Me alegraba de ver herida en su esencia la hipocresía de una raza, por una palabra simple y genial; sentía una admiración inesperada por el espíritu armonioso del Maestro de Galilea.

— Sí, sí, — yo decía. — Jesús de Nazareth, con su genio sencillo y justo, con la delicadeza penetrante de su palabra, con sus enseñanzas sobre la riqueza, sobre los pobres, sobre el perdón, sobre el culto, y con la influencia poderosa de su persona sobre los hombres, está destinado tal vez a ser el regenerador de Israel. Si él tiene sólo el espíritu, yo tendré por él la fuerza. ¡Ay de mí! Ignorado, débil, tímido, más especulativo que activo, ¿cómo podría yo, ser el hombre decisivo de una insurrección?

Pero el hastío de la vida presente, mi juventud ávida de acción, mi irreconciliable desprecio por el templo y su gente, el prestigio que tenía sobre mí la vida del agitador Judas Galanita, todo ello y el deseo de aproximarme al Maestro de Galilea, me llevó a buscarlo a Juan, de Capharnaum, y a pedirle, simple, rápidamente, que me condujese hasta Jesús de Nazareth. Juan me dijo que me hallase por la noche junto a la Puerta de los Rebaños; vería a

un hombre que me diría esta palabra: *Shalon,* que era el saludo usado por el Rabí; yo debería seguirlo, y a altas horas de la noche yo hablaría con Jesús.

Una trémula inquietud me sobrecogió hasta el anochecer. El contacto con aquel hombre, la gravedad de las ideas que yo le llevaba, el peligro, todo volvíame más perfecto de sentidos, más abundante de palabras, más fuerte de fe.

IX

A la hora tercera de la noche yo descendía por entre los pomares que crecen en la colina, donde tiene su asiento el barrio de Bezetha. Yo lo vería a Jesús, en un huerto, junto al monte de los Olivos.

La noche estaba llena de una luz viva, profunda; había sombras suaves bajo los amplios ramajes; un dulce silencio ocupaba la tierra. Oí apenas un canto triste, arrastrado: alguna pobre mujer mecía a su hijo, lloraba al marido llamado a servir en las legiones romanas. El hombre que me guiaba, abrió una puerta, estrecha, de mimbre; entré en un espacio cubierto por follajes de cedro; sentíase una frescura de agua, olor de plantas.

La luna alumbraba al frente un espacio abierto, aireado, con un banco de piedra: ahí, con los brazos cruzados en el regazo, la cabeza apoyada al muro, la mirada perdida en el espacio iluminado, estaba Jesús.

Irguióse lentamente, y dijo:

— Paz.

— ¡Paz y alegría, Rabí! — dije yo. — ¿Velabas?

— Velo siempre. ¡Bienaventurado el que vela! El es como el siervo diligente, que espera despierto a su señor que fué a unas bodas: apenas lo siente llegar, corre en el acto a abrirle.

Jesús callóse, perdiendo su mirada en el inefable espacio luminoso.

Yo me le aproximé, y con voz profunda, convencida, le dije:

— ¡Creo en tí, Maestro!

Jesús estaba en contemplación, arrebatado, transcendente.

Hubo un silencio. Yo me sentía cohibido, y le dije para llamarlo a nuestros comunes pensamientos:

— Rabí, ¿qué es necesario, a tu parecer, para alcanzar con felicidad la vida eterna?

Jesús posó sobre mí, lentamente, sus ojos severos.

— Sirves el templo, — dijo, — sirves la ley, y no conoces la ley. ¿Qué dice la ley?

— La ley, — dije yo, — enseña que amemos a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos.

— Y yo digo como la ley.

Y me miraba penetrantemente; hablaba como en sueños o a alguien invisible.

— No se puede servir bien a dos amos: hay que despreciar a uno de ellos, servir al otro. No se adora en el mismo corazón a Dios y a Moloch.

Comprendí que el Rabí no tenía confianza en mí; que me creía un emisario del templo ido a escuchar su doctrina, para luego testimoniar contra él.

Respondí con dura dignidad:

— Tienes para mí palabras desconfiadas, Rabí. Llámalo a Juan. El sabe que creo en tí, y que no soy uno de esos testigos que pone el Sanhedrin detrás de las puertas de los blasfemadores de la ley. Mi cuerpo sirve y vive en el templo; pero muchas veces mi espíritu ha andado contigo, en anhelo y en verdad, sobre tu lago de Tiberíades. Llama a Juan.

El Rabí me observaba atentamente.

— El hombre, — dijo, — da testimonio sobre el hombre; sólo Dios conoce los corazones.

— Pues bien; tú, que, según dicen, eres hoy el mayor vidente de Israel, tú juzga o condena mi alma.

Esto lo dije, grave, firme, áspero. Jesús de Nazareth, con el rostro aclarado, díjome dulcemente:

— La fe salva.

Y después de un momento:

— ¿Y qué dicen entonces que soy los de Jerusalén?

— Unos, Maestro, dicen que eres Elías o el Bautista resucitado; otros que eres el Mesías; los fariseos piensan que eres un blesfemador ambicioso, o un ingenuo sincero; la mayoría te ignora: esta es la verdad.

— ¿Y tú qué dices que soy?

— Yo digo que eres un hombre justo que tiene una elevada conciencia de las cosas divinas. Digo que eres un hombre enviado pro-

videncialmente, en un tiempo humillado y vil, para levantar las almas, desenmascarar las hipocresías, vengar la patria! Pienso que si has de tener una acción en el mundo, ella debe ser la de erguirte contra la aristocracia del templo, contra este espíritu estrecho de Jerusalén, contra este culto pagano de las tradiciones, contra el fariseo y contra el romano; ser el consolador y ser el vengador!

— Hombre, ¿qué piensas? Yo vine a salvar las almas, y no a perderlas.

— ¿Y es perderlas tornarlas justas? ¿Es perderlas combatir este sacerdocio rico e indiferente, este culto sangriento e hipócrita? ¿Es perderlas quebrarles este destino que las hace esclavas, siempre llorosas y siempre perdidas, y ahora bajo el arbitrio de los favoritos imbéciles de Tiberio?

— Esas cosas pequeñas no me pertenecen: son del mundo.

— Perdona, Rabí; pero, ¿a qué viniste entonces? Y tú, ¿qué dices que eres, te pregunto yo ahora? ¿Quieres quedar eternamente predicando y contemplando en el lago de Tiberiades, y andar errante por las aldeas? ¿Y piensas que eso influirá sobre los hombres, tanto siquiera como una hoja seca? ¿Piensas hacer una revolución en Judea, acariciando las cabezas rubias de las criaturas de Chorazin, y contando parábolas, en los campos, a los sencillos y a las mujeres? Comprendo que tu ambición no sea mayor, y que te baste la felicidad de un sueño en la fraternidad de los humildes. Pero, entonces, ¿para qué viniste a Jerusalén? ¿Para qué predicas en el templo? ¿Si tú no eres una iniciativa revolucionaria, qué eres entonces? ¿Quién eres, si no eres una fuerte intensidad de voluntad? Las máximas que predicas son de Hillel, son de Gamaliel, son de Jesús de Sirach: sé que hay cosas nuevas en tu enseñanza, pero lo que en ella hay de grande es tu fuerza de convicción, es tu fe, es tu profunda virtud, es tu amor del sacrificio, es tu infinita voluntad. ¿De qué te sirven entonces estas cualidades, para qué las guardas? ¿No eres judío? ¿Tu madre no es de Canaán? ¿No podía ser tu padre llevado a las legiones de Roma? ¿De qué nos sirven esas parábolas, esas ironías, esas respuestas excelentes, si ellas no han de herir la riqueza del saduceo, la hipocresía del escriba, el vejamen del romano? ¿Quieres abstenerte de la acción? ¿Imaginas que las prédicas del templo y la enseñanza sobre las montañas, sólo por su verdad abstracta pueden combatir, vencer un mundo completo, organizado, civil, rico, amado? ¿Imaginas

que se puede repetir el milagro de las trompas de Jericó? ¿Crees que un mundo entero, tribunales, templos, oficios, mercados, sacerdocios, escuelas, todo fuertemente vinculado, ha de disiparse como una visión, porque un hombre simpático se yergue en un camino y dice: — Amaos los unos a los otros y seréis amados por vuestro Padre celeste? — ¡No! ¡eso no será, Rabí!

— ¡Por vuestra incredulidad! Que si tuvieseis la fe, tanta — ¿qué sé? — como un grano de mostaza, y dijeseis a aquel monte: ¡vete de ahí!, el monte se iría. Oh, generación incrédula, generación incrédula, ¿hasta cuándo estaré en medio de tí?

El Rabí daba largos pasos, atormentado, doloroso.

— ¡Rabí, Rabí, escúchame! Yo tengo tu fe, amo tu reino de Dios. Pero tu Dios consuela muy en alto y nosotros sufrimos y lloramos muy abajo en la tierra.

Jesús estaba poseído de incertidumbre, de amargura. Yo decía:

— Escucha, Rabí: consiento en que, sólo por tu palabra, puedas realizar tu reino de Dios. Pero entonces deja a esos galileos simples, únete a los hombres que tienen la fuerza, la ciencia y el secreto de las cosas humanas: nosotros seremos la acción; sé tú nuestro Mesías. En Judea, nada se hace sin un profeta. ¿Cómo has pensado en realizar tu reino de Dios? ¿Con la dulzura y la paciencia, o con la fuerza y la rebelión? No puedes vacilar, si lo piensas. ¿Quieres producir un renacimiento, con los galileos que te rodean, con los publicanos infelices, con los enfermos que curas, con los miserables que consuelas, con las mujeres que te aman, con las criaturas que te sonríen?

— Dios esconde muchas cosas a los sabios, que revela a las criaturas.

— ¿Para qué predicas entonces en el templo, contra los fariseos y los príncipes?

— ¡Deja que por el espíritu de los humildes y de las criaturas, se opere la regeneración!

— En verdad, Rabí, dime: ¿entiendes tú que nada vale en el mundo, y que sólo tu ideal puede dar la felicidad y el sosiego? ¿Profesas tú el desdén?

— Sólo el desdén da la paz.

— Da la inercia, el sacrificio y las virtudes pasivas. ¿Y si mañana pudieses comenzar a ver realizado en el mundo ese reino de los pobres, de los humildes, de los pequeños? ¿Si por lo menos vieses una tierra bien preparada para tu palabra? ¿Si todo lo

vieses transformado por una acción enérgica, revolucionaria, por nuestra acción?

Jesús caminaba, inquieto: sus ojos vibraban. Mis palabras producíanle inesperadas perturbaciones

Nosotros veíamos brillar el templo, en la blanca pulidez de la piedra, bajo la luz lunar. Yo le dije, con voz profunda:

— Mira, mira el templo. Hoy allí todo es intriga, artificio, aparato, riqueza, sangre, hipocresía, vanidad: mañana sería el lugar más santo de la tierra.

Jesús abrazaba el templo con una vasta mirada, llena del fulgor de su anhelo. Yo habíale cogido las manos, y le decía en voz baja, junto al rostro:

— Oye. En Jerusalén hay descontentos; algunos miembros del sanhedrin están irritados con la familia de Elanán, con Beothos; Gamaliel no ama el templo; el pueblo bajo del mercado detesta a los fariseos y a los escribas; es nuestro; la Galilea es nuestra; la Perea es nuestra; se mandarán emisarios a Joppé; toda la Judea se levantará: — tú serás el profeta. ¿Quieres? ¡Tu sueño del lago Tiberiades será entonces vivo, real, palpable, existente bajo las nubes! — ¿Quieres?

La noche era inmortalmente bella. Había bondad en el aire: el mundo parecíame lleno de un elemento diverso.

Yo hablaba confusamente, ora contra los fariseos, ora contra los romanos, y no conocía ni la fuerza de Roma, ni el poder sacerdotal, ni la inercia de un pueblo egoísta. Una gran tentación cautivó el espíritu del Maestro. Yo le decía, cogiéndole las manos:

— ¡Rabí, Rabí, después del fariseo, vendrá el turno del romano! Tú serás el mayor hombre de Judea; habrás glorificado al pobre, habrás humillado al rico, habrás aniquilado al hipócrita, habrás expulsado al romano: serás igual a Ezequiel por la justicia, igual a los Macabeos por la fuerza; serás como David, tendrás la Palestina desde el Jordán hasta el mar, y serás el rey de Israel.

Yo hablaba exaltado. Mostrábale Jerusalén y le decía:

— ¡Tendrás la Palestina hasta el mar, serás el rey de Israel!

Pero Jesús, levantando la mano, señalándome con un gesto elevado y transcendente el cielo lleno de luz serena, el inefable silencio, la pura belleza del infinito, el profundo misterio donde Dios habita, me dijo:

— Vete: mi reino no es de este mundo!...

— Miré largamente al Rabí, lamenté su desdén, sonreí de su palabra, y, callado, reconcentrado, salí por el camino del Betphagé.

Una claridad aparecía; los gallos cantaban. Al otro día, por la tarde, Jesús, seguido de los suyos, subió hacia la Galilea.

. . . . . .

EÇA DE QUEIROZ.

FIN [1]

---

(1) Aquí quedó inconclusa esta obra, como se advirtió en el número 45. Como es sabido, Eça de Queiroz volvió a tratar la figura de Jesús, representándonos magníficamente su proceso y su muerte, en *La Reliquia*. N. DEL T.

UN SALUDO

¡Salud, hombres del mundo que en el arte,
en la industria, en la guerra, en los oficios,
hacen la forma pura, con el mármol
de la palabra exacta y con el músculo
blanco de la montaña; o realizan
un firme ensueño de violencia justa
y soportan con ancha atletidad
a la ley, al invento, al sacrificio!...

Porque ponen vestidos de esplendor
y dan arquitectura permanente
y una inspirada fuerza de elocuencia
a una cosa mejor, pero que es mía,
a un principio sagrado, puro y *mío*,
que no puede expresarse en la indecisa
vacilación de las palabras mías
ni en el momento de mi pueblo sordo.

Ellos son, prodigiosos, mis obreros,
los delegados de mi sentimiento,
los legionarios de mi mismo lábaro,
los que limpian y tallan y modelan
mi espada de justicia, mi diamante
de verdad y mi arcilla de belleza...
En nombre de mi orgullo y de mi causa:
¡Un saludo a los hombres de la tierra
que prolongan en su obra mi alma misma!

ENRIQUE BANCHS.

HERACLITO

Y LA FILOSOFIA DE LA EVOLUCION

La historia de la filosofía griega, tiene un nombre que ha sido y sigue siendo aún hoy en día, empleado como representante de las doctrinas más avanzadas de la evolución y la transformación filosófica. Ese nombre es el de Heráclito de Efeso, el filósofo griego puesto á la moda por Hegel y á quien el mismo D'Annunzio cita y transcribe en varias de sus obras.

Este trabajo está consagrado al estudio de la personalidad de Heráclito, de sus doctrinas filosóficas y de la importancia que ellas tienen. Lástima grande que no se haya conservado la obra total del filósofo de Efeso y que para conocer y estudiar su pensamiento debamos contentarnos con los fragmentos, numerosos y ciertos que de su obra se han encontrado.

Por una feliz disposición de la suerte, que debía asegurar su libre progreso intelectual, el pueblo griego en sus doctrinas y en sus especulaciones filosóficas, ha tenido predecesores, cuya filiación histórica nos está permitido declarar. El genio griego, espíritu curioso y ávido de ciencia como lo denomina Platón, se hallaba admirablemente preparado para el desarrollo de la filosofía. Las influencias topográficas y climatológicas sirven para apoyar la explicación del desarrollo que la filosofía adquiere en Grecia. Un hermoso pedazo de tierra, compuesto de llanuras y de valles reducidos, separados por pequeñas series de montañas y abiertos al mar; un temperamento suave y vigoroso, un cielo limpio y despejado que venía á iluminar aquel conjunto, permitiéndole dibujar sus límites; tal era el medio físico en que se desarrollaría el vigor intelectual del genio helénico. Su religión, su filosofía, la obra

toda de su actividad, no es otra cosa que el triunfo de la inteligencia del hombre.

El Oriente, nos dicen todos los modernos escritores, es la cuna de la civilización: de allí salió la civilización griega, su lengua, sus artes, su religión, y hoy puede decirse de una manera positiva que el germen de su filosofía. Todo vino de Oriente; pero la nación griega desarrolló en forma tan perfecta todos los elementos que aportaban á su constitución definitiva, las antiguas civilizaciones orientales, que vino á ser, según la expresión de Riter, "la florescencia de todo el mundo antiguo".

Mucho se ha discutido cuál es el origen, de dónde nace y surge la filosofía griega. La mayor parte de los investigadores alemanes y franceses sostienen que habiendo el Oriente trasmitido su civilización á Grecia y ejercido más tarde su influencia por las comunicaciones de pueblo á pueblo, le debe haber trasmitido también su sistema filosófico. Los contrarios á esta doctrina oponen como principal argumento, la carencia en Oriente de todo método filosófico que trasmitir, á más de lo conjeturado é inverosímil de esos pretendidos viajes y el hecho de haber transcurrido varios siglos entre el establecimiento de las colonias griegas y la fundación de las primeras escuelas filosóficas en Grecia. Sin dar una opinión que resuelva definitivamente la antigua discusión, se puede afirmar, sin embargo, que las tradiciones del Oriente, las especulaciones astronómicas de los caldeos, los mitos y doctrinas zoroástricas, y las iniciaciones hieráticas del Egipto, influyeron de una manera positiva en los sistemas de la filosofía griega durante su primer desarrollo. Algunos autores alemanes, entre ellos Gladich, exageran enormemente la influencia decisiva y preponderante de la filosofía oriental sobre el origen y desarrollo de la griega; especialmente, en su período antesocrático; llegando a decir que los sistemas filosóficos que corresponden á esta época en Grecia, no son sino una especie de reproducción de los sistemas orientales. Así la filosofía eleática no es más que la renovación de la filosofía del Indostán; la doctrina de Anaxágoras fué tomada de los judíos; Heráclito reproduce el sistema Zoroástrico; la teoría cosmológica de Empedocles, trae su origen del Egipto y reproduce el sistema hierático, y finalmente la doctrina pitagórica, es una segunda edición corregida y aumentada de la doctrina filosófica y moral de los chinos.

Sea como sea, se puede realmente afirmar, que en Grecia nació

propiamente la filosofía. Los sistemas filosóficos de Oriente no son más que ensayos. Grecia dió al pensamiento filosófico un carácter científico. Cualquiera de las dos tesis que se acepten: que la filosofía sea o no autóctona de Grecia, es a Grecia que corresponde la superioridad en la gloria, porque aunque el Oriente haya sido el primero que vislumbró el pensamiento filosófico, y el primero que probó traducirlo en palabras, el genio griego lo personificó y consagró, y lo impuso á la corriente de los siglos.

El primer período de la filosofía griega comprende cuatro escuelas principales, que son: la jónica, la itálica ó pitagórica, la eleática y la atomística, si bien esta última es considerada por algunos autores como una prolongación y variante de la escuela jónica. El pensamiento especulativo de la Grecia, que representan estas escuelas, está caracterizado profundamente por la importancia que se da al problema cosmológico; lo primero que atrae la atención del hombre es la naturaleza que lo rodea y las cosas materiales que satisfacen sus exigencias. El objeto, imponiéndose sobre la observación subjetiva, lo domina inmediatamente. Para abstraerse de él, y concentrarse en el análisis del espíritu, es necesario tener ya formada una reflexión más experimentada y más profunda. Este fenómeno se comprueba evidentemente, no sólo en la filosofía, sino en el ejemplo que nos ofrece la poesía: las primeras concepciones poéticas, en la cuna de las sociedades, son esencialmente objetivas. Fruto del agradecimiento, del temor, de la superstición ó de la debilidad. En cantos épicos se encierran las primicias del genio infantil de los pueblos. Cultura algo avanzada se requiere para que sobreponiéndose el hombre al mundo exterior, a las necesidades materiales de la vida que directamente lo preocupan, considere como una satisfacción superior, los placeres y refinamientos que nos brindan las complicadas expansiones de la vida del espíritu.

Por esto, pues, se explica claramente que la individualidad filosófica se ejercite primeramente en la investigación del concepto cosmológico. Por eso son los filósofos de la escuela jónica los que por primera vez meditan, estudian en la observación profunda de los fenómenos naturales: la explicación de la vida, de su origen y de sus fuerzas energéticas. La realidad se identifica para todos ellos con la naturaleza y con el mundo visible y ninguna de sus doctrinas ó teorías representan y significan una realidad ó substancia espiritual distinta de la realidad material. El ser subs-

tancial, la esencia de todas las cosas, consiste en un elemento primero, agua, aire, fuego, tierra, ora solos ó unidos.

La escuela jónica, plantea y resuelve el problema cosmológico de un modo esencialmente materialista. Tres son los filósofos que preceden á Heráclito en esta escuela: Tales de Mileto, Anaximenes y Anaximandro. Estudiaremos brevemente la doctrina de cada uno de ellos; pero ante todo es necesario declarar, que estos filósofos, como representantes primitivos de la filosofía griega eran racionalistas, puesto que para ellos no hay conocimiento que derive de la experiencia. El caudal que tenían de experiencia era muy poco: predominaba en ellos el método deductivo y este rasgo importantísimo de la filosofía griega, se explica con sólo pensar que el método deductivo nos presenta hechos que conocemos por la experiencia, que debe confirmarlos. Los griegos no esperaban esta confirmación; deducían directamente una serie de conclusiones de la observación, generalmente de los hechos de la naturaleza; creían que habían así raciocinado con lógica y eso era suficiente para que ellos aceptaran como una verdad definitiva el resultado de ese raciocinio.

La gran cuestión que se inicia y se debate en la filosofía griega, es la relación que existe entre lo concreto y lo universal; para los pensadores griegos el concepto de la humanidad es estudiado, independientemente de los individuos que la constituyen; ese concepto tomaba la importancia de un hecho real, positivo, existente y concreto, al cual daban vida y realidad por medio de una serie de raciocinios y elucubraciones. Para nosotros los modernos este sistema es completamente absurdo, pero es necesario darse cuenta de estos fenómenos para poder explicar los sistemas filosóficos griegos.

En el problema cosmológico que impresiona desde el primer momento el pensamiento especulativo y filosófico de la Grecia, el concepto antropocéntrico ocupa un lugar principalísimo. El hombre creése el centro de la naturaleza, dueño y señor de ella, siendo la razón humana la última expresión del conjunto. Hoy en día, el hombre reducido á ser un simple eslabón de la cadena natural, se ha confundido con la naturaleza á que pertenece. Otro error, que también influyó de una manera muy positiva en la filosofía griega, es el error etnocéntrico, que consistía en creerse los griegos muy superiores al resto de la humanidad, constituyéndose, así convencidos, en el mejor de todos los pueblos. El orgullo

ilimitado de la nación griega al considerar bárbaro á todo hombre que no perteneciese á ella, igualándolo poco menos que á los animales, la hizo creerse autóctona y esta idea no fué jamás puesta en duda en la antigua Grecia.

Es el problema del génesis, el que primero preocupa á los filósofos griegos de la escuela jónica. ¿A dónde vamos? ¿De dónde venimos? he aquí el primer pensamiento que ocurre á su mente. El problema cosmológico no tiene en ellos su solución y aparecen entonces los sofistas, cuya misión en la historia de la filosofía es obscurecerlo y enredarlo todo. Surge luego Sócrates, que estudia y trata el problema ético. Viene luego Platón y una serie de escuelas filosóficas, hasta que llega un momento en que la razón desesperada por no poder resolver estos problemas se declara en derrota, se suicida, por decirlo así, y anuncia que es necesario volver á la religión para encontrar la solución buscada. Este ciclo se repite en la historia de la filosofía contemporánea y así vemos que Bergson, el filósofo moderno, declara en el estudio que sirve de introducción al Pragmatismo de James, que es un convencido que la filosofía moderna ha especulado inútilmente con todas sus teorías y que será necesario volver á la contemplación mística de los hechos y de las cosas.

Es indudable que el primer problema que trata de explicar la escuela jónica, es el problema del génesis. Este problema surge de la necesidad de referir una causa á un efecto. Elaborando una serie de causas llegamos á la existencia de una causa primera, que sirve para derivar de ella todo lo demás. La existencia, pues, de una causa primera, llámese como se llame, es absolutamente necesaria. Buscaron los filósofos de la escuela jónica el principio estable, causa primera de todas las transformaciones. Tales de Mileto, fundador de la escuela, que mereció por su filosofía ser considerado uno de los siete sabios de Grecia, sostiene que este principio estable es el agua. Para él todo salía del agua. El agua que humedece y fortifica la tierra, el agua que se solidificaba y se evaporizaba, el agua que toma la forma que se le dé, bien se podía para Tales, convertir en mineral, vegetal y animal. Todos los fenómenos de la naturaleza viviente, el nacimiento, la nutrición, la circulación, etc., tienen su origen en lo húmedo, el calor mismo tiene este origen, la alimentación de todos los seres es húmeda, la humedad es lo que conserva la vida; la simiente de todas las cosas es, pues, húmeda, pero el origen de la naturaleza húmeda

es el agua y de ahí se deduce que el agua sea el principio de todas las cosas.

La idea de señalar el agua como la causa primera es explicable en Tales de Mileto, quizá, por ser la Grecia un pueblo, una nación de navegantes, que lo sacó todo del mar. Es curioso notar que esta idea del agua se encuentra también en el primer libro del Génesis de Moisés, en el que se lee "que el Espíritu de Dios flotaba sobre las aguas". En las tradiciones Caldeas y en el Indostán se encuentra la misma idea: El agua como principio de las cosas. Es probable que Tales cuando joven viajara por Fenicia y por el Egipto, lo que por otra parte es admitido por la mayoría de los autores; y que de allí tuviera el germen de esta teoría, que realmente representa una forma característica de encarar el problema filosófico. Desgraciadamente no hay escritos que se puedan atribuir a Tales, por lo que no se puede conocer ni el alcance ni la trascendencia de su doctrina.

Pronto debió notarse la existencia de otra substancia casi tan importante como el agua y entonces surge Anaximandro, que nació en Mileto el año 2.º de la 42 Olimpiada, es decir, 610 años antes de Jesucristo, como nos dice Apolodoro en sus crónicas. Discípulo y amigo de Tales, crea Anaximandro una materia indefinida (Apeyron) que todo lo ocupa, substancia elemental o principio primitivo que era el infinito. El infinito es el principio de todo nacimiento y también de toda muerte; puesto que para Anaximandro, por medio del eterno movimiento, todos los elementos que habían salido del infinito, en estado de mezcla, tenían que volver á él. Para Anaximandro el infinito es un ser que nace y vuelve á nacer, pero estos nacimientos son una descomposición y recomposición constante de los elementos inmutables. El infinito era una substancia que no era ninguna cosa, pero podría ser y era todas las cosas.

La teoría de Anaximandro es substituída por la que profesa su discípulo Anaxímenes, que nació como los dos filósofos antecedentes en Mileto, por los años 557 antes de Jesucristo. Para este filósofo, el principio de todas las cosas es el aire infinito y viviente, elemento eterno e informe y que sostenía, envolviéndola, a la tierra. El aire es el principio de todas las cosas, todo sale de él, pero todo vuelve á él. Esta doctrina parecería un retroceso en la historia de la escuela jónica, pero la concepción de Anaxímenes no representa otra cosa que la concepción material del *Apeyron,*

substituído por el *aire*, elemento universal que se encontraba en todas partes, y que tiene funciones fundamentales en la vida para podérsele considerar como principio vital de la existencia.

En tesis general, puede decirse que los sostenedores de la escuela jónica son monistas, es decir, que refieren todo á una sola y única causa; son también sencillamente materialistas y, en fin, son los precursores de lo que más tarde se llamó hylozoísmo, es decir, que suponen que la vida es una propiedad, un atributo de la materia: más claro, que el origen de la vida es la materia.

Estudiemos brevemente estas tres características fundamentales de la escuela jónica. Son monistas, buscan el ideal de todas las doctrinas filósoficas en la unidad, es decir, en el concepto mental de la unidad en la ciencia. Es una verdad, ya incontrovertida, la existencia de unidades relativas, puesto que la unidad absoluta, puede decirse que no ha existido nunca en la naturaleza. Los seres ó individuos podrían considerarse como unidades propias, pero relativas, que resultan de la unión de muchas células; ésta podría ser la unidad, es cierto. Pero hasta hoy no se ha encontrado el punto de partida de la célula. Este elemento primitivo que podría ser el átomo, tampoco nos ofrecerá la unidad. El átomo no basta como hipótesis científica para contestar á todas las preguntas y á todas las inquisiciones y experiencias que se han hecho, y es por eso que podemos afirmar que la unidad no se ha encontrado jamás. Esa tendencia á la unidad no proviene sino de la naturaleza de nuestro raciocinio, puesto que la unidad sólo puede concebirla el que conoce la multiplicidad y este concepto sólo nace de la naturaleza de nuestro raciocinio, el cual necesariamente si considera, en lo metafísico, a la unidad como un principio absoluto, cae en el principio místico (Dios). Los filósofos de la escuela jónica son monistas porque refieren todos sus sistemas á una sola y única causa: Para Tales es el agua; para Anaxímenes, es el aire; para Anaximandro, es el *Apeyron*, substancia universal, que no es ni el aire ni el agua, sino lo indefinido.

La escuela jónica es materialista, porque no hace otra cosa sino el estudio de la materia, no en sí, sino en sus atributos y energías y allí está su error. Es verdad que nosotros no conocemos en sí la materia, sino en sus atributos; pero la verdad es que esos atributos y energías, los conocemos, no en sí, sino en la representación que tenemos en nuestra conciencia, en nuestra representación mental. Es cierto que el concepto de la materia es

un concepto del cual no podemos prescindir, pero someter todos los distintos factores de nuestra inteligencia á la materia ó á su influencia directa, es una doctrina triste y desconsoladora.

El materialismo, en la historia de la filosofía, se ha presentado siempre con carácter episódico. Los sostenedores de esta escuela filosófica creen que no son metafísicos, cuando la realidad es que, en verdad, el concepto de la materia es tan metafísico como el del espíritu. Es curiosa la trayectoria del materialismo en la historia de la filosofía. Llega á su culminación en la historia de la filosofía griega con Epicúreo. Luego decae, hasta que en la época del renacimiento aparece Gassendi en Francia, el que restablece el epicureísmo, aunque en una forma más en armonía con la época. Su contemporáneo es Hobbes, que en Inglaterra proclama la doctrina materialista. En el siglo XVIII esta doctrina toma gran incremento en Francia, donde de La Mettrie, Diderot, el Barón de Holbach y su grupo, desarrollan todos sus principios. Después de la revolución francesa decae el materialismo y como consecuencia lógica se produce un reflorecimiento del espiritualismo, hasta que como consecuencia de la desenfrenada especulación del espiritualismo alemán, aparece nuevamente el materialismo, sobre todo con Blucher y Haegel, de tal manera, que entre el *Apeyron* de Anaximandro y los iones de Haegel y Blucher, no hay diferencia fundamental.

La personalidad filosófica de Heráclito, si bien pertenece á la escuela jónica, tiene características especialísimas que lo hacen aparecer en una esfera personal, típica, propia, inconfundible. Puede decirse que Tales, Anaximandro y Anaxímenes, sólo habían tratado de saber en qué consistía la esencia y la substancia de las cosas, dando, por supuesto, que era algo permanente y fijo. Heráclito pone en discusión esta segunda hipótesis y esfuérzase en probar que la esencia, el ser y la substancia de las cosas, lejos de ser una cosa permanente, consiste precisamente en la mutación, en el *devenir*, en el *fieri* de los comentaristas católicos; que la *variación* es la única ley invariable; el movimiento continuo é incesante, la esencia real de las cosas.

Pocas noticias nos quedan sobre la vida de Heráclito: no conocemos ni el año de su nacimiento ni el de su muerte, fijándose por algunos la fecha de su nacimiento hacia la 69 Olimpiada, los años 504 ó 501 antes de Jesucristo. Diógenes Laercio nos dice: "fué Heráclito de Efeso, es decir, nacido en Efeso, hijo de

Blisoni ó como quieren algunos, de Eraconti. Floreció alrededor de la 69 Olimpiada. Fué tan soberbio como ningún otro y tenía tan alto y extraordinario concepto de sí, que decía que no había trabajado sino para los sabios y peritos; añadía que Homero merecía haber sido expulsado y apaleado, é igualmente Arquiloco". Tuvo un amigo muy querido que se llamó Ermodoro, el cual fué desterrado por los de Efeso. A raíz de este acontecimiento, Heráclito escribía: "sería conveniente que los de Efeso salieran todos en masa y dejaran la ciudad a los niños, porque se atrevieron á expulsar á Ermodoro, hombre entre todos ellos el más valiente, diciéndole: "No queremos que se halle entre nosotros ninguno muy valiente, sino fuera y con los otros". Se retiró cerca del templo de Artemisa y allí jugaba a los dados con los niños y cuando algún habitante de Efeso se asombraba, mirándole, Heráclito les decía: "¿De qué os maravilláis, miserables? ¿No es mejor hacer esto que ocuparme con vosotros del gobierno?" En fin, odiado por los hombres y retirándose de ellos vivia en los montes, alimentándose de hierbas y de plantas. Enfermo de hidropesía necesitó volver á la ciudad, donde consultaba á los médicos por medio de enigmas y no entendiéndolo éstos, se expuso al sol cubierto por estiércol de buey, creyendo que así haría evaporar los humores, y no obteniendo ningún efecto, murió a la edad de 60 años, siendo sepultado en Agora. El mismo autor, refiriéndose a sus condiciones, dice: "fué maravilloso desde pequeño, pues que de joven dijo no haber sabido nada, pero una vez que llegó á la edad madura dijo que lo sabía todo. No fué discípulo de nadie y decía que todo lo había buscado él mismo y que lo había aprendido todo por sí". Algunos dicen, entre ellos Sozion, que fué discípulo y que había oído á Jenófanes, otros dicen que á Aristón. El libro en el cual Heráclito ha puesto su doctrina, dice Diógenes Laercio, se llamaba "De la naturaleza" y estaba compuesto de tres partes, á saber: del Universo, de la Política, y de la Teología, y aunque esta división parece inverosímil, los fragmentos que nos han quedado de Heráclito no la comprueban. Estos escritos son obscuros y confusos, de tal manera que ha llegado á llamársele á nuestro autor, Heráclito el obscuro; pero más bien puede decirse que son en extremo sutiles y amanerados. Se componen de sentencias cortas y enigmáticas. Ritter, apoyándose en el testimonio de varios escritores antiguos, nos dice que esa obscuridad es debida, en parte, á las reglas generales á que estaba sujeta la prosa griega

antigua, y que siendo filosófica y careciendo de fuerza dialéctica, debía buscar las expresiones figuradas y místicas y que por otra parte el carácter de Heráclito, lo llevaba á las especulaciones más elevadas.

Otros dicen que dejándose llevar por sus excesivas tendencias aristocráticas y de su desprecio por la multitud, hizo obscuro su libro para que no lo entendieran sino los más sabios, como lo dice Lucrecio en su Poema de Natura Rerum, cuando en el verso 810 declara que Heráclito buscó por obscuridad hacerse admirar por el vulgo, el cual admira lo que no comprende.

De todos los filósofos de la escuela jónica es el primero que ni calcula, ni dibuja, ni trabaja con sus propias manos para subvenir á su existencia; es el primer cerebro especulativo y la fecundidad verdaderamente maravillosa de su inteligencia, exteriorizada en sus fragmentos, nos instruye aún hoy en día. Es Heráclito un filósofo exclusivo, es decir, un hombre que sin ser realmente superior en alguna materia, se considera como superior á todos sus semejantes.

La soledad y la contemplación de la naturaleza fueron las inspiradoras de Heráclito. Despreciando continuamente al pueblo, á los hombres y aun á los principios religiosos que caracterizaba al pueblo de Efeso, Heráclito se consagró en la soledad de las forestas de la montaña á escribir su doctrina, depositando en el templo de Artemisa el rollo de papirus, donde él había consignado el fruto de una vida de pensamientos que legaba al porvenir de los siglos.

La gran originalidad de la doctrina de Heráclito consiste en haber sido el primero en percibir las relaciones que existen entre la vida de la naturaleza y la vida del espíritu; él es el primero en construir esa serie de generalizaciones que encierran como bajo una inmensa cúpula los dos dominios del conocimiento humano: la naturaleza y el espíritu.

Lo que caracteriza la existencia del mundo en que vivimos, dice Heráclito, es que no hay nada estable y que todo se modifica y cambia sin cesar. Niega, pues, la existencia de algo permanente y acepta una sucesión constante de fenómenos y movimientos, como pareciéndole inútil suponer que detrás de los fenómenos transitorios existe algo de permanente é inmutable. La forma material que Heráclito cree que corresponde mejor al proceso de la vida universal, es aquella que no ofrece jamás ni aun la apa-

riencia misma del reposo ó de un movimiento insensible; es aquella en que le parece reside el principio mismo del calor vital de los seres organizados superiores, principio que es, por consiguiente, el elemento por excelencia de la vida: ese principio, para Heráclito, es el *fuego* que anima, que transforma y que todo lo consume. El fuego, dice, no ha sido creado ni por ninguno de los dioses, ni por ninguno de los hombres, él ha existido siempre, es y será eternamente.

La creación de esta substancia única es otra de las características de su doctrina; esa materia única que se transforma constantemente, que representa una evolución contínua y no nada de permanente ni de persistente, debe haber empezado alguna vez y tener su término. Dice Heráclito, que el fuego sigue dos caminos, uno hacia arriba (ascendente) y otro hacia abajo (descendente); pero agrega que los dos caminos son lo mismo y que constituyen un ciclo. Tiene este pensamiento una analogía muy grande con la explicación que da Spencer sobre la materia. Heráclito intenta un sistema filosófico bastante completo, aplicando siempre la idea del fuego, para crear así una ética, una psicología y una teoría del conocimiento que surgen de un principio universal, que es el fuego, que luego se transforma y vuelve á confundirse con él.

En Heráclito se presentan unas series de problemas que están á la orden del día: Es monista, es panteísta, nos insinúa la evolución ascendente y descendente, introduce el concepto de identidad y demuestra que el mundo es una transformación continua. Para él nada es ni no es, todo deviene, todo se transforma y por lo tanto nada hay de absoluto en el Universo y más aún en su doctrina. Ante esta transformación de las cosas, se explica la melancolía de Heráclito, de la que nos hablan los filósofos griegos, hasta el punto de conocérsele con el nombre de Heráclito "el llorón". Todo pasa, nos dice en uno de sus fragmentos; cada cosa es y no es á la vez: nada hay que exista realmente. Todo se desliza, todo marcha y nada se detiene. No se puede, dice, entrar dos veces en el mismo río, pues el agua que viene á nosotros no es la misma; desaparece y se acumula de nuevo, nos busca y nos abandona, se aproxima y se aleja." Toda la doctrina fundamental de Heráclito se halla en esta metáfora: nosotros no somos más durables que el agua de los ríos. El agua de un río que vemos en un punto, deja su lugar á otra para ir á morir en el mar; en el Universo lo mismo, no podemos decir "es tal cosa" porque en el

instante ya es otra cosa (lo mismo que el río, que decimos está en tal parte y en el instante está en otra parte), en una palabra, en la doctrina de Heráclito: una vida cuesta una muerte, una muerte da lugar á una nueva vida. Todo es mudanza, pues, todo es "devenir", todo es movimiento universal.

Pero Heráclito no se contenta con atribuir á la materia el cambio continuo de formas y de propiedades: le atribuye también un movimiento incesante en el espacio. Para él la materia es viviente, pero no solamente en el sentido en que lo entendieron sus predecesores inmediatos que habían buscado la causa de todo movimiento en la materia misma y no en un agente superior, puesto que para Heráclito todo lo que vive está sometido á una incesante destrucción y á una incesante renovación. Supone también Heráclito, que las impresiones del olfato y las de la vista son producidas por pequeñas partículas de materia que se escapan constantemente de los cuerpos. Es muy curioso observar la concordancia de esta teoría con las doctrinas que sostiene hoy la física moderna que acepta como un hecho establecido que las moléculas de materia se encuentran sin cesar en movimiento, aunque este movimiento se escape á nuestra percepción.

Las manifestaciones orgánicas, físicas é inorgánicas, estaban representadas para Heráclito como ya lo he dicho, por el fuego, que preside á los fenómenos físicos lo mismo que á los fenómenos materiales. Heráclito es, por consiguiente, *monista:* para él no hay sino el fuego y la energía que éste despliega. En el fuego, Heráclito encontró la substancia más acabada del proceso cósmico. Hay que hacer notar aquí, que el filósofo de Efeso, cuando habla del fuego, no se refiere exclusivamente á las llamas ó á la combustión, sino realmente al calor como fuente eficiente del Universo. Ese calor es el calor del sol, indispensable para la existencia y desarrollo de los vegetales y seres vivos. Esta idea de considerar al fuego, ó mejor dicho al calor del sol objetivado en el fuego, como principio, medio y fin de todas las cosas, tiene su origen probablemente en la idea mitológica, muy arraigada en la antigüedad del culto solar, por los pueblos antiguos, de tal manera, que en Egipto y en la Caldea era el culto por excelencia y bien puede considerarse en Grecia á los dioses del Olimpo como deidades solares.

Para Heráclito todos los seres deben considerarse y son en el fondo meras transformaciones y derivaciones de este fuego pri-

mitivo, y á su vez, estos mismos seres ó substancias se convierten en fuego etéreo por medio de varias combinaciones y de constantes transformaciones. Estas transformaciones son fatales y universales: Fatales, porque están sujetas á una ley fatal é indeclinable, la cual es independiente de los dioses y de los hombres; y hay que señalar que como consecuencia de lo que Heráclito afirma sobre la mutabilidad de las cosas de este mundo, se desprende que es inútil hacer sacrificios y preces á los dioses y á las divinidades antiguas; son universales por cuanto se extienden á todos los seres sin excepción. El Universo, como ya lo he dicho anteriormente, puede considerarse para Heráclito, como el resultado de dos grandes corrientes: una ascendente (transformación del fuego primitivo en aire, en vapor, en agua, tierra, etcétera), y otra, cuyo proceso es descendente (transformación de las piedras y metales en agua, de ésta en vapor, de éste en aire, de éste en fuego, etc.), constituyendo un ciclo, de manera que todas las cosas salen del fuego y vuelven á él en períodos determinados. La vida vegetal, la animal y la intelectual, son, para Heráclito, manifestaciones diferentes del fuego, resultantes del choque, de la combinación de estas dos corrientes que se desarrollan en el seno de aquella substancia primordial y que constituyen su ley general; es, pues, á este respecto el filósofo de Efeso completamente panteísta, puesto que todo surge de un principio universal, que es el fuego y luego vuelve á confundirse con él.

Para concluir este estudio sobre Heráclito, es necesario examinar su doctrina sobre la relatividad de las cosas; su doctrina sobre la coexistencia de causas contrarias ó identidad de los principios opuestos y su doctrina sobre el Logos ó ley fundamental.

En uno de sus fragmentos Heráclito nos dice: "El agua del mar es la más pura y también la más sucia; para los pescados, ella es potable y salutífera; para los hombres, ella es imbebible y funesta." En esta frase, no quiere el filósofo de Efeso consignar una observación pasajera, dice Gomperz, sino que en ella aparece por vez primera la doctrina de la relatividad de las propiedades, que Heráclito lleva á sus extremos cuando en el fragmento 57 dice: "el bien y el mal constituyen una sola y misma cosa". Para Heráclito, pues, los estados sucesivos de un objeto, sus propiedades simultáneas, llevan casi siempre el sello de una diversidad fundamental y aún el de una completa oposición. Toda determinación,

toda estabilidad del ser desaparecen para Heráclito y en su doctrina está contenido el germen del pensamiento que será más tarde familiar á todos los filósofos griegos, es decir, "que el mismo objeto del mundo exterior actúa de manera muy distinta sobre diferentes órganos, sobre diferentes individuos, ó aún sobre el mismo individuo, en razón directa de los distintos estados en que se encuentre"; de aquí se deduce, y Heráclito lo hace notar, que las opiniones, las leyes y las instituciones que eran apropiadas y saludables á una faz del desenvolvimiento humano, son ellas mismas, para otra faz, insuficientes y funestas. Esta doctrina de relatividad que encontramos en Heráclito, es quizá la que nos explique y pueda justificar en los tiempos modernos de una manera satisfactoria las vicisitudes y los cambios, la contradicción entre la opinión que juzga saludable y bueno hoy, lo que tenía por desastroso ayer.

Dice Heráclito en uno de sus fragmentos: "todo nace de la discordia, la armonía del mundo surge de causas opuestas", y con estas frases enunciaba su doctrina sobre la existencia de causas contrarias ó de la identidad de los principios opuestos, con lo cual anticipa el pensamiento que más tarde Hegel desarrollará sobre la identidad de los principios opuestos. Dice Heráclito que solamente del choque de principios opuestos surge la verdad, y que la ley del combate rige no solamente la vida de los hombres sino también la naturaleza toda. Para él, el combate es el padre de lo existente, idea que más tarde desenvolviera Darwin en su teoría sobre el combate de fuerzas opuestas. El mundo, dice Heráclito, nace de la discordia, y va tan lejos al formular esta paradoja que ataca á Homero porque canta y pide paz, porque pide que la discordia desaparezca de entre los dioses y de entre los hombres. Para Heráclito, la guerra, la discordia, son el origen de la organización de la sociedad y á ellas se debe gran parte del progreso social. Si bien es cierto que podría verse aquí una alusión, aunque obscura, á la necesidad de la lucha para el desenvolvimiento y el aumento de las energías humanas, en lo que hoy nosotros llamamos la lucha por la vida, puede también interpretarse la metáfora que encierra el pensamiento de Heráclito, como una crítica á la corrupción de sus conciudadanos, que entregados por completo al ocio y la voluptuosidad olvidaban sus virtudes guerreras, dejando en triste cautiverio á su patria.

Pero de todas las especulaciones filosóficas de Heráclito, la más

interesante á mi modo de ver es su concepción del Logos. Heráclito defiende el principio de que existe una norma universal, leyes inmutables á las que todos estamos sujetos. Esta doctrina puede considerarse como hija del panteísmo de Heráclito. Para éste los hechos se manifiestan de una manera inmanente y sabemos que el panteísmo suprime las normas éticas y la libertad individual y nos supone sometidos á leyes naturales á las que forzosamente tenemos que obedecer. Heráclito afirma que lo bueno y lo malo son puntos de vista del principio universal. Al afirmar Heráclito que en el fondo de todas las cosas no se realiza sino un solo proceso fatal, declara que esa ley es el Logos y añade en los fragmentos 29 y 91 que, á pesar de que ese Logos existe en todo tiempo, no ha sido nunca comprendido por los hombres.

La palabra *Logos* en su tradición corriente significa discurso ó, mejor dicho, la razón del discurso, la razón que sugiere, informa y dirige el discurso. En tal concepto la emplean los escritores griegos, traduciéndola los escritores latinos por la palabra *verbum*, como sucede en el evangelio de San Juan: *In principium erat verbum (Logos)*.

Para Heráclito, ese *Logos* es la ley del perpetuo devenir, que suprime todo lo estable y persistente; es el *Logos* ó principio que informa lo creado, la inteligencia que preside y ordena todo lo creado.

Muchos filósofos modernos creen ver en la creación del *Logos* de Heráclito, la influencia de las doctrinas de Pitágoras, cuando éste exclamaba: "la esencia de las cosas es el número." Es muy posible que así sea; pero, á pesar de todo, esa creación que representa por decirlo así la idea de una Causa Suprema, de un Ser Supremo, de Dios, en una palabra, indica la inteligencia y la superioridad del filósofo de Efeso sobre los demás de la escuela jónica.

La influencia que las doctrinas de Heráclito han tenido en los distintos sistemas filosóficos que aparecen más tarde en la historia de la filosofía, es indudablemente muy grande. Ella se ha ejercido en dos sentidos opuestos; ha sido la fuente principal y primitiva de una tendencia religiosa y conservadora; y ha sido también fuente de una tendencia escéptica y revolucionaria. En Heráclito se encuentran los primeros síntomas de la tendencia que tuvieron los estoicos para adaptar sus doctrinas á las creencias populares. Los doctores de la Iglesia primitiva exaltaban

también las doctrinas de Heráclito, agradeciéndole su profunda metafísica que él disimulaba bajo fórmulas físicas, viendo por encima del fuego material que, según Heráclito, en su constante evolución hacía y deshacía los mundos, el fuego espiritual, razón primera y alma eterna de los seres. Aplaudían también los P.P. de la primitiva iglesia las máximas morales que encierran los fragmentos de Heráclito, sobre todo cuando éste decía que la verdadera sabiduría reside en el conocimiento y en la práctica de lo que conviene según las circunstancias.

Pero donde realmente tiene influencia la doctrina filosófica de Heráclito es en la escuela evolucionista. El primer representante de la escuela evolucionista en Alemania, es Hegel, el cual se halla tan profundamente impregnado é inspirado en la doctrina del filósofo de Efeso, que escribe: "En Heráclito se encuentra expresada, por la primera vez, la idea filosófica bajo la forma especulativa, y no hay ningún principio en la obra de Heráclito que yo no haya introducido en mi lógica." Durante el siglo XIX continúa esta idea de la evolución, que culmina con Spencer en la segunda mitad del siglo. Hay diferencia en la manera como consideran el filósofo alemán y el filósofo inglés la teoría de la evolución. Si bien ambos se basan en las teorías de Heráclito, el primero es idealista, el segundo es el sistematizador del sistema. Hegel emplea el procedimiento de Heráclito, de sostener que el proceso lógico de la evolución, del devenir, se verifica por el antagonismo de principios opuestos, tesis y antítesis que producen las síntesis. De 1828 á 1830, Hegel da en la Universidad de Berlín sus conferencias sobre filosofía de la Historia á base de la teoría de la evolución. De allí surge lo que se llamó la izquierda Hegeliana capitaneada por Herbach, quien en 1861, publica su historia del Cristianismo y al cual sigue luego Baüer que funda lo que se llama la Escuela de Tubinga, es decir, la teoría de la evolución aplicada al estudio de los evangelios y de los libros santos, y por último aparece Carlos Marx, quien en su obra *Das Kapital*, aplica las doctrinas evolucionistas á los fenómenos sociales del capital y del trabajo.

En las ciencias naturales, lentamente nace á fines del siglo XVIII y principios del XIX la idea de aplicar las doctrinas evolucionistas á las ciencias físicas y naturales, realizándose así lo que podríamos llamar la evolución de la evolución. El primero de los naturalistas que aplica el método de evolución es Kant, que pu-

blicó en 1757 su *Historia Natural y Teoría del Cielo,* en la que propone la idea del desarrollo del sistema planetario, partiendo de la evolución de una nebulosa. En 1796, en Francia, Laplace vuelve á exponer la teoría de Kant y genialmente construye su sistema universalmente conocido. En 1799, Welss escribió su historia de la evolución de los seres vivos que completó Lamarque algunos años más tarde. Bain, en 1831, escribió su embriología de los peces, en la que hace notar los principios fundamentales de la evolución, hasta que en 1859, Darwin presenta su obra *El Origen de las especies,* y en 1862, Hegel su estudio sobre morfología general de los organismos. Con estos dos autores culmina la teoría evolucionista y debe de notarse aquí que todos parten de bases ya expuestas por Heráclito, lo que también demuestra que los griegos no pensaron en sacar deducciones ni aplicaciones prácticas de sus teorías ó principios filosóficos.

En la segunda mitad del siglo XIX se presenta Spencer. El gran filósofo inglés encara la teoría de la evolución de un punto de vista personal: La aplicación de la evolución física, en cambio que Hegel sostiene la aplicación de la evolución idealista.

En Francia la evolución no tomó todo el vuelo y toda la importancia que adquirió en Alemania é Inglaterra. En 1809, Lamarque publicó su obra sobre la evolución de las especies, que hizo resurgir la obra de Darwin. Pero el eclecticismo de Víctor Cousin y la autoridad científica de Cuvier, hacen que la idea de la evolución no se arraigue ni adquiera la importancia que en los países antes citados.

De las doctrinas de Heráclito, puede decirse con razón que constituyen la primera inspiración filosófica de nuestra civilización, y que ellas contienen teorías y principios que se presentan siempre á nuestro espíritu como maravillosas revelaciones.

JORGE CABRAL.

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

LOS ENTIERROS EN BUENOS AIRES

Año 1850

No vamos a detallar la forma en que se hacían las inhumaciones humanas en la ciudad de Buenos Aires, en los tiempos que sucedieron a la colonia, ni en los comienzos del siglo XVIII, en que los cadáveres de los muertos pobres de solemnidad, eran instalados en angarillas en la plazoleta del Temple, hoy Viamonte, donde custodiados por algunos de sus deudos, se pedía limosna a los transeuntes para sepultarlos. Fué de esa plazuela de donde salió el cuerpo del negro liberto Jerónimo N., fallecido repentinamente, después conocidísimo con el apodo de Jerónimo Mundo, quien conducido en un carretón arrastrado por bueyes, resucitó en el trayecto, matando de susto a su conductor, a quién Jerónimo trajo en su reemplazo a la misma plaza en que tomó pasaje para el otro mundo.

Vamos a referir la forma en que se hacían los entierros a mediados del siglo anterior, en que ya existían otros elementos para cumplir con tan triste deber.

Las personas que fallecían entonces, eran como hoy, veladas en sus domicilios, de donde se las conducía directamente al Cementerio del Norte, único habilitado en aquella época, pues aunque se hacían inhumaciones en los atrios de los templos, ese privilegio sólo lo tenían las altas personalidades. No se decían misas de cuerpo presente, ni se cubrían de telas o crespones las salas mortuorias.

Veinticuatro horas después de producido el deceso, generalmente mayor tiempo, llegaba a la casa mortuoria un galerón, que más

parecía un navío que un carruaje, montado sobre sopandas, con un cochero y lacayo y dos yuntas de caballos atalajados como para llevar un peso mucho mayor que el de un muerto. Una ordenanza policial de Rosas, estableció que los coches fúnebres debieran ser pintados de colorado, para que los muertos fueran conducidos *federalmente* a su última morada; y aquella disposición estúpida del tirano, subsistió hasta su caída el año 1852.

Así que llegaba un carromato fúnebre, empezaban a concurrir los parientes y amigos que deberían acompañarlo. Estos venían en caballos que se alquilaban en las caballerizas que en aquel tiempo estaban establecidas en el centro de la ciudad. Recordamos entre otras, la de don Roberto Collín, en la calle Cuyo, entre las de San Martín y Florida, donde hoy existe la casa de artículos sanitarios de L. Cremona; la de Fernández, Rusiñol y Hué, en la calle de San Martín, hoy Suprema Corte de Justicia Nacional; la de don Angel Herrero, calle Bartolomé Mitre entre Artes y Cerrito; y la de Ramos, calle Corrientes, después corralón municipal de basuras, donde hoy se encuentra el teatro de la Ópera. En esos establecimientos se alquilaban caballos a los que necesitaban, y era allí donde iban por ellos los concurrentes a los entierros; y al hacerse la invitación con aquel objeto, como hoy se dice donde podían encontrar carruajes para su acompañamiento, entonces se decía la caballeriza en que se podía obtener la cabalgadura que debía conducir al acompañante. Por ese servicio se pagaba solamente veinte pesos papel de la antigua moneda de Buenos Aires, que representaba el importe de ochenta centavos oro de entonces.

Media hora antes de partir el acompañamiento, la cuadra del domicilio del fallecido estaba llena de cabalgaduras. En aquellos tiempos, las calles de la Capital ostentaban en toda su extensión largas filas de postes de madera dura que las limitaban de la calzada para evitar que los vehículos o cabalgaduras se subieran a ellas, salvando así los baches y pantanos que las hacían intransitables. En esos postes, se ataban de la rienda los caballos de los acompañantes de la ceremonia, mientras sus jinetes se encontraban en el patio, zaguán o sala de la casa; y era frecuente ver que los morenos viejos que hacían de oficio de changadores y los muchachos desocupados que nunca faltan en las acumulaciones de gente, cuidaban de las cabalgaduras, por la pobre propina que en aquellos tiempos se daba por tan exiguo trabajo. Dada la señal de partida, se sacaba el muerto, por los que debían acompañarlo al

Cementerio; y una vez encaramado el difunto en aquel inmenso carromato, los acompañantes jineteaban sus caballos, de cuatro en cuatro de frente, a manera de soldados de caballería, los que seguían a paso corto el carro mortuorio mientras la columna se organizaba militarmente.

No se usaban coches de duelo en aquellos tiempos. Los deudos montaban también a caballo; pero era imprescindible el traje negro de levita, con sombrero de felpa, y el distintivo federal en el pecho, una larga cinta de seda punzó, que ostentaba los lemas en letra impresa, de: ¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes, inmundos asquerosos unitarios! ¡Muera el loco traidor salvaje unitario Urquiza! ¡Rosas, Federación, o Muerte! Los deudos montaban a caballo encabezando el cortejo, que solía tener una o más cuadras de extensión, según la importancia social o las relaciones del difunto.

Muchacho en aquella época, quien escribe estos recuerdos, y como tal, muy afecto a montar a caballo, devoraba los avisos de entierro en que se mencionaba la facilidad de montar a caballo gratuitamente acompañando al muerto, y no desperdiciaba la venturosa ocasión de agregarme a la columna de la que luego me desprendía para galopar con amplitud por esas calles de Dios por cuenta ajena, retornando lo más tarde posible con mi jamelgo a la caballeriza de donde lo había obtenido.

Recuerdo, entre otros, un entierro a que concurrí, allá por el año de 1851.

Había fallecido un médico de nombradía, extensamente vinculado en la capital, donde era muy estimado por su ciencia y caridad reconocidas. Como era mi costumbre, tomé un caballo en la caballeriza designada para proporcionarlos, y llegado a la casa mortuoria, lo até de la brida a uno de los postes que bordeaban la vereda y que entonces afeaban los frentes de toda propiedad. Muchos acompañantes me habían precedido, y había a la puerta, obstruyendo el tránsito de la calle, no menos de doscientos caballos; y como estos eran tan numerosos, varios mozos de cordel y muchachos callejeros ganaban su changa, reteniendo los corceles por la rienda, en racimos de cuatro o seis, mientras sus caballgantes llenaban la vereda, el zaguán y el patio de la casa mortuoria, esperando la hora de sacar el féretro.

Allá a las cansadas, y previa ceremonia de *clavar* la tapa del cajón que contenía el muerto, pues entonces no se soldaban o

atornillaban los ataúdes, se oyeron los martillazos macabros haciendo coro el llanto de los deudos que se despedían del muerto, saliendo en tropel los acompañantes para tomar sus caballos y emprender la marcha pausadamente mientras se organizaba la columna a estilo de tropa. Era un día nublado, amenazando lluvia.

Los jinetes seguían silenciosos la marcha, ostentando sus trajes enlutados. No todos los acompañantes sabían montar a caballo y más de uno apenas puesto en marcha el cortejo, iba ya preocupado de bajar el extremo de sus pantalones arremangados contra la montura de manera risible, y dejando ver los calzoncillos los que los tenían, las medias cortas o largas, blancas o de color los que las llevaban, y no pocos sus pantorrillas flacas o peludas, según el grosor o la edad del jinete.

Aquel espectáculo tan abigarrado como risible me impresionó alegremente, dejándome un recuerdo que no he olvidado todavía.

Todos los acompañamientos procuraban tomar la calle de la Florida, que era entonces, como hoy, la más aristocrática, para lucir el número de acompañantes, como hoy se siguen las avenidas Alvear o Quintana, para mostrar los troncos rusos, los lacayos uniformados, los carruajes repletos de coronas de flores naturales o artificiales, y el máximum de coches de duelo.

El entierro siguió por Florida hasta la plaza del Retiro, hoy San Martín, y al llegar a ésta, empezó a caer una molesta llovizna.

La plaza era abierta en toda su extensión, sin plantas ni construcción alguna, y el cochero que guiaba la fúnebre galera, apuró la marcha atravesándola al trote, seguido del acompañamiento, tomando el galope así que llegaron a la calle de Esmeralda, siguiendo a media rienda al entrar a la calle de Juncal, y a escape al penetrar por las cinco esquinas, a la que entonces se denominaba calle Larga de la Recoleta, hoy Avenida Quintana. Estas ocho cuadras fueron recorridas como un vértigo, pues el agua caía copiosamente, dando el galerón tumbos y golpes en aquel callejón sin empedrado y lleno de profundas huellas; y, al llegar al cementerio, fué bajado el féretro rápidamente, cobijándose sus acompañantes en la capilla lateral, pues el vestíbulo que hoy adorna la entrada, no existía. Allí pudieron comprobar los acompañantes que el cajón no se movía, y que el difunto, si por una causa cualquiera se había visto en peligro de una inundación prematura, después de este viaje tan accidentado, estaba completamente muerto.

Descendido el féretro del galerón y previo responso gangoso y desganado de un monigote de misa y olla, descansó al fin aquel cuerpo en su última morada. Sus acompañantes, calados de agua hasta los huesos, requirimos nuestras cabalgaduras esparcidas en la plazuela, donde tomaban un pienso en libertad, y todos regresamos a nuestros domicilios después de haber cumplido con aquel humano deber.

BALTASAR MORENO.
Mefistófeles. (1)

---

(1) Fué el pseudónimo con que firmó durante largos años don Baltasar Moreno, anciano y respetado periodista, fallecido el mes pasado. Secretario un tiempo de Sarmiento, había aprendido a luchar junto al gran combatiente, y su prosa ruda llenó numerosas columnas de nuestra prensa, donde alcanzó merecidos prestigios su pseudónimo. N. DE LA D.

POESIAS

A Rafael Alberto Arrieta.

I.

Cubre el rojizo muro
Un manto de florida madreselva.
Lleno el jardín de luna
En perfumados madrigales sueña.

Bajo los negros árboles,
Como si resbalase por las sendas,
Visión de pesadilla,
Un fantasma pasea.

La fronda es viva plata
Donde la luna sus fulgores nieva.
En el cristal inmóvil de la fuente
Se mirarán temblando las estrellas.

Quiero pasear mi hastío
Por el vasto jardín, pensando en ella,
Y dialogar con el fantasma insomne...
Han cerrado la verja.

II.

Allá, en el fondo de la calle excéntrica,
Está la vieja plaza,
Con sus verdes macizos que sombrean
Las floridas acacias.

De un verdor oxidado
Se recubre el follaje de las plantas,
Que se mueren sin riego,
Entecas y olvidadas,
Bajo el manto de polvo
Que el viento arrastra en perezosas ráfagas.
Ni una fuente, ni una
Mal esculpida estatua
Se ven en torno. Pasa
De tarde en tarde, alguna
Lenta sombra enlutada
Por sus desiertas avenidas. Sólo
Algún ave que canta
Oculta entre el follaje
Turba el silencio de la vieja plaza.
En un banco de piedra,
Solo, como un fantasma,
Me sorprende la noche
Contemplando la bóveda estrellada.

III.

Este buen sol que alegra
Con su fulgor las calles provincianas
En las mañanas gélidas de invierno,
Despierta sensaciones olvidadas,
Y nos transporta a los lejanos tiempos
De la florida infancia.
Como entonces, parece que escuchamos,
Al cruzar por las calles soleadas,
El sonido vibrante
De la escolar campana.
Y evocamos las horas
Vividas en el aula,
En un aula sombría, mientras fuera
El sol de oro brillaba.
El recuerdo inefable de esos días
Nos emociona el alma,
Y por eso, al cruzar las mismas calles,

Por la acera de todas las mañanas,
Bajo este sol de invierno que relumbra
En vitrales, balcones y fachadas
Nos acaricia el dulce
Recuerdo de la infancia.

IV.

Mancha el añil intenso
Del cielo, con su mole gigantesca,
La catedral antigua. Las dos torres
Se incorporan esbeltas,
Con sus hendidas cúpulas
Donde la luz del sol no se refleja.
La pátina del tiempo ha ennegrecido
La fachada de piedra,
Y en los rotos vitrales
De ojivas asimétricas,
Asoma el jaramago
Y ondea la yedra.
Decorando el vetusto campanario
Sólo la esfera del reloj blanquea,
Con sus férreas agujas detenidas,
Detenidas por siempre en su carrera.
Desde la obscura mancha de la torre
Desciende un son de campanadas muertas.

JUAN AYMERICH.

RHODOPIS

(PRIMER CAPÍTULO DE UNA NOVELA)

Vibraban aún en el recinto perfumado los dulces sonidos de la péctide, a cuyo compás Nais, la sonriente Nais, cantó los febriles versos del himno a Afrodita, cuando la divina poetisa, trabajada por un pensamiento fijo, desciñendo negligentemente su túnica de color de azafrán, exclamó con supersticioso sobrecogimiento:

—¡Extraño sueño he tenido anoche!

Ioesa, la adusta y ambigua Ioesa, que había permanecido alejada de sus compañeras momentos atrás, se acercó al grupo y se dispuso a escuchar con atención.

Formaban el grupo Erina de Lesbos, la blanca Myrtis, la bella Andrómeda, la púber Cleis, la pálida Eunice, Parthenia de Corinto, la suave Gyrina y Nais. Vestían todas diáfanas túnicas de Amorgos que velaban apenas los peregrinos relieves de sus cuerpos esbeltos. Sus cabelleras sueltas exhalaban aromas sutiles. Eran como las nueve Musas de Lesbos, presididas por una Palas Atenea de semblante apolíneo. Constituían una como especie de comunidad esotérica, consagrada a la celebración de los grandes misterios de Afrodita.

Anunciábase ya ligeramente el crepúsculo, un radiante crepúsculo de fin de primavera, en la penumbra que envolvía el jardín, desde donde se divisaba el sagrado mar Egeo, todo cuajado de oro viejo a esa hora. El leve rumor de los verdes manzanos del huerto, festoneado de apios, parecía responder al vago jadeo del mar, perceptible entre los rumores urbanos y agrarios de Mitilene, la floreciente capital de la isla de Lesbos, gobernada a la sazón por Pitaco, espléndido príncipe que intentaba eclipsar el esplendor

de la corte de Polícrates de Samos. En las torres de las murallas cercanas paseaban con aire soñoliento los hoplitas con sus cascos brillantes, agitando a intervalos campanillas de penetrante tintineo. Una cohorte de peltastas guarnecía la puerta principal de la urbe. Hileras de trirremes descansaban inmóviles en el puerto con sus proas azules en dirección a Atenas.

Safo entornó los párpados, arregló luego los pliegues de su túnica, que caía majestuosamente sobre sus borceguíes persas, recamados de pedrería, y prosiguió:

— Soñé que me hallaba anoche orando ante el altar de la Diosa cuando de repente vino volando una abeja a posarse en mis labios y desapareció en seguida.

El significado del sueño era evidente, tan evidente, que Ioesa púsose más sombría y la delicada Myrtis se estremeció como una gran flor blanca azotada por el viento.

— ¡Coincidencia extraña! — murmuró Erina, cuyos versos empezaban a cantarse ya al final de los banquetes en Mitilene. — ¿Recuerdas, querida Safo? Mi heraldo fué también una abeja que voló de una planta de azucena. ¿No fué así tu sueño?

— Es verdad... es verdad... — añadió la poetisa, hondamente preocupada. — Mas esta vez yo no veo claro el sentido del sueño. La abeja se posó un minuto en mi boca y desapareció acto seguido. El principio es feliz, pero el fin, como el desenlace de todos los sueños, infortunado. ¿Lo entiendes, Ioesa? ¿Qué contestas, Myrtis? ¿Lo adivináis vosotras?

Todas se miraron simultáneamente, interrogándose con los ojos, en tanto que Cleis comenzaba a tocar en la péctide una melopea lidia.

— Yo no creo en los sueños — advirtió Parthenia la corintia.

— Nadie puede comprender el sentido oculto de los sueños — agregó Andrómeda.

Hubo una larga pausa que interrumpió con su voz fresca la poetisa Erina:

— Yo creo que el sueño es un aviso de los dioses.

Nais se puso a cantar a media voz, al voluptuoso son de la melopea lidia, otro canto apasionado de Safo.

Seguía ésta, entre tanto, ensimismada y como absorta en la contemplación de un panorama interior; su seno palpitaba a ratos al ritmo de aquel corazón suyo, simple y complejo, diáfano y profundo, atormentado y sereno. Complacíase en repetir que era

una inocente víctima de Afrodita, cuya cólera se había atraído involuntariamente, desoyendo las súplicas de Alceo. Según ella, perseguíanla sin tregua los dioses malignos y obscuros que ejecutan las obras del Destino. Llamábase en sus versos con un epíteto doloroso e invocaba con frecuencia la compasión de los inmortales. La muerte la inquietaba a menudo. Se preguntaba con melancolía con qué objeto gozaba de la luz si tenía que parar al fin en las pálidas praderas de asfodelos donde vagan las sombras. Habitualmente era, sin embargo, amable y juguetona. Se deleitaba en escuchar sus propios versos, en tocar la lira y en desplegar su gracia en la danza. Su flor predilecta era la rosa; su astro favorito, la luna, y su estrella tutelar, el lucero. Gustaba de beber vino mezclado con pétalos de rosa.

— Yo creo también en los sueños — dijo ratos después. — Los dioses revelan sus designios, no siempre claros y justos, a los seres humanos por intermedio de las sagradas voces del oráculo y los sueños. Conocí en Atenas a un varón extraordinario que pretendía conocer su significado. Hablé con él y de sus palabras deduje que había recibido, en efecto, este don de la divinidad. No sé qué daría por poseer en este momento ese poder para descifrar el sentido de mi sueño de anoche. ¿No significará el vuelo de la abeja, después de haber libado en mi boca, que otra me arrebatará muy pronto la miel que destilan mis cantos? Y esa abeja, ¿no serás tú, Erina, cuyos versos son más frescos y dulces que los míos?

La joven poetisa tuvo un momento de orgullo, pero comprendió luego que su maestra quiso lisonjearla, y le repuso:

— ¿Quién podrá arrebatarte, oh Safo, la miel que destilan tus cantos?

— Cuando ya no exista, ¿quién se acordará de mis versos, mi pobre Erina?

Hizo una pausa, y añadió a poco:

— Yo sé que muchos morirán conmigo y que muy pocos me sobrevivirán. No he podido realizar hasta hoy la idea que tengo de una belleza nueva. Si las divinas Piérides no se apiadan de mi angustia, tendré que resignarme con la obscura gloria de haber añadido otra cuerda a la lira. Pero, ¿qué significa, en resumidas cuentas, una nueva cuerda ante la grandeza de la obra dejada por el ciego Melesígenes?

— Tus cantos son bellos, sin embargo, — le interrumpió Erina.

— Pero no son bellos como yo los sueño, cuando contemplo la fresca armonía del cuerpo de los adolescentes y la graciosa curva de las púberes calipigias. Soy mujer y no me satisface la poesía sangrienta de Homero, ni me place la mía. Sueño con una belleza extraña, que participe del encanto del sexo femenino y de la fuerza del sexo masculino. La musa, que inspira la locura alada, ha de ser suave y potente a la vez. No sé por qué sospecho que Apolo es neutro. La hermosura suprema debe residir en la forma andrógina, que encierra en sí los dos principios eternos de la poesía.

El apasionado acento de Nais, inflamada por el ardiente fuego que exhalaban los versos de Safo, se alzaba en el recinto. Nais parecía transfigurada: alzaba los brazos desnudos en actitud suplicante hacia un simulacro de la Diosa que se dejaba ver en la plenitud de su hermosura en un bosquecillo de mirtos del jardín; en sus ojos semicerrados, moría un remoto resplandor, que daba a su rostro una expresión de ebria o de inspirada; su cabellera suelta caía con gracia natural sobre sus hombros; su voz, que hacía resaltar la melopea, se volvía entrecortada y trémula al final de cada estancia; su cuerpo era sacudido a ratos por un leve estremecimiento, y, en medio de la creciente penumbra, asemejábase a una sacerdotisa que ejerciera un rito sagrado.

— ¡Safo, Safo! — exclamó Erina en un arrebato de admiración. — La gente venidera dirá de tí, al oir cantar tus versos: "Ha tiempo que no existe; pero su memoria vive en el corazón de los amantes". ¿Qué más puedes ambicionar? Eres casi semejante a las diosas, que no están sujetas a las leyes de la vida y a la fatalidad del dolor.

— Purifícate, amiga mía, porque acabas de cometer una impiedad espantosa, comparándome a las divinidades — respondió la poetisa. — Demasiado sé que soy mortal, una criatura efímera, a quien turba un sueño y que nada puede contra un Pitaco.

El nombre del aborrecido tirano de Lesbos, de quien se decía que intentaba implantar la democracia en la isla, fué pronunciado con ira por Safo, la cual detestaba el gobierno de la plebe y conspiraba contra el hombre obscuro que se había hecho señor de Mitilene. Partidaria acérrima del sistema aristocrático, no alcanzaba a comprender cómo gobernaría la ciudad una muchedumbre ignorante y servil. A su oído había llegado la singular nueva de que un ateniense llamado Solón pretendía fundar un gobierno parecido en

Atenas y temía que cundiese el mal ejemplo. ¿Qué sería de Mitilene y de Lesbos el día en que el pueblo antojadizo y violento impusiese su voluntad a Pitaco? Odiaba a la plebe, porque los oradores populares y los poetas cómicos la satirizaban a menudo, censurando públicamente la conducta de ella y de sus amigas.

Repentinamente, el canto de Nais fué interrumpido por unos golpes en la puerta. A poco apareció una esclava:

— Es Karaxos, que viene acompañado de una esclava bárbara — dijo.

Un joven esbelto y suntuosamente vestido a la usanza ateniense entró, seguido de una doncella hermosísima que no se animaba a alzar la vista del suelo, como si le avergonzase la compañía del mancebo, que era el hermano de Safo.

— ¡Salud, Karaxos! — exclamó la poetisa, encaminándose hacia él.

— Los dioses te sean propicios, Safo, — contestó el recién llegado. — Acabo de llegar de Samos con mi nave que está anclada en el puerto.

Luego saludó al grupo femenino que lo miraba silencioso, y se sentó.

Karaxos viajaba continuamente de Mitilene a Atenas, Samos y Naucratis, negociando en la venta de los productos de cada comarca. Era, según todos lo reconocían, un hábil mercader, y se jactaba de poseer tanta astucia como Ulises. El más espléndido mercado de los artículos griegos que solía conducir, era la suntuosa y licenciosa Naucratis, cuya gente principal, siguiendo la conducta del rey Amasis, se esforzaba en imitar las costumbres de los helenos. Al cabo de poco tiempo, logró reunir un considerable caudal, parte del cual empleaba en la compra de estatuas, telas de inestimable valor y alhajas para la hermana. Acostumbraba referir que en uno de sus frecuentes viajes condujo a Egipto a un joven melenudo de Samos que hablaba parcamente y dibujaba sobre un papiro signos misteriosos. Su larga y frondosa cabellera dábale un aspecto bastante extraño. Durante la navegación se pasó todas las noches contemplando el firmamento estrellado. Llevaba tres hermosos cálices de plata, maravillosamente labrada, para obsequiar con ellos a los hierofantes egipcios, y un escrito de Polícrates dirigido a Amasis. Por él supo Karaxos que la estrella vespertina era la misma que el lucero. Era de genio melancólico, tenía cierta semejanza con Apolo Pitio y se llamaba Pitágoras.

—He tenido un viaje feliz—comenzó a narrar Karaxos.—Al salir de Samos, sopló un viento favorable que apresuró nuestra llegada. Vivos deseos tenía de volver a ver nuestra ciudad, al cabo de tanto tiempo de ausencia. Atenas es populosa, Corinto rica, Samos espléndida, Naucratis maravillosa, pero yo me quedo con Mitilene. Cuando, errante por los mares como Ulises, pienso en esos dulces crepúsculos del mar Egeo en la patria lejana, suelo maldecir entonces la dura necesidad que impele a los mortales a recorrer el mar sin sosiego; y al acercarse el término de mi peregrinación, espío con ansiedad el instante en que surja, en la lejanía del horizonte, sobre la llanura azul, nuestra hermosa isla, cara a los dioses.

Las discípulas de la poetisa formaron rueda en torno al piloto de cuyas menores palabras seguían pendientes. El relato de las maravillas de aquellas regiones remotas despertaba en ellas el sentimiento, mixto de temor y de anhelo, de lo desconocido.

—¿Y está lejos el Egipto?—interrogó Safo.

—Lejos, muy lejos, allá en el confín del mundo. Es un país de misterio y de maravilla. Los hombres que lo habitan, fueron los primeros que aparecieron sobre la tierra, según refieren ellos. Allí nacieron y vivieron existencia terrenal casi todos los dioses que adoramos los griegos. Y aun hoy se muestran en sus inmensos templos los lugares santificados por el acto de algún dios. Me indicaron en Tebas un lago sagrado donde, según la tradición, sufrió un dios, a quien no puedo nombrar. Puede decirse que toda aquella tierra es sagrada. Testimonio de la complacencia con que la miran los inmortales son sus oráculos y los milagros que se realizan todos los años en diversos puntos de la comarca. Se cuenta que sus sacerdotes saben todas las cosas y poseen sobrenaturales poderes. En varias ciudades existen templos colosales, estatuas grandiosas y monumentos magníficos que no parecen obras humanas. Dícese que allí vivió en remotas edades una raza superior, intermedia entre los dioses y los demonios, la cual construyó todas esas maravillas para eterna memoria de su tránsito por el mundo.

Mientras Karaxos hacía estas referencias, Safo había fijado la atención en la actitud, entre humilde y medrosa, como la de un recental condenado al sacrificio, de la esclava que lo acompañaba. Oía también con interés el relato de su amo. Detrás de su esquivez servil, adivinábase cierto continente de dignidad reveladora de su

primitiva condición libre. La belleza de su rostro era extrema, y más bien la realzaba, que la abatía, la rusticidad de su vestido.

La poetisa le hizo seña para que se acercase a su lado. La esclava obedeció, no antes sin haber pedido permiso con los ojos a su amo.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó Safo, acariciándola maternalmente.

Fué un suspiro, más bien que una palabra:

—Rhódopis.

—¿De dónde eres?

—De Tracia.

—¿Qué edad tienes?

—Diez y siete años.

—¿Naciste esclava?

—Fuí libre; pero caí en la esclavitud en compañía de un anciano llamado Esopo.

—¿Quién era ese Esopo? Creo haber oído alguna vez su nombre.

—Un sabio que comprendía el lenguaje de los animales.

El despejo de la esclava cautivó a la poetisa, así como su belleza hizo palidecer a Andrómeda, que era la más hermosa de las discípulas de Safo.

—Si otra cosa no dispone Karaxos—dijo ésta—te admito en mi compañía en calidad de iniciada. Veo en tí la imagen de Afrodita adolescente y eres realmente digna de ser dedicada a su culto. La ofrenda de las doncellas hermosas, como tú, place a la Diosa tanto como una oblación de blancas palomas.

Rhódopis, turbada, se postró a los pies de Safo y besó humildemente el halda de su túnica en señal de alegría, de gratitud y de acatamiento.

—Te has adelantado a mi pensamiento—repuso Karaxos.—Prendado de la delicadeza de sus facciones, la compré de un tal Cadmo, con el secreto propósito de confiar a tu cuidado el cultivo de su inteligencia y la conservación de su belleza. Dispón de ella como dueña e iníciala en los conocimientos que convienen a una mujer.

Dicho lo cual, se levantó, se despidió afectuosamente de su hermana y partió en busca de unos amigos que lo habían invitado a una cena.

Ioesa fué la primera en acercarse a Rhódopis, a la que examinó rápidamente de soslayo.

— ¡Eres realmente bella! — le dijo pensativa, y se alejó nuevamente del grupo, conforme a su índole taciturna.

Poco a poco fueron acercándose las demás.

— Te enseñaré a hacer versos — ofrecióle Erina. — La Diosa se muestra propicia a las que celebran su hermosura en dulces estrofas. En cambio de unos pocos versos, Afrodita regaló una paloma al anciano Anacreonte Teyo, de quien habrás oído hablar en Samos, donde cuentan que vive.

— Y yo te enseñaré a tocar la lira, la flauta y la péctide — añadió Cleis.— La música es acepta a la Diosa, acaricia los sentidos y nos vuelve extáticas. Si prefieres la lira, te deleitarás tocando aires jónicos y lidios; si optas por la flauta, su gangueo pastoril y tierno ahuyentará tus tristezas, y si eliges la péctide, sentirás nacer en tí la divina potencia afrodisíaca y se apoderará de tu cuerpo el sagrado mal de Eros.

— Aprenderás a cantar y a bailar conmigo — díjole, a su vez, Nais. — Nada conmueve tanto el corazón de la Diosa como el canto de un himno o una danza. Te enseñaré la danza que precede a la iniciación de los misterios y te instruiré en todos los secretos de la orquéstrica.

— Te haré docta en la ciencia de las corintias — expuso, a su turno, Parthenia. — Conocerás bien pronto las actitudes del amor, las aberraciones del placer, los espasmos de la voluptuosidad. Eros es tan caprichoso y proteico como ciego; lleva en su carcaj mil saetas diferentes, llenas de ponzoña todas.

— Y yo te haré maestra en el arte de hacerse amar — expuso la blanca Myrtis. — Te revelaré cómo se enciende el deseo y se alimenta la hoguera del amor. Por mí sabrás la manera de ponerse un peplo, de calzar sandalias, de recoger la túnica, de llevar una corona dórica, de pintar el rostro con albayalde, de sujetar la cabellera con una cigarra de oro. Te enseñaré a preparar filtros amatorios con la pericia de una maga de Tesalia.

— Yo conozco el secreto del amor triste — declaró la pálida Eunice. — Es un niño alado, con los ojos bañados en lágrimas. Es hijo de la fatalidad y hermano de la muerte.

— Y yo el de la belleza — agregó Andrómeda. — Poseo un líquido que prolonga la juventud y conserva la hermosura: sé cuáles son los movimientos que regulan las proporciones del cuer-

po y ahondan los hoyuelos de las caderas; no ignoro que la línea curva es más armoniosa que la recta y tampoco desconozco que el rocío suaviza la cara. Te daré lecciones sobre el modo de conservar fresca y suave la piel.

— Yo poseo la sabiduría de Dionysos, hermano de Afrodita — confesó, por último, Gyrina. — No hay que beber, indistintamente, los vinos. Unos son propicios al amor y otros proclives a la melancolía. Te explicaré por qué las cráteras y las ánforas deben taparse con hojas de parra, especialmente con pámpanos, y colocarse en lugares húmedos. Te haré conocer cuáles son las flores que aumentan el perfume de las bebidas o les dan un poder erótico. La ciencia del vino es profunda como la del amor.

La noche había llegado, entre tanto. Las lamparillas votivas parpadeaban en el bosquete sagrado de Afrodita. Era la hora en que la poetisa y sus discípulas saludaban la entrada de la noche con una ceremonia, de la que se excluía a los hombres y a las esclavas. Rhódopis iba a ser admitida a ella en gracia de su hermosura y de su nacimiento libre. La ceremonia consistía en la glorificación de las potestades afrodisiacas por medio de una danza simbólica y de un canto coral hierático, al fulgor de humeantes antorchas. Todas salieron del recinto y se encaminaron lentamente, en procesión solemne, hacia el bosquecillo de mirtos. Una voz velada se alzó con unción mística en medio del silencio de la noche naciente: "¡ Guardad el silencio religioso! ¡ Guardad el silencio religioso!" Llegaron a unos pasos del ara de la Diosa y allí se detuvieron sumidas en profundo recogimiento. El simulacro de la divinidad, del más puro mármol de Paros, emergía blanco del seno de las frondas, invadidas por las tinieblas. Las antorchas proyectaban sobre la estatua errantes lenguas de oro. La imagen parecía animarse a ratos, entreabriendo los labios en una sonrisa celeste. De pronto hirió la paz nocturna el son de una flauta, y Nais, destacándose del grupo, comenzó la danza alegórica, al mismo tiempo que las iniciadas entonaban el himno.

El baile era la reproducción del nacimiento de Afrodita. La danzarina desciñó su túnica y quedó enteramente desnuda, tal como la divinidad surgió del fondo del mar. A la luz de las antorchas, su cuerpo delicado se dibujaba con vaga blancura en la zona luminosa, sobre el fondo de la noche y bajo el palio estrellado del firmamento. Enderezóse de improviso, como si emergiera de un fondo líquido y empezó a deslizarse sobre el césped como si mar-

chara sobre una alfombra de olas. Con sus manos, sus facciones y sus posturas, expresaba el inefable contento del tránsito del no ser al ser. Revoloteaba en sus labios una sonrisa serena, espontánea, virgen, anterior al dolor y propia de la naturaleza divina. Sus ojos y su frente parecían hablar del éxtasis de la vida, del deslumbramiento de una mirada que se fija por primera vez en el mundo. Era el principio del universo que flotaba sobre las aguas con la gracia de un lirio sobre un lago.

Mientras tanto, cantaba así el coro:

"¡Oh, Diosa, nacida de la blanca espuma del mar, venerada en Chipre y en Lesbos! ¡Afrodita, que reinas en lo alto, oye nuestras súplicas! ¡Celeste hija de Zeus, madre de las Kárites y de Eros, senos propicia! Ten compasión de nosotras y desciende a presidir esta noche, como en los magnos misterios, el coro de las iniciadas.

"¡Sé siempre nuestra protectora! Tus ojos húmedos brillen en la obscuridad de la noche y guíen nuestros pasos por los senderos del bosque sagrado. Se ha extinguido la luz y reina ahora la sombra en tu dilatado imperio, antigua morada del día. La luna y las estrellas tachonan el firmamento y vierten sobre la tierra el principio generador de la vida.

"¡Estrella vespertina, amada de la rosada Citheres, preside benigna la iniciación nocturna! Mundos, ¿por qué os precipitáis? Horas, ¿por qué corréis? Gérmenes, ¿por qué danzáis en los senos del Universo? Divinidad sonriente y fecunda, ¡haznos dignas de celebrar tus misterios!

"¡Desciende de tu trono y ven a habitar esta noche en el bosque de mirtos, de laureles, de cipreses y de plátanos, con el coro de las iniciadas! Las antorchas están próximas a apagarse, las espesuras se llenan de murmullos y las rosas exhalan su último perfume. ¡Ven, oh Diosa, venerada en Chipre y en Lesbos, a regir el coro y a presidir la danza de tus misterios!"

Música, danza y canto cesaron simultáneamente y las sacerdotisas de la Diosa se dispersaron al amparo de las sombras por el bosquecillo sagrado.

Una voz apagada se oyó en el silencio de la noche:

— Eres la abeja de mi sueño.

ELOY FARIÑA NÚÑEZ.

"PALINGENESIA"

El último acontecimiento literario de nuestro pequeño mundo intelectual ha traído hasta mi mesa un volumen y por acaso ha venido a tropezar con las poesías de Ricardo Gutiérrez, que poseo en una edición humilde, de papel de estraza y renglones oblicuos. Este no; se impone por su factura tipográfica y honra las prensas que le dieron a luz. Un poco decorativo, un tanto recargado, un algo presuntuoso, así mismo no salva los lindes del buen gusto aunque los toque, porque es opulento y suntuoso como una matrona ataviada. Bien dispuesto se presenta, sin duda, a brindarnos la palingenesia de un espíritu que se despoja de las escorias del pasado, para renacer a nueva vida, sereno y victorioso.

Abrámosle; acallemos la desconfianza siempre suspicaz ante cada tomo de versos y veamos si por esta vez el estro nacional realiza en estrofas nuevas sus viejos anhelos. Saludemos de paso la estampa del poeta, que exhibe su apostura con mucha gallardía y tolerable afectación. Respetuosos, oremos la dedicatoria. Prólogo? bien, dejémosle para más tarde, no sea que nos perturbe la primera e inmediata impresión.

En efecto, la suerte nos es propicia; de golpe acertamos con estos versos:

Consecuentes con nuestra norma de conducta de acoger en las páginas de NOSOTROS todas las opiniones, publicamos a continuación el juicio que le ha merecido a un distinguidísimo universitario el reciente volumen de versos de Oscar Tiberio, sin perjuicio de la nota crítica que esta revista le dedicará en el próximo número. Respetuosos de la voluntad del autor, conocido hombre de ciencia, dejamos al pie de estas páginas las dos letras con que ha querido firmarlas, probablemente para que sus graves colegas no se enteren de que se ocupa de versos. — *N. de la D.*

Son tan evanescentes sus perfiles,
Tan delicadas son sus morbideces,
Que recuerdan estos místicos marfiles,
Que tallan los artistas japoneses.
Me ha parecido ver, cuando con gala
Se alza sobre sus rojos brodequines,
Un alma misteriosa que se exhala,
En busca de un país de querubines.
Bajo el casco auroral de sus guedejas,
Medita con mirar de luz ignota
Y se abren las arcadas de sus cejas,
Lo mismo que dos alas de gaviota.

Complace volver a encontrar versos bien medidos y rítmicos. que fluyen con espontánea sencillez y hallan la palabra precisa para el rasgo oportuno, como si a un tiempo surgieran del cerebro. Evocan la imagen visual como si se destacara, circuida por una orla de luz sobre el fondo de lontananzas misteriosas, hieren el oído como los últimos arpegios de un órgano que enmudece e impregnan el ambiente con la casta fragancia de un sentimiento bien nacido. Feliz el poeta cuando así logra trasmitir la sensación de la belleza que ha estremecido sus entrañas, que así contagia su emoción, y ofrece la obra cincelada, gentil y libre, sin un resabio de la tosca realidad, ni de las penosas ansias del artista.

Pálida es, por cierto, una composición destinada a ocupar un sitio entre las mejores de nuestra literatura nacional. Aun se encuentra en este libro una que otra que se le aproxima, ninguna que la iguale, si bien no hay una página sin una estrofa magistral, unas veces tenue y suave como la última de *Incógnita,* otras veces valiente y varonil como la primera de *Pellegrini,* algunas eróticas de buena ley, como las de *Prima noche,* o de trama firme y prieta como ésta, que citaremos antes de enderezar por el otro flanco:

Nada tan hondo al corazón nos llega,
nada nos toca tanto el sentimiento,
cual la visión de un barco que navega,
entre lo azul del mar y el firmamento.

Pero he ahí que nos hallamos con lo siguiente: Que sus insondables pupilas de amianto, nadan en orejas de puro amaranto y nos hablan en dulce esperanto! Ojos de amianto? Y a qué hora ha visto el autor semejante fenómeno digno de ser conser-

vado en alcohol? Sírvase ir hasta el taller de la vuelta y solicite un poco de amianto e imagínese una pupilas de esa arcilla algodonosa, opaca y blanca. Pero eso resulta de hacer tercetos con baratijas. Y tan luego a propósito del faisán. Es cierto que el autor agrega que para loar el ave de más señorío, se requiere el arte de Rubén Darío. Puede que sí, pero la consecuencia se desprende, aunque no haya derecho de pedir a los poetas mucha lógica.

Si el faisán se debate alicaído en la red de sus versos infantiles, no puede decirse otro tanto del soneto impecable, que lleva el epígrafe *Brama o Tenaglia en acecho.* Es de admirar la plasticidad soberana del artista, que le permite adaptarse a todas las situaciones e interpretar con maestría el sentido ajeno, así se trate del personaje que menos atingencia puede tener con sus propios afectos. Pero no valía la pena de malgastar tanto talento en asunto tan pobre, y si no pedimos cuatro tiros para el poeta como para su inspirador, convengamos que bien merece cuatro azotes — metafóricos se entiende.

En realidad sorprende la distancia que separa una composición de otra, y con frecuencia, dentro de la misma, una estrofa de las restantes. Digamos con brevedad cómo se explican estas contradicciones tan visibles. El autor posee, sin duda, vigor, imaginación, intuición creadora y dominio del idioma, pero adolece de un defecto tan grande como sus calidades: la falta de gusto. Por eso en vez de darnos su propia personalidad, que continuamente pugna por sobreponerse, cede a influencias perniciosas y no se atreve a decir como el poeta francés: Mi copa es pequeña, pero bebo en mi copa. De ahí las negligencias de la versificación, la publicación inútil de ensayos ocasionales, algún climax hiperbólico y contraproducente, los desplantes naturalistas y sobre todo la simulación de estados de alma postizos. Es la influencia del pseudo-modernismo que contamina a nuestra juventud y aún hace presa, como en este caso, en espíritus de vocación más alta.

No ha de desconocerse la trascendencia del movimiento moderno que se manifiesta en la producción artística de todos los países civilizados. Su mismo carácter universal es la prueba más concluyente, que esta orientación responde al estado actual de los espíritus cultos y que no es posible detenerla, ni es lícito condenarla en nombre de ideales desvanecidos, que definitivamente pertenecen al pasado. Este movimiento tiene su razón de ser por-

que emancipa de reglas y normas petrificadas, abre campo a la libre expansión de la individualidad, multiplica y renueva nuestros medios de expresión y se asocia a los anhelos y aspiraciones de la eterna palingenesia humana, sin que esto signifique que ha de descender de las regiones del arte puro, para servir los intereses del día. Pero si ha de venir a reemplazar dogmas viejos por otros nuevos, a aprisionar todas las genialidades en moldes amanerados, a imponer un ritual de sutilezas bizantinas y a consagrar lo vetusto, lo enfermo y lo parasitario, entonces carece de objeto y de dignidad. Las obras del arte no subsisten con vida perdurable porque pertenezcan a tal o cual escuela, sino porque una personalidad poderosa y genial concreta en ellas el pensamiento secreto de una capa social, de un pueblo, de una cultura o de un momento histórico.

Los imitadores no cuentan. Quién recuerda ya la turba melenuda, que fué la cauda de los grandes románticos? A los minúsculos superhombres actuales no les cabrá otra suerte, por más que se empinen sobre los zanquitos. Hoy remedan a Ruben Darío, como sus antecesores hicieron con Becquer o Espronceda. La borrachera o la concupiscencia de Poe, de Musset o de Verlaine puede imitarse, no tan facilmente lo demás. Y ahí los vemos. Hacen alarde de ser complejos y son tan primitivos y simplistas que no alcanzan a disociar el deseo del afecto, el sentimiento de la sensación. Pretenden abarcar el conjunto de la vida moderna en sus múltiples manifestaciones y tendencias y padecen de un monoideísmo tan indigente que les obliga a soñar de continuo con la mujer desvestida, y sus devaneos mentales no giran sino en torno del acto fisiológico, que constituye la obsesión enfermiza de los castrados y de los niños pálidos y ojerosos. Todo, hasta lo más ruin lo santifica el genio, todo, hasta lo más santo lo embadurna la mediocridad, pues si bien el arte no tiene como el hombre barreras morales, las tienen estéticas.

¿Qué necesidad obliga al autor en el caso sub-judice a afectar una pose parisiense, decadente, montmartrista y de beber ajenjo, si es un criollo varonil, sano y sobrio, si Dios le ha hecho la gracia de poder expresar las congojas y las alegrías de su alma, si con tenaz empeño ha trepado a las cumbres de la cultura contemporánea y posee en su propia personalidad riquezas superiores a todos los oropeles de cambalache?

El prólogo nos da la clave; es un cuerpo extraño que, como una

joroba oprime la obra del poeta y ejemplo clásico de las sugestiones malsanas que llegan a pervertir una inteligencia robusta hasta torcerla de sus rumbos propios.

No lo han logrado del todo; pero aquello es un conglomerado de entimemas ancestrales o glaucos atavismos cuyo efluvio astral fosforece con reflejos megalómanos, sobre el laberinto de las gibas corticales, donde se encuban en solitarios espasmos, glabros y macabros, vehementes e impotentes, los irisados espermas de un cosmos crepuscular, ebrio de aromas, matices, gongorismos y ósculos hasta languidecer en místico aquelarre, semejante a un candombe poliestulto, en el cual estridula la sinfonía monocorde de la *u* como una carcajada gualda.

"Y pensarán ahora vuesas mercedes que es poco trabajo hinchar un perro". Ese párrafo ha sido confeccionado como lo prescriben los iniciados, con un arte sutil y perverso, y apuesto que no lo habéis entendido. Yo tampoco. Pero esto se llama *épater le bourgeois*, en español despatarrar el sentido común. Es una frase nuevita que se inventó en la época del chaleco rojo de Téophile Gautier y aunque a la fecha está un poco mugrienta, todavía no se ha logrado substituirla y siempre es un socorrido recurso cuando se necesita disculpar una indecencia o, lo que es peor, una necedad.

En fin, esperemos confiados otra palingenesia que sea a la vez una palinodia.

W. W.

La Plata, Marzo de 1913.

SALA ANTIGUA

En la sala opaca el benjuí se esfuma
haciendo preguntas sobre el hemisferio
de plata brillante de un viejo sahumerio,
y su soplo honesto, abriga y perfuma.

Cortinados blancos adornan las puertas,
que al sol hacen luna de dorada faz;
cortinados castos que derraman paz
en el orden frío de las cosas muertas.

Tapizan un biombo retratos marrones
que el tiempo, esa sombra, borra y oscurece,
y aunque algunos ríen, que lloran parece
viendo lo que ha sido de sus ilusiones.

Son esos retratos como verdes hojas
que descienden solas a la tierra, y luego
las seca y las junta el viento en su juego:
¡Oh, edad, viento recio que unes lo que arrojas!

Aquí hermosa niña va a su comunión,
con algo de Ofelia, con algo de luna;
y cerca, la misma, de novia, con una
corona de azahares: santificación...

¿Sabéis?... Corrió el tiempo, y este largo tul,
blanco como de ángel lo llevó de muerta:
acaso en el cielo le abrieron la puerta
creyendo que era de aquel reino azul...

Junto a ella un niño sobre un caballito,
un militar grave de ojos que acuchillan,
un grupo en el campo y un baño en que chillan
dos infantes, tanto que escucho su grito.

¡Ah, cuánta tristeza en esos retratos
viejos de familia que el hogar conserva!
vidrios do el pasado se asoma y observa;
hojas que nos cuentan sombríos relatos.

Hojas del gran libro del biombo que se abre
como un evangelio... Místicas figuras
que al olvido muestran, en sus amarguras,
la sonrisa, lirio que su boca entreabre.

Cabecitas rubias, cabelleras canas;
ojos que nos miran como esas estrellas
que aun muertas, irradian claridades bellas;
imágenes, sombras de vidas lejanas...

Todos se marcharon... En la sala antigua
haciendo preguntas el benjuí se esfuma,
y un fantasma de humo, símbolo que abruma,
parece de un sueño la persona ambigua.

Los muebles conversan de moral austera;
cual féretro un piano, negro, taciturno,
se siente que quiere llorar un nocturno,
y enseña un teclado que es una escalera...

Manos, mariposas ¿a dónde se fueron?
¿volaron en qué otros jardines de notas?;
si eran flores blancas ¿por qué como gotas
de llanto, en un féretro así no cayeron?

¡Ay! todo lo sabe el viejo sahumerio:
al mundo en el humo lo metaforiza,
y como él encierra, llamas y ceniza;
ceniza, humo y llamas: tal es el misterio...

PEDRO MIGUEL OBLIGADO.

LETRAS ARGENTINAS

El Libro fiel, por Leopoldo Lugones.

En este libro torna Lugones a cultivar la poesía amatoria, galante y sentimental de *Los Crepúsculos del Jardín,* bien que exenta de la sensualidad que en aquellos poemas era a menudo la nota dominante. Libro a propósito para celebrar los encantos y expresar las inquietudes de un amor profundo y casto, todas sus composiciones giran en torno a ese motivo fundamental. Exceptuando algunas de ellas, confesaremos con franqueza que el resto nos resulta poco interesante y casi siempre inferior a lo que esperábamos. El conjunto ofrece, por lo demás, las mismas cualidades y defectos que caracterizan la poesía de Lugones: sugestivo poder de evocación, riqueza de léxico y de imágenes, estructura musical, sorprendentes hallazgos de analogías imprevistas de donde surge la metáfora insólita tan feliz casi siempre, y por la otra parte obscuridad, extravagancia y prosaísmo. Vais leyendo uno de sus poemas, la música del verso os mece en una grata irrealidad de ensueño, las imágenes despiertan recuerdos y emociones adormidas, y he aquí que de pronto una expresión indescifrable, un adjetivo chocante, un símil antipoético, rompe con divergente torpeza el sortilegio del poema. Es una piedra en el sendero de la emoción estética con la cual se tropieza infaliblemente. Puede ello ser verdadero en cuanto traduzca una impresión real de las cosas, pero la verdad poética no es la verdad común desnuda, sino esa misma verdad ataviada por el arte con la elegancia de la dicción alegórica. Parecería que el autor juzga útil la introducción de ese elemento para lograr variedad y evitar una supuesta monotonía o para realzar aún más por el contraste la soberbia belleza de muchos de sus versos. Demás está decir que esto no se justifica, puesto que la variedad puede ser

obtenida con la diversidad de matices adecuados siempre a un fondo de lirismo puro. Por otra parte, con aquello no se consigue, como hemos dicho, sino destruir la armonía del poema. El mejor del libro entero, en nuestro sentir, es precisamente el que está más exento de esos rasgos contradictorios. *Paseo sentimental,* describe y sugiere hondamente, con estrofas cadenciosas y suaves la dulzura eclógica del campo en la serenidad crepuscular propicia a las ternuras del amor; y todo en él concurre a suscitar la misma emoción con esa perfecta proporción de tonos que requiere el poema:

Sonaba aquel cantar de los rediles
Tan dulce que parece que te nombra
Y florecía estrellas pastoriles
El inmenso ramaje de la sombra.

La noche armonizábase oportuna
Con la emoción del cántico errabundo
Y la luz religiosa de la luna
Iba encantando suavemente al mundo.

Al sentir más cordial tu brazo tierno
Te murmuré besándote en la frente
Esas palabras del lenguaje eterno
Que hacen cerrar los ojos dulcemente.

Versos, como se ve, de exquisita melodía y amable sencillez.

Otra hermosa composición es la *Endecha,* que expresa a un tiempo el goce y la tortura de amar:

Así en tu ensueño estelar
Como en un luto hondo y bello
Pone un romántico sello
La nobleza de penar.

Tu amor en la poesía
De tus ojos está expreso
Tan fielmente, que por eso
Se vuelve melancolía.

Mas ese instante divino
Que vive tu juventud
Lleva en su misma inquietud
La congoja del destino.

Cada murmullo del viento
Me dice en soplo de muerte
Que cerca estoy de perderte
Cuanto más mía te siento.

Es de notar que Lugones se refiere frecuentemente a esta faz dolorosa del amor — aún correspondido — verdad psicológica que no necesita mayor comprobación. La Rochefoucauld ha podido decir que "cuando más se ama, más cerca se está de odiar". La frase del duque moralista es exacta. Los extremos se tocan. Y no es menos cierto que a veces el placer del amor exacerbado ocasiona una inquietud que es ya sufrimiento y que puede atribuirse a la aspiración insatisfecha de eternidad que la pasión en ese grado suscita.

Algo de esto, aunque con evidente hipérbole, expresaba ya el verso de Ovidio:

Sic ego nec sine te, nec tecum vivere possum (1)

Así en su *Oda al Amor,* dice Lugones:

Implacable ansiedad de querer tanto
Fatal delicia de seguir queriendo
Amor terrible con tu mismo encanto.

Oh fiero menester el del amante
Ya que sólo mordiéndose a sí mismo
Se desbasta el amor como el diamante.

Y luego aquel extraño fatalismo
Compuesto al par de duda y esperanza
Cual la noche es estrella y es abismo.

Pero más característica aún a este respecto es *El dolor de amar:*

Y en el misterio singular de la suerte
— Grave perfume de sombría flor, —
La pureza de tu amor
Te da el deseo de la muerte.

---

(1) "Ni contigo ni sin ti puedo vivir". *Amorum III. Eleg. XI.*

Más tocantes y más unidas
nuestras almas se hallan así.
Morir y amar, ay de mí,
¡Qué dos cosas tan parecidas!

El sentimiento expresado es, pues, verdadero, pero nos parece indudable que la forma de estos versos dista mucho de ser bella. Es, precisamente, el desequilibrio que encontramos en la mayoría de las composiciones de *El libro fiel*. Algunas, delicadas y sutiles en su realización exterior, quedan en la categoría de las cosas bonitas y baladís, pues no alcanzan a sugerir emoción alguna. Otras, en cambio, más intensas como sentimiento o idea, carecen de música y belleza verbal. Así *El Canto de la Angustia*, que traduce realmente una impresión de terror, pero cuya forma le asemeja a un cuento en prosa. Si el autor ha conceptuado que ese estilo convenía más al asunto, nos permitiríamos recordarle que la maravillosa belleza rítmica de los versos de *El Cuervo* no amengua la sensación de tristeza y espanto que el poema de Poe infunde, antes bien contribuye a intensificarla.

No obstante adolecer en cierto grado de los defectos aludidos, figuran en el libro dos o tres composiciones que nos cautivan por la gracia singular o la franca ternura que hay en ellas. Tales son: *Nocturno, La joven esposa, Por la rústica senda* e *Historia de mi muerte*.

La premura con que escribimos el presente artículo, nos impide entrar en otras muchas consideraciones que la compleja poesía de Lugones nos sugiere. Terminaremos, pues, no sin hacer presente que en el efecto inevitable de decepción que este libro nos procura, entra tal vez por mucho la expectativa que toda producción del autor despierta en nosotros. Defectos que en escritor menos eminente no extrañarían, cobran especial significación y resaltan vivamente en quien como Lugones — por cuyo poderoso y multiforme espíritu profesamos el respeto y la admiración debidos — está en condiciones de no darnos sino obras en que la ética y la estética se armonicen en un consorcio perfecto.

La leyenda del Sol, por Rómulo D. Cárbia.

"El verdadero amor a la Grecia,—dice un amable filósofo,—es como un grado superior de gracia del espíritu". El implica, en efecto, el sentimiento y comprensión de la belleza que más que

país o época alguna, encarna aquel maravilloso pueblo de la antigüedad, del que derivan toda sabiduría y todo arte. De ahí el continuo volver los ojos de la humanidad hacia atrás, para recibir con la contemplación de esa maravilla no repetida, las más fecundas enseñanzas y las más elevadoras sugestiones. Sea con el pensamiento fundamental de sus filósofos, sea con el verso eterno de sus poetas, o con la augusta majestad de sus mármoles, la Helade proyecta y proyectará infinitamente sobre el mundo el influjo de su luminosa soberanía. La unción de Renán orando su plegaria ante el Acrópolis, resume la actitud de todas las almas escogidas que, libres del envilecimiento de la moderna civilización, ven en aquel "milagro de la historia" la mayor grandeza que haya alcanzado jamás la humanidad.

Por eso toda obra en que alienta esa afición a las cosas helénicas lleva en sí algo que la dignifica y que la eleva, aun cuando sea ella defectuosa en su realización, a la manera como en las obras de algunos místicos, la fervorosa ingenuidad de la fe cristiana, presta valor a las toscas creaciones de su arte rudo y primitivo.

El libro del Sr. Carbia, dista mucho de ser una obra de verdadero helenismo. Pero el autor siente la influencia de aquella belleza y ha buscado reflejarla en las páginas de esta leyenda.

En "Los dioses en el destierro", de Enrique Heine, puede leerse una página en la que el Sr. Carbia manifiesta haber encontrado el origen de su narración.

Dice ella: "Un gran número de emigrados olímpicos, que después del triunfo del Cristianismo no tenían ya ni asilo ni ambrosía, debieron haber recurrido a un honrado oficio terrestre para ganar al menos con que vivir. Algunos de ellos, cuyos bienes y bosques sagrados se habían confiscado, se vieron obligados a trabajar como sencillos jornaleros entre nosotros, en Alemania, y a beber cerveza en lugar de néctar. En esta extremidad, Apolo parece resignarse a entrar al servicio de ganaderos: del mismo modo que en otro tiempo había guardado las vacas del rey Admeto vivió como pastor en la Baja-Austria, etc., etc.".

He aquí la base del relato del Sr. Carbia quien, agregando a ella sus propios conocimientos mitológicos e históricos ha desarrollado la interesante leyenda de que nos ocupamos.

Vese en ella al Dios Apolo, convertido en pastor, aparecer en la Baja Austria medioeval, bajo el nombre de Othón, despertando

a pesar de su incógnito la curiosidad de los que le rodean por su belleza extrahumana y las extrañezas de su conducta. Enamorado de una doncella pastora, la vida de Othón transcurre suavemente hasta el instante en que un sabio monje, preocupado por las extrañas manifestaciones del zagal a quien oye entonar armoniosos cantares paganos, sospecha que hay en él encarnado algún dios de los gentiles o el mismo demonio que para perder el alma de la pastora ha asumido la bella figura del inquietante mancebo.

Era la época en que la creencia en los *íncubos* preocupaba profundamente a los teólogos, y fácil le fué al monje, afianzado cada vez más en sus sospechas, obtener que Othón fuera apresado y sometido a un interrogatorio que terminó en el tormento, dada la invencible tenacidad del joven en callar.

Ahora bien, como es sabido, los dioses según el concepto mitológico no morían, pero "podían ser heridos y sufrir agudísimos dolores."

Sometido al suplicio, Apolo no pudo resistir y confesó ser él mismo. Los teólogos resolvieron entonces terminar con aquel peligro y decidieron la muerte de Othón. Al subir al patíbulo, éste solicitó como única gracia que se le permitiera cantar por última vez y lo hizo con un sentimiento tan conmovedor que muchas mujeres enfermaron de emoción al oirle. Cuando más tarde fueron á ver su cuerpo, la tumba se hallaba vacía. El Dios había resucitado. En tanto el sol fulgurante y magnífico comenzaba a elevarse en el horizonte.

Surge de todo esto un claro y hermoso simbolismo: Apolo, o sea el Arte, originario de Grecia, torturado en la Edad Media por el fanatismo, resucita en la maravilla del Renacimiento, esplendoroso y triunfal.

La narración del señor Carbia, está poblada de alusiones y referencias a la mitología y a la historia griega perfectamente exactas, que el autor con verdadera probidad literaria ha justificado y explicado en prolijas notas colocadas al final del libro. Este tiene, pues, fuera de lo fantástico o fabuloso del asunto central, un carácter rigurosamente histórico en cuanto a los detalles accesorios y al ambiente, lo cual le añade, desde luego, sumo interés.

No carecen de belleza bucólica los capítulos en que se narran los amores de Othón y Margarita la pastora, en los que el autor ha intercalado oportunamente para dar mayor colorido helénico

a su relato, algunas de las más hermosas composiciones de Anacreonte, puestas en boca del pastor.

Pero falta a *La Leyenda del Sol* una mayor armonía de conjunto, precisamente exigible en una obra de asunto griego. Se echa de menos la proporción de las líneas que diera al todo una más justa euritmia. Sucédense sus episodios con transición algo violenta y poca fluidez en su enlace, y este defecto de composición se agrega a los que ofrece el estilo del libro. La demasiada sutilización de ciertas frases, resta hermosura al lenguaje que debiera ser más claro, más sencillo, más ático en suma. De cuando en cuando alguna frase modernista detona y corta el encanto del relato con insólita brusquedad.

A pesar de ello *La leyenda del Sol* conserva hasta el final su interés y atractivo, debido a lo pintoresco y extraño de la fábula, cuanto al talento literario que, salvo las deficiencias anotadas, el autor ha empleado en su narración.

Ritmos, por Enrique E. Rivarola.

El señor Enrique Rivarola no necesita, por cierto, ser presentado. Perteneciente a una generación anterior de escritores en la que destacó con acentuado relieve su personalidad, hace tiempo que su nombre se halla incorporado al de los cultores de las letras entre nosotros. Su primer libro de versos, *Primaverales,* mereció la honra de ser prologado por don Nicolás Avellaneda, que algo entendía de estas cosas. Posteriormente el doctor Rivarola publicó otro volumen titulado *Nuevas Hojas,* y por fin acaba de dar a luz el presente. Esta colección de poemas atestigua que no ha desaparecido en su autor la fresca inspiración de otros días y que continúa fiel a su ensueño. Hasta su verso de corte clásico e inspiración romántica no ha llegado, sin duda, la renovación modernista. Sigue cantando al modo de Núñez de Arce, su poeta predilecto, cuya muerte le arrancara la más hermosa de las composiciones que encierra el libro. Entre las restantes señálanse algunas por el sentimiento de ternura que encierran, como por ejemplo, *La Madre, En el día de difuntos,* etc. El autor ha escrito también poesías de índole patriota: *Sarmiento, A San Martín* y otras en que vibra un hondo amor a la tradición y las cosas de la tierra.

Ataúdes, por Miguel di Carlo.

Con un prólogo de Juan José de Soiza Reilly, llega a nosotros este libro de versos. Es la obra de un hombre joven pero agobiado ya por mortales congojas. De ahí su lúgubre título. Puede que nos equivoquemos, pero nos parece advertir un acento de honda sinceridad en las composiciones que lo forman, inspiradas siempre en el dolor de la vida. Defectuosas, grandemente defectuosas muchas de ellas, dejan entrever, sin embargo, lo que es difícil encontrar a través de muchos otros libros mejor realizados: un temperamento. La misma espontaneidad ingenua de esos versos revela que el autor canta por necesidad ingénita de su espíritu y que más adelante podrá darnos quizás obras de mayor aliento y perfección.

The Crime of War, by His Excellency John Baptist Alberdi. — London 1913.

Por intermedio del doctor David Peña nos llega de Londres esta versión inglesa de una de las más importantes obras de nuestro Alberdi: *El Crimen de la Guerra.* Ha sido publicado en una edición excelente y contiene el conocido retrato del autor de las *Bases* en nítida reproducción.

"El objeto de esta traducción", explícalo el señor Juan G. Alberdi en el prefacio así titulado y que a continuación traduzco:

" *El Crimen de la Guerra* es, probablemente, más oportuno en el momento actual que cuando fué escrito en 1870, pues en él están tratados con admirable clarovidencia los problemas y principios de Paz y Libertad cuya solución buscan hoy todas las sociedades civilizadas.

" Los acontecimientos de la Europa en esta época no tienen precedente en la historia, pues a pesar de sus Congresos Internacionales, de las avanzadas reformas de sus antiguas instituciones y de la promulgación de las más humanitarias doctrinas, a las cuales cada raza aspira, una vasta y secreta corriente de alarma se sobrepone a toda otra consideración. Los grandes Estados compiten unos con otros en aumentar sus armamentos y medios de defensa, como si un horizonte tormentoso les anunciara sucesos hostiles a su futura existencia y estabilidad, difiriendo el reinado absoluto

de la más alta y sublime aspiración del alma humana — la Paz — en aras de la tiranía del poder, del cesarismo, de la ambición y los mutuos temores de cada nación."

" Por otra parte, su autor, el gran pensador argentino, doctor Juan Bautista Alberdi, se contó entre los más grandes admiradores del pueblo inglés, no sólo por su vasta influencia civilizadora en el mundo, sino especialmente por su clara y práctica concepción del *Self Government,* cuya esencia ha encarnado en esa raza y arraigado hasta su presente grandeza. Por lo tanto nos ha parecido propio rendir este homenaje al mismo tiempo que al escritor, al pueblo de su predilección, vertiendo al lenguaje inglés sus últimos pensamientos en pro de toda la gran familia humana."

" Los elementos técnicos para esta versión, las notas y asimismo el prefacio biográfico y analítico, se deben al doctor Th. Baty, de el *Inner Temple,* Secretario General Honorario de la *International Law Association.* La obra de traducción y la labor editorial corresponden al profesor C. J. Mac Connell."

Agregaremos por nuestra parte que se trata de una inmejorable traducción y que la obra ha sido impresa con corrección impecable.

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

LETRAS AMERICANAS

La Hermana Agua, por Amado Nervo.

Este admirable poema del gran lírico sutil y armonioso, no es nuevo, pues fué publicado hace algunos años. La circunstancia de habernos enviado su autor un ejemplar del mismo recientemente, nos brinda, empero, la grata ocasión de decir dos palabras acerca de él.

En alejandrinos de una suavidad musical comparable al cantar de una fuente escondida en umbroso parque, celebra el poeta las excelencias de *La Hermana Agua*. Diríase que el espíritu del de Asís ha encarnado de nuevo en este prodigioso mago verbal. No hay en él la adorable y primitiva sencillez de lenguaje de las *Fioretti*, porque, poeta de su siglo, ha aprendido un nuevo idioma, donde abundan palabras que son gemas, pero es el mismo sentimiento de adoración extática, la misma fervorosa emoción ante la belleza natural, lo que puebla su alma, que ha conseguido despojarse de las complicaciones de una civilización enervante, para admirar en plena serenidad la grandeza de las cosas de todos los días, humildes y divinas. Fluye su canto cristalino y dulce, fluye como un manantial de encantadora frescura. Y es un agua lustral la que brota en ese canto; agua que purifica de inquietudes vanas y de enfermizos desasosiegos para hacer sentir de nuevo con su mágica dulzura el amor de la madre Naturaleza.

He aquí el breve prólogo en prosa que precede al poema y que no nos resistimos a transcribir:

" Un hilo de agua que cae de una llave imperfecta; un hilo de agua manso y diáfano, que gorjea toda la noche y todas las noches cerca de mi alcoba, que canta a mi soledad y en ella me acompaña; un hilo de agua: ¡qué cosa tan sencilla! Y, sin embargo, esas gotas incesantes y sonoras me han enseñado más que los libros."

"El alma del agua me ha hablado en la sombra, el alma santa del agua, y yo la he oído con recogimiento y con amor. Lo que me ha dicho está escrito en páginas que pueden compendiarse así: *ser dócil, ser cristalino: esta es la ley y los profetas;* y tales páginas han formado un poema."

"Yo sé que quien lo lea sentirá el suave placer que yo he sentido al escucharlo de los labios de *Sor Acqua,* y éste será mi galardón en la prueba, hasta que mis huesos se regocijen en la gracia de Dios.'"

La vida humilde, por Vicente A. Salaverri.

Pertenece Salaverri a esa clase de "conquistadores" intelectuales que suelen aún partir de España con rumbo a estas playas cambiando el acero del soldado ancestral por la pluma del escritor. Como Grandmontagne, Salaverría y tantos otros, él ha venido confiado en la sola fuerza de su talento y puesta la visión en un luminoso Eldorado espiritual. Y a fe que podría decir también su *vini vidi vinci,* pues con trabajos llenos de savia, se ha afirmado en el ambiente rioplatense como un escritor pujante. *La vida humilde,* el último de sus libros, al que seguirá en breve *Del picadero al proscenio* y *La visión del fauno,* que se anuncia con prólogo de Rodó, es una serie de cuentos breves e intensos, que denotan un temperamento artístico de recia contextura, depurado en el estudio de la vida y afinado en la sutil observación psicológica. Vibra en ellos la realidad y sangra el dolor. Salaverri sabe conducir el relato de manera a obtener de él irresistible emoción. Sin ser notablemente original en sus temas ni en su estilo, tiene en cambio el mérito de ser verdadero, y más de una vez se encontrará en sus páginas algún rasgo que sintetiza una intuición honda acerca de las cosas humanas. Sobrio en la narración, suele sorprender su aptitud para encerrar en dos páginas tan sólo, — como en el cuento titulado: *Del amor y del deseo,* — toda una tragedia punzante de verdad. De ese modo realiza con respecto a la sobriedad, el ideal del cuento, ya que este género de literatura imaginativa es suscinto por definición, lo que determina precisamente su auge en esta época afiebrada, inquieta y vertiginosa, que pide condensaciones así en la ciencia como en el arte, prefiriéndolas a los largos desarrollos cuando no son absolutamente necesarios.

Con gran instinto literario, Salaverri combina su trama, maneja

sus personajes y presenta sus cuadros dejando de lado todo detalle superfluo, utilizando los elementos indispensables a su labor artística y ganando en hondura lo que sacrifica en extensión. No en todas sus narraciones hay acción, pues figuran en el libro algunas que son análisis sutiles de estados de alma. Tal, por ejemplo, *Añoranzas,* que obtuvo hace dos años con justicia el primer premio en un importante concurso efectuado por una revista de Montevideo.

Divídese el libro de que trato, en cuatro partes igualmente atrayentes: *Introducción lírica,* donde vaga una conmovedora nostalgia de la tierra natal; *Del ambiente Rioplatense,* conjunto el más nutrido del volumen, en el que se hallan comprendidos los dos cuentos a que he hecho referencia y otros de igual valor emocional y artístico; *De Tierra de Castilla,* narraciones llenas de fuerza dramática y de extraordinario colorido, y finalmente *Tipos de mi aldea,* donde se destaca *Estampa antigua,* hermoso cuento que recuerda un tanto a Valle Inclán. Salaverri posee, por lo demás, un léxico abundante y castizo que da a su prosa, ágil, rítmica y pintoresca, un amable sabor arcaico.

La vida humilde lleva un interesante prólogo de Juan José de Soiza Reilly.

Vida Criolla (La Novela de la Ciudad), por Alcides Arguedas.

Hemos recibido esta obra del autor boliviano señor Arguedas. Es, como su título y subtítulo lo indican, una novela de costumbres, de ambiente. No nos es dado por lo tanto apreciar la exactitud de las descripciones de un medio que no conocemos. Puede asegurarse, eso sí, que el señor Arguedas posee cualidades de narrador ameno e interesante y que se deja leer con agrado. Hay tipos bien delineados en su obra y el pintoresco desarrollo de la misma muestra a un literato hábil en el manejo del estilo.

"Colección Ariel". (Tomos 22, 23, 24 y 25).

Esta biblioteca que con tanto éxito dirige en Costa Rica el señor Brenes Mesen, literato de renombre, continúa su plausible obra de difusión literaria en el Continente, reproduciendo trabajos breves de autores americanos.

Los últimos tomos recibidos contienen artículos de mérito debidos a los más eminentes escritores de la América latina. Del señor Manuel Díaz Rodríguez, que actuó con brillo en el último Congreso Panamericano celebrado en Buenos Aires, registra el primero de los opúsculos referidos, un interesante *Ensayo sobre la vanidad y el orgullo*, donde se emiten ideas hermosas, atrevidas y originales dentro la forma literaria que distingue al celebrado estilista. Otro de los tomos está consagrado a Lugones, de quien publica *La Voz contra la roca, La política y los pueblos,* y otros trabajos en prosa y verso, extraídos de *Las Fuerzas extrañas* y *Los Crepúsculos del Jardín.* En el tercer tomo figura uno de los sabrosos cuentos de José Nogales, el gran cuentista español, muerto hace algún tiempo, y por fin, el último trae *La Zagala,* bello poema de nuestro amigo Eduardo Talero, publicado anteriormente en la revista *Ideas y Figuras* que dirige Alberto Ghiraldo. Completan los diversos volúmenes otras producciones menores de Rubén Dario, Pedro Emilio Coll, Cornelio Hispano, Juan José Llorente, Manuel Reina, Robert Walter, Juan Maragall y B. Sanín Cano, quien firma un notable artículo sobre *Las Universidades y el espíritu nuevo.*

Como se ve, todos los escritos incluídos pertenecen a autores de primer orden. Nos complacemos en felicitar a la Dirección de la "Colección Ariel" por la excelente selección de sus publicaciones.

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

SOCIOLOGIA

La Sociología General de Gastón Richard (1)

El libro que Gastón Richard, profesor de Ciencia Social en la Universidad de Burdeos, acaba de consagrar a la *Sociología general,* ofrece un interés que no escapará a ninguno de aquellos que siguen el desarrollo de esta ciencia reciente y que ensayan determinar el sentido de sus problemas y el valor de su método. Sin duda, el término *sociología* es de un uso corriente, pero es raro que despierte en el espíritu de los que lo emplean una significación precisa. Unos hacen de la Sociología una ciencia especial, análoga a las ciencias naturales; otros ven en ella una rama de la filosofía. Algunos, vueltos circunspectos por el fracaso de sistemas al principio ilustres, no creen que sea posible edificar una ciencia general de los hechos sociales considerados en su conjunto y distribuyen el estudio de estos fenómenos en varias ciencias analíticas, tales como la economía política, la ciencia del derecho, la historia comparada de las costumbres, de las religiones, etc... Se reconoce la existencia de ciencias sociales diversas, cada una de las cuales estudie los fenómenos sociales de un punto de vista particular, pero se desconfía de la sociología general, de la ciencia de los hechos sociales considerados en su conjunto y en su complejidad. Sin embargo, esta teoría sintética de los hechos sociales es necesaria porque las ciencias sociales especiales avanzan fatalmente sobre sus vecinas y porque, si se tiene el derecho de distinguir aspectos diferentes en la actividad social, es preciso no olvidar que esta actividad es una en el fondo y que los elementos que la

(1) Gastón Richard. — *La Sociologie générale et les lois sociologiques.* Un volumen de la *Bibliothèque de Sociologie.* — O. Doin et fils, editeur. Paris, 1912.

componen no son aislables; ellos se penetran íntimamente y obran los unos sobre los otros. Como no se pueden deducir las leyes de los fenómenos sociales de las leyes de una ciencia vecina, tal como la biología, como no se puede soñar de antemano en pedir la unidad del conocimiento social a la noción absolutamente práctica de los fines de la actividad social, es bien necesario abordar el problema de la constitución de la sociología general y estudiar la unidad de los fenómenos sociales. Es a esta tarea difícil a la que el señor Richard se ha consagrado.

Para determinar exactamente el punto de vista en el cual se colocará, el señor Richard examina las tres grandes hipótesis directrices de la Sociología general. Apoyándose sobre la analogía que se descubre entre la sociedad y el organismo viviente, la teoría del *consensus social* (Comte, Schaffle, Spencer, Posada, etc...) reconoce la dependencia mutua de los fenómenos sociales, la correlación y la causalidad circular, — en el sentido médico del término — tan característica en este dominio. Pero, se confunde esta causalidad recíproca con la idea de la solidaridad armoniosa, del acuerdo de los hechos sociales. Partiendo de la idea justa de que los diversos hechos sociales obran y reaccionan los unos sobre los otros, se llega, con un optimismo sorprendente, a la armonía espontánea de los intereses. Y la causa de este error aparece pronto: es la analogía de la sociedad y del organismo individual. Pero esta analogía es superficial. El señor Richard lo establece con una indiscutible claridad en algunas páginas [1] que se imponen a la atención de todos aquellos que han podido seguir sobre este punto las doctrinas de Schaffle, de Spencer y de Augusto Comte mismo. El elemento de la sociedad es, en efecto, el agente voluntario, el individuo; no es la familia o la nación, términos complejos en cuya base se encuentra siempre la voluntad individual.

Este error tiene, por otra parte, graves consecuencias, pues que él conduce, por ejemplo, a Comte, a desdeñar sistemáticamente la historia del derecho, a negar la importancia y el valor de los fenómenos jurídicos en el desenvolvimiento social y lo lleva a desconocer el sentido y el valor de los períodos históricos como el Renacimiento y la Revolución, donde él ve una revuelta y una ruptura de la solidaridad social.

---

(1) Páginas 75 a 81.

La doctrina del determinismo económico no escapa a las penetrantes objeciones del señor Richard. Esta teoría ha sido vulgarizada en nuestros dias por un partido político, sin que esto quiera decir, de ningún modo, que haya hecho de ella un artículo de fe.

El señor Richard ha mostrado claramente que esta teoría es de todo punto independiente del materialismo metafísico y moral; ha buscado sus orígenes en Malthus y ha mostrado la ingeniosa utilización de ella en la escuela católica de F. de Play. La distingue muy claramente de las doctrinas de agitación política a las cuales ha sido mezclada, para considerarla bajo su aspecto puramente sociológico. A este respecto, es manifiesto que esta teoría quiere hacer desempeñar a las leyes económicas el papel que juegan las leyes de la mecánica en las ciencias de la naturaleza. Sin embargo, los fenómenos económicos no son asimilables a los fenómenos naturales. El derecho es una de las condiciones esenciales de la cooperación; las leyes económicas son tales que sus efectos cambian con la condición jurídica de los hombres; no son leyes naturales, inmutables; su regularidad no es sino relativa; no expresan sino una "tendencia".

Queda una tercera hipótesis, la de la teoría de las formas sociales, que ha sido sobre todo desarrollada en Alemania, pero cuyos gérmenes se encuentran en Forgusson, Comte y Spencer. Reposa sobre la distinción y la correlación de la sociedad (Gesellschaft) y de la comunidad (Gemeinschaft) y esta distinción da un objeto definitivo a la rebusca sociológica. El problema esencial de la sociología es el de estudiar "las relaciones de la *vida de comunidad* con los fenómenos que nacen de la *interacción de los individuos*".

Las dos partes siguientes *(La sociología y la historia; las leyes sociales en sus relaciones con las leyes naturales)* están consagradas a la exposición de las investigaciones personales del señor Richard, una vez definido su punto de vista. Las hipótesis del sociólogo son verificadas principalmente por la historia. Pero la historia es un dominio donde *el accidente* ocupa un lugar considerable. Es verdad que estos accidentes son debidos al azar y que hay una "etiología histórica", como Cournot lo ha bien demostrado. Es por esto que la Sociología puede prever; sólo que la historia es una base insuficiente para la previsión sociológica; no se puede prolongar en el porvenir la curva trazada en el pasado por una serie histórica sin exponerse a crueles fracasos.

Pero se puede, al menos, deducir previsiones de la constancia de las leyes naturales y psicológicas que condicionan indirectamente la existencia de las sociedades; se pueden también sacar de las *tendencias* sociales y de la irreversibilidad de las series históricas. En una palabra, el sociólogo, apoyándose en la historia, puede decirnos lo que no será el porvenir; puede decir también lo que ese porvenir sería, si ciertas condiciones precisas se cumplieran.

Si examinamos en el detalle las transformaciones históricas de la Sociedad y de la Comunidad, comprobaremos que el comercio de los hombres (Sociedad) obedece a una ley de extensión y de aceleración, mientras que la Comunidad manifiesta una diferenciación progresiva. Estas dos series de fenómenos son, por otra parte, correlativas: el régimen de comunidad es tanto más persistente cuanto el grupo que se estudia está más completamente separado del comercio universal de los hombres. La observación del régimen de comunidad, persistente todavía hoy en Andorra, Montenegro, Rusia, etc... muestra claramente que, más un pueblo se abre al comercio universal de las ideas y de los servicios, más se vuelve un agente de la cooperación universal y más el régimen de comunidad se debilita en él. Esta tendencia está confirmada por la ley de Bücher sobre la sucesión de los tipos económicos y por la de Summer Maine sobre la sucesión de los tipos jurídicos. Estamos ciertamente en presencia de una ley sociológica.

Toda esta parte del libro del señor Richard merece particularmente nuestra atención. La erudición del autor es considerable; los documentos históricos, estadísticos, jurídicos, que sirven de apoyo a su tesis, son tan hábilmente elegidos y tan ingeniosamente interpretados, que la convicción se impone poco a poco. No vacilamos en afirmar que el señor Richard nos ha dado aquí un excelente modelo de crítica y de inducción sociológica.

Fuera de sus leyes propias, la sociedad está sometida a la acción de las leyes naturales y de las leyes psicológicas; no se puede, pues, desdeñar la relación de las leyes empíricas de la Sociología con las leyes naturales y psicológicas.

Las tendencias sociales que constatamos en la historia son leyes que se combinan con las costumbres colectivas de los grupos humanos. Costumbre y sociabilidad son fenómenos concomitantes y es por la educación y la constitución de los hábitos que la persistencia de las comunidades se explica. Pero el automatismo humano es modificado, de una parte por la actividad propia del

espíritu, las reacciones individuales, lo que explica justamente la diferenciación de las comunidades, gracias a la aparición del individualismo; de otra por la adaptación a las condiciones externas de existencia, modificada ella también por el hábito. Las leyes antropológicas y las leyes demográficas convenientemente estudiadas, muestran que la adaptación en sociología es activa. "Mientras que, en el mundo animal, los órganos se modifican para que la especie, la raza o la variedad se adapten al medio exterior y a las condiciones de la lucha, el hombre puede modificar su medio sin sufrir una modificación orgánica, si no es en una medida insignificante." La habitación, el vestido, las armas, los útiles, nos libertan en parte de las leyes de la adaptación puramente animal. Poco a poco, las "leyes sociales acaban por dominar las leyes orgánicas, sobrepasándolas." La civilización se caracteriza por el predominio de estas adaptaciones activas, por la flexibilización de los hábitos y de las tradiciones sociales. La conciencia colectiva, oprimida en su origen por las fuerzas exteriores, se libra de ellas de más en más.

Tales son las grandes líneas de esta obra. El señor Richard se ha guardado de hacer de la Sociología una suerte de enciclopedia filosófica donde todos los problemas estarían confundidos; ha mostrado la legitimidad de una ciencia general de los hechos sociales sin avanzar sobre el dominio metafísico. A la tenacidad de los hacedores de sistemas, ha preferido la prudencia escrupulosa y la aplicación científica. Es justo reconocer que escribiendo este libro, ha prestado un servicio apreciable a todos los amigos de la Sociología.

Em. Duprat.

Niort, Febrero de 1913.

TEATRO NACIONAL

Estrenos de *El miedo de los felices,* de Felipe Sassone; *La Cantera,* de Alberto T. Weisbach; *La comedia de hoy,* de Roberto Cayol; *La Chusma,* de Alberto Novión; *Como se olvida,* de Luis Bayón Herrera; *La moral ajena,* de Enrique Villarreal, y *Luz de Sombra,* de Arturo Giménez Pastor.

Apenas inaugurada la temporada, aunque extraoficialmente, debe la crónica dar cuenta de buena serie de obras. Nombres conocidos ocupan y prometen ocupar el cartel de los teatros de género nacional, más o menos bien preparados para la campaña actual que veremos nutrida de obras inéditas.

Mientras el Nuevo se ha asegurado — con un inteligente director artístico y una conocida actriz al frente de la compañía — la abundancia de obras mediante el establecimiento de premios en dinero, el Nacional sigue confiando en sus propias fuerzas, que reposan en los nombres de un grupo de actores estimados por el público, y afronta decididamente la lucha. Por ahora estará circunscripto el movimiento teatral de nuestra producción a estos dos teatros, — a no ser que quiera tomarse en cuenta los trabajos que dé a conocer la compañía mixta de Rogelio Juárez en el Apolo, — hasta que la agrupación Battaglia-Gámez estrene en el Variedades alguna obra, o Parravicini reabra el Argentino, que será pronto.

Al tiempo de iniciarse nuestra temporada llegaban del extranjero ecos que atañen al teatro nacional. En Madrid se estrenaba *Fruta picada,* una obra mediocre de E. García Velloso, proporcionando triunfos a su autor y al principal intérprete, el bufo Parravicini. En Barcelona, Tallaví daba a conocer *Los muertos,* fracasando la obra ante la crítica, mientras que el mismo trabajo de Florencio Sánchez alcanzaba gran éxito en Santiago de Chile.

¿Cómo se explica? A pesar de todo, ello ha complacido a los que anhelan la expansión intelectual del Plata.

El nuevo período comienza con representaciones de piezas conocidas dadas por la compañía de Jerónimo Podestá y, poco después, la serie de estrenos con *El miedo de los felices,* drama en tres actos de don Felipe Sassone, dado a conocer por la agrupa-

Felipe Sassone y los principales intérpretes de su obra.

ción del Nuevo, de regreso de una afortunada jira montevideana, la noche del 2 de Marzo. En esta obra el conocido autor parece como que hubiese resuelto adaptarse a las facultades de los actores y satisfacer los gustos del público del Nuevo, decidido a conquistar el éxito mediante las concesiones indispensables para obtenerlo, sacrificando sus propias aficiones y tendencias. *El miedo de los felices,* sin ser una obra original por su factura y su concepto, tiene interés. Transporta a escena, en un dibujo no muy

preciso, las figuras de un hombre adinerado aunque inculto, un espíritu sincero, enamorado vehementemente de una mujer vana y coqueta, que se une a él por conveniencia y se entrega, sucesivamente, en cuerpo y alma, al hombre que la envuelve y la vence, un falso barón italiano, que la seduce por su buen tono, y al verdaderamente amado, el primo sin fortuna que la adora, para caer luego en el lamentable conflicto a que la conduce su inconsciencia, del que no puede librarla sino la muerte que se da por su propia mano, causando también la del último de sus amantes, estrangulado por el marido.

El protagonista, ese hombre de negocios, rico, noble y rudo, espécimen común en nuestro medio, no supo jamás conquistar a su mujer, la cual, en consecuencia, nunca llegó a amarlo. Aun en la certidumbre de que no es amado, no tiene fuerza bastante para repudiar a la desleal esposa y teme ser profundamente desgraciado. Pero, cuando comprueba la magnitud del engaño, una vez perdido el miedo, recobra su voluntad de acción, y, en venganza del engaño, furiosamente mata. Esta obra de pasión, de celos, de adulterio, de ira y de muerte, comienza con un acto de comedia, sereno, amable; en el segundo se advierte el drama que corre a cobrar su completo auge y a desenlazarse en el tercero. Es conducido su desarrollo con una plausible gradación del interés. El público no sospecha el desenlace, y las imprevistas y violentas escenas finales, lógicas, humanas, acaban de conquistarle y la sala estalla en aplausos. Fué interpretada la obra con alguna corrección, destacándose Angelina Pagano, Pablo Podestá, Julio Escarcela y Elías Alippi.

No satisfizo al autor la palabra de la crítica y se propuso dilucidar su obra y defenderse de la incompresión que viera en la opinión periodística, poco favorable a ella, dando una conferencia que, para su mal, no tuvo eco bastante. Divirtió sí a su público y regocijó a los autores, — pues el que más o el que menos tiene oculto su rencorcillo hacia determinado cronista de la prensa diaria, — al vapulear e ironizar sobre algún crítico.

El Nacional dió su nota nueva, poco después, estrenando *La Cantera,* especie de zarzuela escrita por don Alberto T. Weisbach y don Arturo de Bassi, autor de la música.

Los éxitos anteriores obtenidos por Weisbach con *Resaca* y *El Guaso,* habían predispuesto al público para acoger favorablemente la obra. Su asunto es poco original, sumario y estirado de modo excesivo.

Ocurre la acción en un lugar del país transplatino. Un operario de cierta cantera, a causa de la explosión de un barreno, queda desfigurado. Su novia, mientras dura su convalescencia, es requerida de amores por el patrón, que logra convencerla, y ella, espantada además por la fealdad de su prometido, se le entrega. El lisiado, entonces, al verse solo y bajo el desprecio de la mujer amada, resuelve suicidarse. No se encuentra en la obra aquel colorido y condiciones de rapidez y concisión en el desarrollo del asunto que habían hecho estimar a Weisbach. La música de de Bassi comenta los incidentes principales, sin novedad alguna. En resumen, una obrilla de género chico nacional que se agrega a las del repertorio y no es mejor ni peor que otras muchas.

Otra pieza en un acto fué puesta en escena en el Nuevo: *La comedia de hoy,* original de don Roberto Cayol. Consta la obra de un prólogo al que sigue una serie de escenas dialogadas con habilidad, sutileza y aun con gracia. Apenas si existe asunto, pero el breve trabajo es interesante y novedoso entre la producción local. Las situaciones, como algunas réplicas, por lo inesperadas, resultan de una excelente comicidad, y divierten mucho al público. El prólogo anuncia que los sujetos de la farsa hablarán lo que las gentes, en idénticos trances, callan; los personajes tratan de dilucidar el matrimonio; charlan, se mienten, se dicen enormes verdades, y divierten por algunos instantes. El público disfruta de ello y aplaude al autor y sus intérpretes: la Pagano, Alippi y Escarcela, muy justos en sus partes.

Este mismo teatro ofreció a mediados del mes corriente el estreno de *La Chusma,* nueva obra en tres actos, escrita por don Alberto Novión. El autor transporta a escena, una vez más, sus personajes de siempre, una serie de tipos suburbanos, miserables, amorales, crápulas, bien observados, bien copiados, y los hace vivir sus existencias lamentables en su propio medio, cuya sensación sabe darnos Novión, hábilmente, empleando sencillos recursos. Ha querido esta vez construir una especie de poema trágico

del arrabal, y son sus héroes una muchacha nacida de una familia de pillos y haraganes, y un sujeto de la misma índole, aunque inclinado a regenerarse. Aquella ama a éste y es correspondida, pero la mujer es objeto de la persecución de un individuo de la hampa, que, despechado, pretende matar al novio de la honesta mujerzuela. Trabados en pelea el leal va a ser víctima del otro, pero la muchacha hiérelo de muerte. Su amador, entonces, se sacrifica denunciándose asesino. Semejante prueba de amor le mantiene fiel su prometida. Pasan tres años, al cabo de los cuales, sale el hombre de la cárcel resuelto a unirse a ella, pero la heroína, tísica, muere en sus brazos.

La obra adviértese toda en el segundo acto, al cual debió reducirse, suprimiendo el acto primero, pesado, largo y sin importancia, y evitando el tercero, lleno como aquél, de una sensiblería que disgusta. *La Chusma* ha resultado obra floja, pero debe tenerse en cuenta que es el primer ensayo dramático de tal extensión que realiza su autor, el cual, en ésta como en sus obras anteriores, se revela buen pintor de personajes, escenas y ambiente. Es una pieza romántica que tiende a enaltecer la canalla. Logra su objeto a los ojos del público, que se conmueve es cierto, y entre él hay mujeres que se liquidan en lágrimas ante esa Margarita Gauthier que languidece y expira en la escena. La interpretación de *La Chusma* ha sido correcta por la sinceridad que ponen los actores criollos en esta clase de papeles.

Desde la semana última acompaña a la obra de Novión, una comedia en un acto titulada *Como se olvida,* de la que es autor don Luis Bayón Herrera. Una tentativa artística que apenas si tiene valor teatral, pero digna de elogio por la intención que ha guiado al autor. Una idea sencilla condensada en un pequeño poema puesto en boca de la protagonista, dos o tres escenas, para dar color, que enmarcan el diálogo principal: eso es todo. Un todo fino, bien pensado y escrito. El breve asunto es el siguiente: en un trasatlántico que se acerca a nuestro puerto, entre muchos aristocráticos pasajeros vienen ella y él. Este padece aún por una herida de amor que aquella pretende curar. El remedio será el olvido; pero, ¿cómo se olvida? Pues, amando de nuevo. Concluyen los personajes por entenderse. El pequeño acto complace al público.

El Nacional dió a conocer *La moral ajena,* una comedia dramática en tres actos debida a don Enrique Villarreal, joven autor que hiciera concebir muchas esperanzas a raíz de los estrenos de dos obras anteriores suyas, ambas en un acto. Ha realizado, ciertamente, considerables progresos, pero acusa notoria inexperiencia todavía. El desarrollo de los tres actos, cortos, en los cuales se producen los acontecimientos sin una completa lógica, donde los movimientos espirituales de los personajes no se justifican y nos deja sin convencernos de la honradez, la pasión, el desinterés o la moral de los sujetos que allí alientan, el desarrollo de *La moral ajena,* decimos, no nos conmueve, ni nos enseña, ni nos divierte. La falta de equilibrio, la inexactitud de la observación hacen obscura la obra.

No obstante, *La moral ajena* es documento que prueba en Enrique Villarreal la sincera intención de crear obra honrada, y denuncia frecuentemente a un autor que acaso vencerá mañana.

Nos vemos allí en presencia de un marido que ocupa alta posición social y política, a quien su esposa engaña con un hombre del cual ha sido aquél desinteresado protector. La esposa ama tan sinceramente y con tal vehemencia que, a despecho de su amante que desea renunciar por lealtad a tal amor, desafía, afronta y desprecia los juicios de la moral de los otros. El esposo, otro ser poco común, aunque prendado de su mujer, la deja en libertad ausentándose al extranjero, y entonces ella se abandona, prescindiendo de prejuicios, al amante que la ha hecho madre.

El autor sostiene que allí proclama ideas; que las ideas que alientan en su obra son muy dignas de atención. Será cierto, pero nuestra ceguera no las ha advertido. La opinión periodística juzgó con severidad *La moral ajena* y su autor resolvió retirarla del cartel. No se desalienta por ello. Cree que su obra es buena. Y como es un trabajador y un tenaz, pronto nos sorprenderá con otro trabajo inédito.

Cierra la serie de estrenos *Luz de sombra,* drama de don Arturo Jiménez Pastor, que dió a conocer la compañía de Jerónimo Podestá. Si bien la acción de esta obra puede situarse en cualquier región terrestre, su asunto, el horrible conflicto espiritual que representa *Luz de sombra,* es perfectamente humano, universal. El

público ha sancionado un éxito para este trabajo, que aumenta la numerosa labor conocida del distinguido publicista. Ante cualquier otro público creemos que también lo hubiera conseguido — y apuntemos de paso que Jiménez Pastor ha autorizado el estreno en Italia de la versión en ese idioma de *Luz de sombra;* — pero

Arturo Giménez Pastor.

parece haber querido contentarse con poco, pues, si hubiera construído una obra perfecta, su triunfo se prolongaría, alcanzando a su producción teatral una consagración definitiva. El rápido drama, dividido en dos actos cortos, se desarrolla con cinco únicos personajes, de excelentes relieves, y tiene verdadera fuerza. Logra estremecernos más de una vez y nos mantiene en tensión

casi constante. Algo choca, por lo muy convencional, el recurso que produce mayor emoción, usado por el autor en los dos actos. Su asunto nos pone en presencia de un hombre expectable, víctima de alucinaciones producidas por el dolor de la desaparición de su esposa, que se diera muerte a raíz del adulterio a que la condujera su seductor, Sanmarcel, el amigo íntimo de la casa. Ignoró siempre el marido los motivos que impulsaron a su mujer a suicidarse. No así su hermana Severa, que, en posesión del secreto, se obstina en oponerse a la unión del hijo de Sanmarcel con su sobrina Ofelia. Su padre, Conrado, persigue la verdad. Entra en sospechas tras la entrevista de su amigo con su hermana, y a raíz de la conformidad de aquél en desistir al enlace de los jóvenes. Estos, al término del día fatal en que ha hecho crisis la obsesión de Conrado, se despiden amorosamente, cuando el alucinado, saliendo de la cámara mortuoria que conserva como un sagrario, cree ver en ellos a Sanmarcel, — a quien se parece su hijo, — y a su esposa, — que ya una vez ha creído metamorfoseada en su hija, — y se abalanza sobre los novios. Súbitamente se ha sentido dueño de la horrible verdad y estrangula a Gilberto, confundiéndolo con su padre, que, al aparecer, revela al infortunado su trágico error. Son tan rápidas, precisas y eficaces estas escenas, que arrancan entusiastas aplausos al público, deseoso siempre de sentirse violentamente estremecido.

De los intérpretes se distinguió mucho Rosich, que realiza continuos progresos.

Es sin duda ésta, por su mérito literario, por su valor dramático, la más interesante de las otras estrenadas en el primer mes de nuestra temporada.

EVAR MÉNDEZ.

NOTAS Y COMENTARIOS

Una carta del doctor Maupas.

Nuestro redactor, señor Coriolano Alberini, ha recibido del doctor Leopoldo Maupas la carta que a continuación publicamos, en la cual el distinguido sociólogo rebate algunos de los conceptos emitidos por el señor Alberini, en el número anterior de NOSOTROS, sobre su libro:

"*Señor Coriolano Alberini.* — Mi estimado amigo: He leído en NOSOTROS el artículo que ha tenido la deferencia de escribir sobre mi libro. Le agradezco la atención que le ha prestado, los benévolos juicios que formula sobre mi persona y especialmente la crítica que hace de mis opiniones.

"Existe, evidentemente, discrepancia de vistas entre nosotros respecto de los caracteres del conocimiento científico. Esto hace que juzguemos diversamente el valor científico de la sociología. Mal la trata usted a esta pobre aspirante a mayores dignidades y mal nos pone a los que tratamos de encontrar los caminos que le permitan realizarla! No soy de los que dan mayor importancia a un nombre. Ciencia o no ciencia, la especulación sociológica ha producido ya frutos útiles en todos los ramos de la organización social. Llámesele como se le llame, su utilidad legitima su cultivo, y creo que los resultados alcanzados permiten sustentar mayores esperanzas. Considero de importancia secundaria la atribución de un nombre; pero, con todo, creo que la misma denominación corresponde al conocimiento útil, sea cual fuere la materia del conocimiento. Trataré de defender a la sociología contra sus ataques, en un artículo que sobre el concepto de sociedad escribiré en los "Anales de la Facultad de Derecho".

"Además de esta discrepancia sobre el concepto de la ciencia que divide nuestra opinión sobre el valor científico de la sociología, noto en su artículo algunas inadvertencias que impiden una justa aplicación de su crítica a las ideas que yo sostengo. En primer lugar no admito que los hechos *llamados sociales* que desarrollan los hombres en el seno de las colectividades humanas sea el dato que la sociología deba explicar. El hecho humano debe explicarlo la filosofía de la historia. Esos hechos, *entre otras* causas, obedecen a reglas jurídicas y morales. El dato que la sociología tiene que empezar por establecer y luego, solamente, explicar, es la regla jurídica o moral. La explicación del hecho humano supone el concurso de todas las ciencias abstractas (física, fisiología, psicología, sociología), cuyas conclusiones ha de armonizar la ciencia concreta histórica. Es la tesis de mi libro. Es una concepción nueva que creo aportar en sociología, y la crítica que hace usted al determinismo histórico, justa para las diversas concepciones sociológicas, tal vez no tiene aplicación a la que yo he propuesto.

"En segundo lugar: afirmo la doble finalidad de las ciencias sociales, constatar y explicar el derecho y la costumbre, sintetizando en la página 134 y siguientes la manera de dar carácter científico a esos conocimientos.

"En tercer lugar: niego ser positivista, a lo menos en el sentido que parece usted indicarlo. No acepto el dogmatismo relativista (principio de la página 234). Niego la posibilidad de extender los métodos de las ciencias naturales a la sociología y que el derecho y la costumbre deban estudiarse como *cosas*. Es una afirmación que usted me atribuye contra mi expresa manifestación en el prólogo y en muchas páginas del libro, y que mal se avendría con el carácter abstracto que atribuyo a lo social. ¿Si la sociedad no es observable, cómo he de querer aplicar a su conocimiento, es decir, no, a la verificación de sus leyes, los procedimientos de las ciencias naturales?

"La forma analítica que he conservado a la exposición del libro, obstaculiza un poco su comprensión y es la causa de alguna de sus inadvertencias respecto a la posición que me atribuye. Espero que en el artículo que escribiré en los "Anales de la Facultad de Derecho", lograré dar a mi pensamiento toda la precisión que requiere su comprensión, y al hacerlo, a usted habré debido una

importante colaboración con su crítica profunda y elegantemente expresada.

"Agradeciéndole una vez más su atención, lo saluda afectuosamente su amigo. — *Leopoldo Maupas.*"

Viajero eminente.

M. Andrés Deed es desde hace días nuestro huésped. Pero el público ignora ese nombre. No recuerda haberlo oído figurar en política, en literatura o en ciencia. Es lo que se llama un desconocido, ese M. Deed, que viene a Buenos Aires a completar su preparación y a fomentar su celebridad, sin que esto resulte paradoja. Porque Deed, no es otro que Toribio, Toribio el famoso, Toribio el único, el Toribio incomparable de las películas.

Sus aventuras son familiares en los continentes poblados y allí donde funciona un motor y puede mover, así sea bajo una carpa de lona, el misterio de la mágica linterna, allí son comunes sus episodios, allí tiene amigos.

Según se ve, así como M. Deed nada significa, así lo significa todo Toribio, porque su arte interpreta las actividades humanas más diversas y en ellas se individualiza por el mismo desenlace cómicamente desdichado y fantásticamente grotesco. Es decir, es un personaje real, puesto que la realidad, sin esos contornos absurdos, es así.

El tipo más auténticamente verídico de un circo, es siempre el tony, porque parodia, con su sombrero estúpido en la nuca y su estúpido cuello de puntas enormes, las empresas de los hombres sin suerte.

Resume rudimentariamente al Quijote al precipitarse en ayuda de los pinches para arrollar la alfombra o para extender la red de los acróbatas. Los pinches no entienden su movimiento generoso y lo arrollan con la alfombra o lo golpean con el palo de hierro de la red y el tony, jamás sin ánimo, reanuda sus tentativas inútiles. Se diferencia de Toribio en su gravedad. Toribio, en cambio, es jovial. Comprende que el mundo, triste en exceso, debe comentarse con risa y él se ríe de un modo formidable. Es ingenioso para buscar el éxito que nunca alcanza, por otra parte. Desea ir a un baile donde encontrará a su novia — porque siendo real, ama y sufre — y no tiene smoking. Toribio pinta con betún su traje de brin y después lo vemos caer sobre el pavimento de la

calle, perseguido por una muchedumbre de chicos y una pareja de sargentos. Toribio hace todo.

En su misma realidad de propósitos, de gestos, de muecas, es un duende inquieto que logra subir a las azoteas, ascender por las paredes, caminar sobre las olas, atravesar el fuego. A la postre, se convence de su fracaso. Esgrimista, acaba con la fuga en el primer desafío; boxeador, termina mutilado; obrero, no hay máquina en el taller que no le sirva para tropezar con ella. La curiosidad, que es la caricatura del análisis, recibe por premio, no la útil instrucción, sino la descarga de una pila en el gabinete del físico o la quemadura de los líquidos corrosivos en la mesa donde el sabio combina las obscuras substancias de la química. Toribio nos interesa por el ingenio que emplea para encarnar la tontería. Es una tontería astuta y audaz. Sus distintos episodios constituyen la historia de un tonto que vive en la sociedad y recibe sus ásperas lecciones. Y ya ha dicho Ganivet que los tontos son interesantes porque son elementales. Siendo eso, ¿por qué no triunfa? Es porque carga sus intenciones ingenuas con una astucia exagerada y con una previsión que se estrella por su demasía. Su desventura proviene de su falta de medida. Desconoce los límites del cálculo y como sus planes son demasiado perfectos y demasiado lógicos, no puede conseguir su objeto en un medio imperfecto e ilógico, que es precisamente el medio humano.

Pero lo queremos, porque su teatro es un teatro didáctico y porque, supremo filósofo, ríe invariablemente. No bien se proyecta su silueta en la tela, con su galera inadecuada y su saco gris, el auditorio estalla en una colosal carcajada. Toribio ríe siempre. Su mueca es una inmensa risa y viéndolo reir en sus desgracias, olvidamos las nuestras y nos reímos también. Ejerce la sana magistratura de la alegría, y cuando nos saluda afablemente, al final de una parodia y el lienzo se llena de sombra, nos sentimos tristes: sabemos que el drama viene en seguida...

La renuncia del doctor Ingegnieros.

El doctor José Ingegnieros ha tenido la luminosa idea editorial de anunciar *americanamente* la aparición de su próximo libro. A tal objeto, ha enviado al presidente de la República la renuncia simultánea de todos sus cargos, concebida en estos términos:

"Señor Presidente de la Nación Argentina, doctor Roque Sáenz Peña. — Tengo la dignidad de presentar a S. E. mi renuncia indeclinable de los cargos de profesor en la Universidad de Buenos Aires, director del Instituto de Criminología y director del Servicio de Observación de Alienados.

La circunstancia de referirme a su persona en un libro de inminente publicación, en términos que por justos podrán parecerle irrespetuosos, me induce a abandonar dichos cargos técnicos que obtuve por concurso o para cuyo desempeño fuí solicitado en su oportunidad por el Poder Ejecutivo. El uso de licencia mientras dure su gobierno podría contrastar con la afiebrada laboriosidad impresa por S. E. a la administración nacional.

En caso de no aceptar la presente renuncia, por no consentirse tal caso durante su período presidencial, sírvase S. E. disponer mi cesantía o destitución.

Dios tenga a S. E. en su santa gracia. — *José Ingegnieros."*

Dejemos hablar mal a la gente que no sabe hacer un buen negocio. Digan no más los leguleyos que el trámite dado a la renuncia es irregular; y los mal intencionados que el gesto llega algo retardado; y los hombres serios que estamos en presencia de una grosería y un golpe de bombo... Nosotros, como colegas del doctor Ingegnieros, estamos en el deber de ayudarlo en la empresa: "el libro de inminente publicación" es *El hombre mediocre*

La Biblioteca Nacional.

La memoria anual de la Biblioteca Nacional, presentada por su director al ministerio de instrucción pública y ya hecha conocer por los diarios, corrobora todas las censuras que desde hace algunos años venimos formulando contra esta institución.

El total de obras existentes en ella es de 128.203, de las cuales 55.916 son folletos, cifras que, según las propias palabras del señor Groussac, "sólo pierden su aspecto desconsolador cuando se las refiere a lo que fueron las de hace quince o veinte años". Unicamente 1.000 $ mensuales se consagran a la compra de obras, partida mezquina que hace decir al señor Groussac con manifiesto sarcasmo, que esperaba que el honorable congreso "se dignaría, para el año 1913, mejorar un tanto nuestras módicas donaciones, demostrando así que para él también figuran las riquezas del pensamiento en la escala de los valores sociales". Se refiere también

la memoria a las quejas que ha suscitado el horario del establecimiento, e intenta demostrar que si más no se hace es por falta de personal y de fondos.

Todo esto es perfectamente explícito; pero si se quisiese una comprobación mayor del desamparo en que vegeta la Biblioteca Nacional, bastará la consulta de sus catálogos. La vergonzosa pobreza de algunas de sus secciones, de las más, es superior a toda presuposición.

Tiempo es ya, nos parece, de que los poderes públicos se preocupen por la suerte de nuestra Biblioteca, la cual es, en fin de cuentas, la primera institución de la índole de la segunda ciudad latina del mundo.

"Museum".

La difundida revista artística de Barcelona, *Museum,* la más importante del género entre todas las que aparecen en lengua española, ha confiado su sección de arte argentino a nuestro redactor don Manuel Gálvez. Nos felicitamos de esta acertada designación, por recaer sobre un compañero de tareas y por ser testimonio de la merecida estimación intelectual de que goza el doctor Gálvez en el extranjero, como crítico culto y valiente.

Leopoldo Lugones.

Del viejo mundo ha regresado momentáneamente Leopoldo Lugones. Volverá a partir dentro de poco. Nos es grato saludar al ilustre escritor, quien representa sin duda, en la hora presente, en nuestra República, el tipo más completo del literato de profesión, incansable obrero del espíritu que va levantando sin desfallecimientos, bloque sobre bloque, su obra robusta, hasta imponerla a la admiración unánime de su pueblo.

En el próximo mes de Abril, Lugones dará en el teatro Odeón dos conferencias sobre Martín Fierro.

"El Mirador de Próspero".

A mediados del mes próximo aparecerá este nuevo libro de José Enrique Rodó, esperado ávidamente por los círculos intelectuales de toda América desde hace un año. Así nos lo comunica

nuestro ilustre colaborador y amigo al remitirnos la Introducción del notable estudio que en dicho libro dedica á la personalidad del genial escritor ecuatoriano Juan Montalvo, la que tenemos la satisfacción de ofrecer a nuestros lectores en el presente número.

"Los Muertos" en Barcelona.

José Tallaví, aquel actor español cuya creación del papel de protagonista de *Los espectros* fuímos de los primeros en elogiar, ha dado a conocer últimamente al público de Barcelona, *Los muertos,* una de las obras más vigorosas debidas al ingenio del malogrado dramaturgo rioplatense, Florencio Sánchez. Este drama, de gran intensidad emotiva, se apoderó, desde las primeras escenas, del ánimo del auditorio, obteniendo un gran triunfo, al que contribuyó, indudablemente en gran parte, la ajustada interpretación que Tallaví dió al tipo del desgraciado Lisandro.

La excesiva crueldad y el negro pesimismo de algunas de sus escenas hicieron que una parte de la crítica barcelonesa se manifestara algo hostil a la obra, pero, en general ha sido considerada como una hermosa muestra de la producción dramática americana, de lo que no tenemos sino que felicitarnos.

Salvador Rueda en Buenos Aires.

Dentro de poco tendremos entre nosotros como huésped a Salvador Rueda, uno de los poetas más populares de la España actual. Viene a esta ciudad con la misión de representar a su patria en la inauguración del monumento de Querol, que los españoles residentes en Buenos Aires regalan a la República Argentina. Trae además el encargo de hacer un estudio del lenguaje literario en la Argentina, Perú, Uruguay, Paraguay y Cuba, en cuyo desempeño piensa invertir unos dos años. NOSOTROS se complace en enviar su saludo de bienvenida al exquisito poeta.

"¡Nosotros!": tango.

Nuestro amigo y colaborador, el talentoso músico don Enrique Giordano, ha obsequiado a la dirección de NOSOTROS con la gentil dedicatoria de un tango de que es autor, al que ha puesto por título el mismo de esta revista. No podemos menos que agra-

decer sinceramente el obsequio. Se trata de una fina pieza para piano, original y elegante, que reconcilia con el género, calumniado, fuera de duda, por la trivialidad habitual de los compositores y los bailarines.

¡Nosotros! ha sido editado por la casa Baña, Lottermoser y Cía., y ha recibido una favorabilísima acogida entre el público, como lo comprueba el hecho de que sea tocado noche tras noche por las orquestas de nuestros principales *bars*.

NOSOTROS.